

SAMANTA SCHWEBLIN

PÁJAROS EN LA BOCA



de

Un hombre bajito, que atiende la barra de un bar sabiendo que en el trastero la muerte lo está esperando, unas mujeres vestidas de novia que confabulan en una carretera de noche, un trabajador honesto y loco, que cava un pozo como queriendo hurgar las raíces de la tierra, la mirada extraviada de un niño que no recuerda el sabor del azúcar, un anciano que se deleita con juguetes y un perro que agoniza en el maletero de un coche sin saber que su sacrificio será inútil.

Este es el mundo de Samanta Schweblin, un territorio peculiar, hecho de esperas y preguntas, donde el lector tiene su parte en la resolución de los enigmas que plantea el cuento; un mundo que a veces nos recuerda a Kafka y otras nos lleva hasta Flannery O'Connor, manteniendo siempre su propia identidad, y donde la escritura, sobria y eficaz, está al servicio de las historias que cuenta, sin un adjetivo de más o un verbo de menos. Si, como decía Italo Calvino, la buena literatura es aquella que acecha la vida usando las palabras adecuadas, aquí tenemos a una joven autora que conoce muy bien su oficio y con *Pájaros en la boca* abre una nueva puerta a la literatura de nuestro tiempo.



Samanta Schweblin

Pájaros en la boca

ePub r1.1

Titivillus 21.12.17

Samanta Schweblin, 2009

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S. A.

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Irman

Oliver manejaba. Yo tenía tanta sed que empezaba a sentirme mareado. El parador que encontramos estaba vacío. Era un bar amplio, como todo en el campo, con las mesas llenas de migas y botellas, como si hubiera almorzado un batallón hace un momento y todavía no hubieran hecho tiempo a limpiar. Elegimos un lugar junto a la ventana. Sobre el mostrador había un ventilador de pie del que no llegaban ni noticias. Necesitaba tomar algo con urgencia. Oliver sacó un menú de otra mesa y leyó en voz alta las opciones que le parecieron interesantes. Un hombre apareció atrás de la cortina de plástico. Era muy petiso. Tenía un delantal atado a la cintura y un trapo rejilla oscuro de mugre le colgaba del brazo. Aunque parecía el mozo, se lo veía desorientado, como si alguien lo hubiese puesto ahí repentinamente y ahora él no supiera muy bien qué debía hacer. Caminó hasta nosotros. Saludamos; él apenas asintió. Oliver pidió las bebidas e hizo un chiste sobre el calor, pero no logró que el tipo abriera la boca. Me dio la sensación de que si elegíamos algo sencillo le hacíamos un favor, así que le pregunté si había algún plato del día, algo fresco y rápido y él dijo que sí y se retiró, como si algo fresco y rápido fuese una opción del menú y no hubiese nada más que decir. Regresó a la cocina y vimos su cabeza aparecer y desaparecer en las ventanas que daban al mostrador. Miré a Oliver, sonreía; yo tenía demasiada sed para reírme. Pasó un rato, mucho más tiempo del que lleva elegir dos botellas frías de cualquier cosa y traerlas hasta la mesa, y al fin otra vez el hombre apareció. No traía nada, ni un vaso. Me sentí pésimo; pensé que si no tomaba algo ya mismo iba a volverme loco, ¿y qué le pasaba al tipo? ¿Cuál era la duda? Se paró junto a la mesa. Tenía gotas en la frente y aureolas en la remera, bajo las axilas. Hizo un gesto con la mano, confuso, como si fuera a dar alguna explicación, pero se interrumpió. Le pregunté qué pasaba, supongo que en un tono un poco violento. Entonces se volvió hacia la cocina, y después, esquivo, dijo:

—Es que no llego a la heladera.

Miré a Oliver. Oliver no pudo contener la risa y eso me puso de peor humor.

—¿Cómo que no llega a la heladera? ¿Y cómo mierda atiende a la gente?

—Es que... —se limpió la frente con el trapo. El tipo era un desastre— mi mujer es la que agarra las cosas de la heladera —dijo.

—¿Y...? —Tuve ganas de pegarle.

—Que está en el piso. Se cayó y está...

—¿Cómo que en el piso? —lo interrumpió Oliver.

—Y, no sé. No sé —repitió levantando los hombros, las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Dónde está? —dijo Oliver.

El tipo señaló la cocina. Yo sólo quería algo fresco y ver a Oliver incorporarse acabó con todas mis esperanzas.

—¿Dónde? —volvió a preguntar Oliver.

El tipo señaló otra vez la cocina y Oliver se alejó en esa dirección, volviéndose una que otra vez hacia nosotros, como desconfiando. Fue extraño cuando desapareció detrás de la cortina y me dejó solo, frente a frente con semejante imbécil.

Tuve que esquivarlo para poder pasar cuando Oliver me llamó desde la cocina. Caminé despacio porque preví que algo estaba pasando. Corrí la cortina y me asomé. La cocina era chica y estaba repleta de cacerolas, sartenes, platos y cosas apiladas sobre estanterías o colgadas. Tirada en el suelo, a unos metros de la pared, la mujer parecía una bestia marina dejada por la marea. Aferraba con la mano izquierda un cucharón de plástico. La heladera colgaba más arriba, a la altura de las alacenas. Era una de esas heladeras de quiosco, de puertas transparentes que van sobre el piso y se abren desde arriba, solo que ésta había sido ridículamente amurada a la pared con ménsulas, siguiendo la línea de las alacenas y con las puertas hacia el frente. Oliver me miraba.

—Bueno —le dije—, ya viniste hasta acá, ahora hacé algo.

Escuché que la cortina de plástico se movía y el hombre se paró junto a mí. Era mucho más petiso de lo que parecía. Creo que yo casi le llevaba tres cabezas. Oliver se había agachado junto al cuerpo pero no se animaba a tocarlo. Pensé que la gorda podía despertarse en cualquier momento y ponerse a gritar. Le corrió los pelos de la cara. Tenía los ojos cerrados.

—Ayúdenme a darla vuelta —dijo Oliver.

El tipo ni se movió. Me acerqué y me agaché del otro lado, pero apenas

pudimos moverla.

—¿No va a ayudar? —le pregunté.

—Me da impresión —dijo el desgraciado—, está muerta.

Soltamos inmediatamente a la gorda y nos quedamos mirándola.

—¿Cómo que muerta? ¿Por qué no dijo que estaba muerta?

—No estoy seguro, me da la impresión.

—Dijo que «le da impresión» —dijo Oliver—, no que «le da la impresión».

—Me da impresión que me dé la impresión.

Oliver me miró; su cara decía algo así como «yo a este lo cago a trompadas».

Me agaché, y busqué el pulso en la mano del cucharón. Cuando Oliver se cansó de esperarme puso sus dedos frente a la nariz y la boca de la mujer y dijo:

—Ésta está muertísima, vámonos.

Y entonces sí, el desgraciado se desesperó.

—¿Cómo irse? No, por favor. No puedo solo con ella.

Oliver abrió la heladera, sacó dos gaseosas, me dio una y salió de la cocina puteando. Lo seguí. Abrí mi botella y creí que el pico no iba a llegar nunca a mi boca. Me había olvidado de la sed que tenía.

—¿Y? ¿Qué te parece? —dijo Oliver. Respiré aliviado. De pronto me sentí con diez años menos y de mejor humor—. ¿Se cayó o la bajó? —dijo. Todavía estábamos cerca de la cocina y Oliver no bajaba la voz.

—No creo que haya sido él —dije en voz baja—, la necesita para llegar a la heladera, ¿o no?

—Llega solo...

—¿Realmente creés que la mató?

—Puede usar una escalera, subirse a la mesa, tiene cincuenta sillas de bar...

—dijo señalando alrededor. Me pareció que hablaba alto a propósito así que yo bajé más la voz:

—Quizá sí es un pobre tipo. Quizá realmente es estúpido y ahora se queda solo con la gorda muerta en la cocina.

—¿Querés que lo adoptemos? Lo cargamos atrás y lo soltamos cuando llegamos.

Tomé unos tragos más y me quedé mirando la cocina. El infeliz estaba parado frente a la gorda y sostenía en el aire un banco, sin saber muy bien dónde ponerlo. Oliver me hizo una seña para que volviéramos a acercarnos. Lo vimos dejar el banco a un lado, tomar un brazo de la gorda y empezar a tirar. No pudo moverla ni un centímetro. Descansó unos segundos y volvió a intentarlo. Probó

apoyar el banco sobre una de las piernas, una de las patas tocando la rodilla. Se subió y se estiró lo más que pudo hacia la heladera. Ahora que le daba la altura, el banco quedaba demasiado lejos. Cuando giró hacia nosotros para bajar, nos escondimos y nos quedamos sentados en el suelo, contra la pared. Me sorprendió que no hubiera nada debajo de la mesada del mostrador. Sí arriba en la repisa, y más arriba las coperas y las alacenas también estaban repletas, pero nada a nuestra altura. Lo escuchamos mover el banco. Suspirar. Hubo silencio y esperamos. De pronto se asomó tras la cortina. Sostenía un cuchillo con gesto amenazador, pero cuando nos vio pareció aliviarse, y volvió a suspirar.

—No alcanzo a la heladera —dijo.

Ni siquiera nos paramos.

—No alcanza a ningún lado —dijo Oliver.

El tipo se quedó mirándolo como si el mismísimo Dios se hubiera parado frente a él para hacerle saber la razón por la que estamos en este mundo. Dejó caer el cuchillo y recorrió con la mirada el bajo de la mesada vacío. Oliver estaba satisfecho: el tipo parecía traspasar los horizontes de la estupidez.

—A ver, prepárenos un omelet —dijo Oliver.

El hombre se volvió hacia la cocina. Su rostro imbécil de estupor reflejaba los utensilios, las cacerolas, casi toda la cocina colgando de las paredes o sobre las estanterías.

—Ok, mejor no —dijo Oliver—, haga unos simples sándwiches, seguro que eso sí puede hacerlo.

—No —dijo el tipo—, no alcanzo a la sandwichera.

—No lo tueste, veo que no puedo pedirle tanto. Solo traiga el jamón, el queso, y un pedazo de pan.

—No —dijo—, no —volvió a repetir negando con la cabeza; parecía avergonzado.

—Ok. Traiga un vaso de agua entonces.

Negó.

—¿Y cómo mierda sirvió a este regimiento? —dijo Oliver señalando las mesas.

—Necesito pensar.

—No necesita pensar, lo que necesita es un metro más de altura.

—No puedo sin ella...

Pensé en bajarle algo fresco, pensé que tomar algo le vendría bien, pero cuando intenté levantarme Oliver me detuvo.

—Tiene que hacerlo solo —dijo—, tiene que aprender.

—Oliver...

—Decime algo que sí puedas hacer, una cosa, algo.

—Llevo y traigo la comida que me dan, limpio las mesas...

—No parece —dijo Oliver.

—... Puedo mezclar las ensaladas y condimentarlas si ella me deja todo listo sobre la mesada. Lavo los platos, limpio el piso, sacudo los...

—Ok, ok. Ya entendí.

Entonces el tipo se queda mirando a Oliver, como sorprendido:

—Usted... —dijo—, usted sí llega a la heladera. Usted podría cocinar, alcanzarme las cosas...

—¿Qué dice? Nadie va a alcanzarle las cosas.

—Pero usted podría trabajar, tiene la altura —dio un paso tímido hacia Oliver, que a mí no me pareció prudente—, yo le pagaría —dijo.

Oliver se volvió hacia mí:

—Este imbécil me está tomando el pelo, me está tomando el pelo.

—Tengo plata. ¿Cuatrocientos la semana? Puedo pagarle. ¿Quinientos?

—¿Paga quinientos la semana? ¿Por qué no tiene un palacio en el fondo? Este imbécil...

Me levanté y me paré detrás de Oliver: iba a pegarle en cualquier momento, creo que lo único que lo detenía era la altura del tipo.

Lo vimos cerrar los pequeños puños como compactando una masa invisible que poco a poco se reducía entre sus dedos. Los brazos comenzaron a temblarle, se puso morado.

—Mi plata no le incumbe —dijo.

Oliver volvió a hacer eso de mirarme cada vez que el otro le hablaba, como sin poder creer lo que estaba viendo. Parecía disfrutarlo, pero nadie lo conoce mejor que yo: nadie le dice a Oliver lo que debe hacer.

—Y por la camioneta que tiene —dijo el tipo mirando hacia la ruta—, por la camioneta que tiene se diría que manejo la plata mejor que usted.

—Hijo de puta —dijo Oliver, y se abalanzó sobre él. Alcancé a sostenerlo. El tipo dio un paso atrás, sin miedo, con una dignidad que le daba un metro más de altura, y esperó a que Oliver se calmara. Lo solté.

—Ok —dijo Oliver—. Ok.

Se quedó mirándolo; estaba furioso, pero había algo más en su calma contenida, y entonces le dijo:

—¿Dónde está la plata?

Miré a Oliver sin entender.

—¿Va a robarme?

—Voy a hacer lo que se me cante el orto, pedazo de mierda.

—¿Qué hacés? —dije.

Oliver dio un paso, tomó al tipo de la camisa y lo levantó en el aire.

—¿Dónde está tu plata, a ver?

La fuerza con que Oliver lo había levantado lo hacía oscilar un poco hacia los lados. Pero él lo miraba directamente a los ojos, y no abría la boca.

Oliver lo soltó. El tipo cayó, se acomodó la camisa.

—Ok —dijo Oliver—. O traes la plata, o te rompo la cara.

Levantó el puño bien cerrado y lo dejó a un centímetro de la nariz del tipo.

—Está bien —dijo el otro; dio un paso hacia atrás, despacio, cruzó la barra en sentido contrario al de la cocina y desapareció por una puerta.

—Pedazo de imbécil —dijo Oliver.

Me acerqué a él para que no nos escuchara:

—¿Qué estás haciendo? Tiene a la mujer muerta en la cocina, vámonos.

—¿Viste lo que dijo de mi camioneta? El imbécil quiere contratarme, ser mi jefe, ¿entendés?

Oliver empezó a revisar las estanterías de la barra, a correr botellas, cajas, papeles.

—Este imbécil debe de tener su plata por acá.

—Oliver, vámonos. Ya te desquitaste.

Encontró una caja de madera; era una caja vieja con un grabado a mano que decía «Habanos».

—Ésta es la caja —dijo Oliver.

—Ya váyanse —escuchamos.

El tipo estaba parado en el medio de la sala, y sostenía una escopeta de doble caño que apuntaba directamente a la cabeza de Oliver. Oliver escondió tras de sí la caja. El tipo sacó el seguro del arma y dijo:

—Uno.

—Nos vamos —dije, tomé a Oliver del brazo y empecé a caminar—. Lo siento, realmente lo siento. Y siento lo de su mujer también, yo...

Tenía que hacer fuerza para que Oliver me siguiera, como las madres tiran de los chicos caprichosos.

—Dos.

Pasamos cerca de él, la escopeta a un metro de la cabeza de Oliver.

—Lo siento —volví a decir.

Ya estábamos cerca de la puerta. Hice salir primero a Oliver para que el tipo no viera que se llevaba la caja.

—Tres.

Solté a Oliver y corrí hacia la camioneta. No se si él tuvo miedo o no, pero no corrió. Subió a la camioneta, dejó la caja sobre el asiento, encendió el motor, y salimos en la dirección por la que veníamos.

—Abrila —dijo.

—Oliver...

—Abrila, maricón.

Tomé la caja. Era liviana y demasiado chica para contener una fortuna. Tenía una llave de fantasía, como de cofre. La abrí.

—¿Qué hay? ¿Cuánto? ¿Cuánto?

—Vos manejá —dije—, creo que solo son papeles.

Oliver se volvía cada tanto para espiar lo que yo revisaba. Había un nombre grabado en la contratapa de madera, decía «Irman», y debajo había una foto del tipo muy joven, sentado sobre unas valijas en una terminal; parecía feliz. Me pregunté quién le habría sacado la foto. También había cartas encabezadas con su nombre: «Querido Irman», «Irman, mi amor», poesías firmadas por él, un caramelo de menta hecho polvo y una medalla de plástico al mejor poeta del año, con el logo de un club social.

—¿Hay plata sí o no?

—Son cartas —dije.

De un manotazo, Oliver me quitó la caja y la tiró por la ventanilla.

—¿Qué hacés? —me volví un segundo para ver las cosas ya desparramadas sobre el asfalto, algunos papeles todavía volando por el aire.

—Son cartas —dijo.

Y un rato después:

—Mirá... Tendríamos que haber parado acá. «Lechón libre», ¿leiste? ¿Qué costaba? —y se sacudió inquieto en el asiento, como si realmente lo lamentara.

Mujeres desesperadas

Al asomarse a la ruta, Felicidad comprende su destino. Él no la ha esperado y, como si el pasado fuese tangible, ella cree ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras del auto. En la oscuridad llana del campo sólo hay desilusión y un vestido de novia.

Sentada sobre una piedra junto a la puerta del baño concluye que no debió haber demorado tanto, que quizá las cosas debieron haber sucedido más rápido. Le resulta extraño encontrarse allí, quitando del bordado del vestido granitos de arroz, sin nada más que el campo, la ruta y, junto a la ruta, un baño de mujeres.

Pasa un tiempo en el que Felicidad logra desprenderse de todos los granitos de arroz. No llora todavía, sino que, absorta en un shock de abandono, corrige los pliegues del vestido, analiza sus uñas, y contempla, como quien espera el regreso, la ruta por la que él se ha alejado.

—No vuelven —dice Nené, y Felicidad grita espantada por el susto como si esa mujer que ahora la mira fuese un espectro maligno.

—La ruta es una mierda —dice Nené, que acostumbrada a la histeria femenina no hace caso a los gritos de Felicidad y con movimientos relajados enciende un cigarrillo—. Una mierda, de lo peor.

Felicidad logra controlarse y entre los restos del temblor se reacomoda los breteles.

—¿El primero? —pregunta Nené y espera sin aprecio que el coraje de Felicidad le permita dejar de temblar para mirarla con interrogación—, te pregunto si el tipo es tu primer marido.

Felicidad logra una sonrisa forzada. Descubre en Nené el rostro viejo y amargo de una mujer que de seguro ha sido mucho más hermosa que ella. Entre las marcas de una vejez prematura se conservan los ojos claros y unos labios de perfectas dimensiones.

—Sí, el primero —dice Felicidad con esa timidez que lleva el sonido hacia

adentro.

Una luz blanca aparece en la ruta, las ilumina al pasar, y se esfuma con su tono rojizo.

—¿Y qué? ¿Vas a esperarlo? —pregunta Nené.

Felicidad mira la ruta, el lado por el que, de volver su marido, vería aparecer el auto, y no se anima a responder.

—Mirá —dice Nené—, te la hago corta porque esto no da para más. —Pisa el cigarrillo como enfatizando las frases—: Se cansan de esperar y te dejan, parece que esperar los agota.

Felicidad sigue con cuidado el movimiento repetitivo de un nuevo cigarrillo que la mujer se acerca a la boca, del humo que se mezcla en la oscuridad, de los labios que otra vez aprietan el cigarrillo.

—Entonces ellas lloran y los esperan... —continúa Nené—, y los esperan... Y sobre todo lo demás, y durante todo el tiempo: lloran, lloran y lloran.

Felicidad deja de seguir el recorrido del cigarrillo. Cuando más necesita del apoyo fraternal, cuando sólo otra mujer podría entender lo que ella siente junto a un baño de damas, en la ruta, tras haber sido abandonada por su reciente esposo, sólo tiene a esa mujer arrogante que antes le hablaba y ahora le grita.

—¡Y siguen llorando y llorando a cada hora, cada minuto de todas las malditas noches!

Felicidad respira profundamente, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Y meta llorar y llorar... Y le voy a decir algo. Esto se acaba. Estamos cansadas, agotadas, de escuchar sus estúpidas desgracias. Nosotras, señorita... ¿Cómo dijo que se llamaba?

Felicidad quiere decir Felicidad, pero sabe que si abre la boca sólo saldrá el sonido de un llanto ahora incontenible.

—Hola... ¿se llamaba...?

Entonces el llanto es incontenible.

—Fe, li... —Felicidad trata de controlarse, y aunque no lo logra resuelve la frase—:... cudad.

—Bueno Feli-cidad, le decía que nosotras no podemos seguir soportando esta situación, esto se acaba, ya es insostenible. ¡Felicidad!

Tras una gran aspiración también ruidosa el llanto vuelve a expandirse y humedece todo el rostro de Felicidad que tiembla al respirar y niega con la cabeza.

—No lo puedo creer, que... —Felicidad respira—, que que me haya...

Nené se incorpora. Estampa en la pared, con fuerza, el cigarrillo que aún no ha terminado, mira con desprecio a Felicidad y se aleja.

—¡Desconsiderada! —le grita, y unos segundos después se incorpora ella también y la alcanza campo adentro.

—Espere... No se vaya, entienda...

Nené se detiene y la mira.

—Cállese —dice Nené y enciende otro cigarrillo—. Cállese, le digo, y escuche.

Felicidad deja de llorar y traga lo que podrían ser los comienzos de nuevos brotes de pena que se avecinan y aguardan impacientes.

Entonces hay un momento de silencio en el que Nené no siente alivio sino que, aún más afligida y nerviosa que antes, dice:

—Bueno, ahora escuche. ¿Lo siente? —Nené mira hacia el campo.

Ahora Felicidad hace verdadero silencio y se concentra.

—Lloró demasiado, ahora tiene que esperar que se le acostumbre el oído. Y... ¿Oye?

Felicidad mira hacia el campo y tuerce un poco la cabeza. Como los perros, piensa Nené, y espera impaciente que Felicidad por fin comprenda.

—Lloran... —dice Felicidad, en voz baja y casi con vergüenza.

—Sí. Lloran. ¡Sí, lloran! ¡Lloran toda la maldita noche! —Nené señala su rostro—: ¿No me ves la cara? ¿Cuándo dormimos? ¡Nunca!, nun-ca. Lo único que hacemos es oírlas todas las malditas noches. Y no lo vamos a soportar más, ¿se entiende?

Felicidad la mira asustada. En el campo voces y llantos de mujeres quejumbrosas repiten los nombres de sus maridos una y otra vez.

—¿A todas las dejan?

—¡Y todas lloran! —dice Nené.

Entonces gritan:

—Psicótica.

—Desgraciada, insensible.

Y otras voces se suman:

—Déjanos llorar, histérica.

Nené mira furiosa hacia todos lados. Nerviosa y más enojada que antes, grita al campo:

—¿Y qué hay de nosotras, mariconas...? ¿Qué hay de las que hace más de cuarenta años que estamos acá, también abandonadas, y tenemos que oír sus

estúpidas penitas todas las malditas noches?, ¿eh?, ¿qué hay?

Hay un silencio en el que Felicidad mira con espanto a Nené.

—¡Tomate un calmante! ¡Loca!

Aunque están campo adentro ven que en la ruta, a su altura, una luz blanca se detiene frente al baño.

—Otra —dice Nené, y como si este episodio fuese el último que puede soportar, su cuerpo se relaja. Nené, agotada, se sienta en el piso.

—¿Otra? —pregunta Felicidad—. ¿Otra mujer? Pero... ¿La va a abandonar? Por allí la espera...

Nené se muerde los labios y niega. En el campo los gritos son cada vez menos amistosos.

—¡Vení, turrita! A ver cómo venís y das la cara...

—Vení ahora que no estás con tus amiguitas rebeldes...

—¡Insípida!

Felicidad toma la mano de Nené y trata de levantarla.

—¡Hay que hacer algo! ¡Hay que avisarle a esa pobre chica! —dice Felicidad.

Pero después se detiene y permanece en silencio, porque Felicidad ha visto, como quien ve sin estar preparado, la imagen exacta de su penoso pasado reciente, el auto que se aleja sin que la mujer que ha bajado haya tenido oportunidad de volver a subir, y de qué forma las luces, antes blancas y brillantes, ahora rojizas, se alejan.

—Se fue —dice Felicidad—, se fue sin ella. —Y como antes lo hizo Nené, deja que su cuerpo se desplome en el piso. Nené apoya su mano sobre la mano de Felicidad.

—Siempre es así, querida. Es inevitable. En la ruta al menos... Siempre.

—Pero... —dice Felicidad.

—Siempre —dice Nené.

—¿Dónde estás, turra?, ¡hablá!

Felicidad mira a Nené y comprende cuánto más grande es la tristeza de aquella mujer comparada con la suya.

—¡Infeliz!

—¡Vieja fea!

—¡Cuando vos ya estabas acá llorando nosotras todavía salíamos con ellos, desgraciada!

Algunas voces dejan de gritar para reírse.

—¡Déjenla en paz! —dice Felicidad. Se acerca a Nené y la abraza como se abraza a una niña.

—Ay... Qué miedo —dice una de las voces—, así que ahora tenés compañerita...

—Yo no soy compañerita de nadie —dice Felicidad—, sólo trato de ayudar...

—Ay... Sólo trata de ayudar...

—¡Cállense! —dice Nené, y al hacerlo se aferra a los brazos de Felicidad, como si necesitara de más fuerza que la propia para enfrentar a aquellas mujeres.

—¿Saben por qué la dejaron en la ruta?

—¡Porque es una morsa flaca!

—No, la dejaron porque... —se ríen—, porque mientras ella se probaba su vestidito de novia, nosotras ya nos acostábamos con su maridito...

Todas se ríen.

—Miren, ahí viene otra...

Las voces cada vez se oyen más cerca. Se hace difícil separar a las que lloran de las que ríen.

Desde el baño de la ruta la figura de una mujer pequeña avanza hacia Nené y Felicidad a paso lento.

—¡Turra!

A medida que la mujer se acerca descubren la cara de horror de una vieja que poco comprende. Vestida en tonos dorados, deja ver en su escote el sensual encaje negro de una prenda interior. Cada tanto, se detiene y contempla la ruta. Ya cerca, antes de que pueda preguntar algo, Felicidad se adelanta con la voz entrecortada por la angustia.

—Siempre. En la ruta siempre, abuela.

La vieja endereza su postura y mira indignada hacia la ruta.

—¿Pero cómo...?

Felicidad la interrumpe:

—No llore, por favor...

—Pero no puede ser... —dice la vieja, y en la desilusión cae de su mano al piso la libreta de matrimonio. Mira con desprecio la ruta por la que se ha ido el coche y dice sinvergüenza, viejo impotente...

—¡Vení, turra!

—¡Por qué no se callan, cotorras! —grita Nené.

La vieja mira con espanto.

—¡Urracas! —Nené insiste y se incorpora con violencia.

—¡Te vamos a agarrar, culebra!

En busca de comprensión, la vieja mira a Felicidad, que al igual que Nené se ha incorporado y estudia con angustia la oscuridad del campo.

—Poné la cara, vení —las voces de las mujeres se oyen cada vez más cerca.

Felicidad y Nené se miran. Bajo los pies sienten el temblor de un campo por el que avanzan cientos de mujeres desesperadas.

—¿Qué pasa? —dice la vieja—, ¿qué son esas voces, qué quieren? —se agacha, recoge la libreta y como Felicidad y Nené, retrocede hacia la ruta sin voltearse, sin perder de vista la masa negra de la oscuridad del campo que parece acercarse a ellas cada vez más.

—¿Cuántas son...? —dice Felicidad.

—Muchas —dice Nené—, demasiadas.

Los comentarios y los insultos son tantos y tan cercanos que es inútil responder o tratar de llegar a un acuerdo.

—¿Qué hacemos? —dice Felicidad. En el tono de su voz los signos del llanto contenido. Retroceden cada vez más rápido.

—No se te ocurra llorar —dice Nené.

La vieja se toma del brazo de Felicidad, se aferra al vestido de novia y lo arruga en sus manos nerviosas.

—No se asuste, abuela, todo está bien —dice Felicidad, pero las burlas son ya tan fuertes que la vieja no alcanza a entender.

Sobre la ruta, a lo lejos, un punto blanco crece como una nueva luz de esperanza. Quizá Felicidad piense ahora, por última vez, en el amor. Quizá piense para sí misma: que no la deje, que no la abandone.

—Si para nos subimos —grita Nené.

—¿Qué dice? —pregunta la vieja.

Ya están cerca del baño.

—Que si el auto para... —dice Felicidad.

—¿Cómo? —insiste la vieja.

El murmullo avanza sobre ellas. No las ven, pero saben que las mujeres están ahí, a pocos metros. Felicidad grita. Algo como manos, piensa, le roza las piernas, el cuello, la punta de los dedos. Felicidad grita y no entiende las órdenes de Nené que se ha alejado y le indica que agarre a la vieja y corra. El coche se detiene frente al baño. Nené se vuelve hacia Felicidad y le ordena que avance, que arrastre a la vieja. Pero es la vieja quien reacciona y arrastra a Felicidad

hacia Nené, que espera que la mujer se baje para sentarse ella y obligar al hombre a conducir.

—No me sueltan —grita Felicidad—, no me sueltan —mientras espanta desesperada las últimas manos que la retienen.

La vieja empuja. Otra vez ha dejado caer la libreta de matrimonio y ahora tira de Felicidad con todas sus fuerzas porque ya no importa nada, piensa, ni la libreta, ni el encaje, ni el poco amor que creyó haber conseguido.

Nené espera ansiosa que se abra la puerta, que la mujer baje. Ella sabe, piensa Nené, sabe y no se baja. Pero el que se baja es él. Con las luces recortando el camino, aún no ha visto a las mujeres y baja apurado buscando en su pantalón la hebilla de la bragueta con la que bajará el cierre. Entonces el barullo aumenta. Las risas y las burlas se olvidan de Nené y se dirigen pura y exclusivamente a él. Llegan a sus oídos. En los ojos del hombre, el espanto de un conejo frente a las fieras. Se detiene pero ya es tarde. Nené ha subido al auto. Abre la puerta trasera, por la que ahora suben Felicidad y la vieja, y a la vez sostiene a la mujer que la mira con espanto e intenta zafarse.

—Sosténganla —dice Nené, suelta a la mujer para dejarla en manos de la vieja que sin preguntar obedece la orden.

—Si se quiere bajar dejala —dice Felicidad—, por ahí ellos sí se quieren y nosotros no tenemos por qué meternos.

La mujer logra zafar de la vieja pero no se baja, dice qué quieren, de dónde vienen, una pregunta tras otra, hasta que Nené le abre la puerta y con un gesto le da la opción de bajar.

—Bajá, rápido —le dice.

Desde el auto se escuchan los gritos de las mujeres y frente a ellas permanece, despegada de la oscuridad por las luces del auto, la figura inmóvil y aterrada de un hombre que ya no piensa en lo mismo que pensaba hace un rato.

—No me bajo nada —dice la mujer. Mira al hombre sin aprecio y después a Nené—: Arrancá antes de que vuelva —dice, y traba la puerta de su lado.

Nené enciende el motor. El hombre oye el automóvil y se vuelve para mirar.

—¡Arrancá! —grita la mujer.

La vieja aplaude nerviosa, dice dele mujer, y aprieta con firmeza la mano de Felicidad que con espanto mira al hombre que se acerca. Con dos ruedas laterales fuera de la ruta, el auto patina sobre el barro. Nené mueve el volante sin control y por un momento los faros del coche iluminan el campo. Pero lo que se ve entonces no es justamente el campo: la luz del auto se pierde en la

inmensidad de la noche pero alcanza para diferenciar en la oscuridad la masa descomunal de centenares y centenares de mujeres que corren hacia el auto, o mejor dicho hacia el hombre que, entre ellas y la multitud, aguarda inmóvil su llegada como se espera la muerte.

Una patada de la mujer sobre el pie de Nené activa el acelerador y, con la imagen de las mujeres ya sobre el hombre, Nené logra regresar el auto a la ruta. El motor esconde los gritos y las burlas y pronto todo es silencio y oscuridad.

La mujer se acomoda en el asiento.

—Nunca lo quise —dice la mujer—, cuando se bajó pensé en tomar el volante y dejarlo en la ruta, pero no sé, el instinto maternal...

Ninguna de las mujeres le presta atención. Todas, incluso ella ahora, prefieren ver el pequeño espacio de la ruta que dibujan las luces y permanecer en silencio. Es entonces cuando sucede.

—No puede ser —dice Nené.

Frente a ellas, a lo lejos, el horizonte comienza a iluminarse de pequeños pares de luces blancas.

—¿Qué? —dice la vieja—. ¿Qué pasa?

La mujer permanece en silencio y cada tanto mira a Nené, como esperando de ella la respuesta.

Los pares de luces crecen, avanzan rápido hacia ellas. Felicidad se asoma entre los asientos delanteros.

—Vuelven —dice, sonríe y mira a Nené.

En la ruta Nené contempla los primeros pares de luces que ya como autos pasan junto a ellas y los otros tantos que se van acercando. Enciende un cigarrillo y advierte tras su asiento los movimientos alegres de Felicidad.

—Son ellos —dice Felicidad—, se arrepintieron y vuelven a buscarlas.

—No —dice Nené, suelta una bocanada de humo y agrega—: vuelven por él.

En la estepa

No es fácil la vida en la estepa; cualquier sitio se encuentra a horas de distancia, y no hay otra cosa más para ver que esta gran mata de arbustos secos. Nuestra casa está a varios kilómetros del pueblo, pero está bien: es cómoda y tiene todo lo que necesitamos. Pol va al pueblo tres veces por semana, envía a las revistas de agro sus notas sobre insectos e insecticidas y hace las compras siguiendo las listas que preparo. En esas horas en las que él no está, llevo adelante una serie de actividades que prefiero hacer sola. Creo que a Pol no le gustaría saber sobre eso, pero cuando uno está desesperado, cuando se ha llegado al límite, como nosotros, entonces las soluciones más simples, como las velas, los inciensos y cualquier consejo de revista parecen opciones razonables. Como hay muchas recetas para la fertilidad, y no todas parecen fiables, yo apuesto por las más verosímiles y sigo rigurosamente sus métodos. Anoto en el cuaderno cualquier detalle pertinente, pequeños cambios en Pol o en mí.

Oscurece tarde en la estepa, lo que no nos deja demasiado tiempo. Hay que tener todo preparado: las linternas, las redes. Pol limpia las cosas mientras espera a que se haga la hora. Eso de sacarles el polvo para ensuciarlas un segundo después le da cierta ritualidad al asunto, como si antes de empezar uno ya estuviera pensando en la forma de hacerlo cada vez mejor, revisando atentamente la rutina de los últimos días para encontrar cualquier detalle que pueda corregirse, que nos lleve a ellos, o al menos a uno: el nuestro.

Cuando estamos listos Pol me pasa la campera y la bufanda, yo lo ayudo a ponerse los guantes y cada uno se cuelga su mochila al hombro. Salimos por la puerta trasera y caminamos campo adentro. La noche es fría, pero el viento se calma. Pol va adelante, ilumina el suelo con la linterna. Más adentro el campo se hunde un poco en largas lomas; avanzamos hacia ellas. En esa zona los arbustos son pequeños, apenas alcanzan a ocultar nuestros cuerpos y Pol cree que esa es una de las razones por las que el plan fracasa cada noche. Pero insistimos porque

ya van varias veces que nos pareció ver algunos, al amanecer, cuando ya estamos cansados. Para esas horas yo casi siempre me escondo detrás de algún arbusto, aferrada a mi red, y cabeceo y sueño con cosas que me parecen fértiles. Pol en cambio se convierte en una especie de animal de caza. Lo veo alejarse, agazapado entre las plantas, y puede permanecer de cuclillas, inmóvil, durante mucho tiempo.

Siempre me pregunté cómo serán realmente. Conversamos sobre esto varias veces. Creo que son iguales a los de la ciudad, sólo que quizá más rústicos, más salvajes. Para Pol, en cambio, son definitivamente diferentes, y aunque está tan entusiasmado como yo, y no pasa una noche en la que el frío o el cansancio lo persuadan de dejar la búsqueda para el día siguiente, cuando estamos entre los arbustos, él se mueve con cierto recelo, como si de un momento a otro algún animal salvaje pudiera atacarlo.

Ahora estoy sola, mirando la ruta desde la cocina. Esta mañana, como siempre, nos levantamos tarde y almorzamos. Después Pol fue al pueblo con la lista de las compras y los artículos para la revista. Pero es tarde, hace tiempo que debió de haber vuelto, y todavía no aparece. Entonces veo la camioneta. Ya llegando a la casa me hace señas por la ventanilla para que salga. Lo ayudo con las cosas, él me saluda y dice:

—No lo vas a creer.

—¿Qué?

Sonríe y me indica que entremos. Cargamos las bolsas pero no las llevamos hasta la cocina, no una vez que algo sucede, que al fin hay algo para contar. Dejamos todo a la entrada y nos sentamos en los sillones.

—Bueno —dice Pol; se frota las manos—, conocí a una pareja; son geniales.

—¿Dónde?

Pregunto sólo para que siga hablando y entonces dice algo maravilloso, algo que nunca se me hubiera ocurrido y sin embargo entiendo que lo cambiará todo.

—Vinieron por lo mismo —dice. Le brillan los ojos y sabe que estoy desesperada por que continúe— y tienen uno, desde hará un mes.

—¿Tienen uno? ¡Tienen uno! No lo puedo creer...

Pol no deja de asentir y frotarse las manos.

—Estamos invitados a cenar. Hoy mismo.

Me alegra verlo feliz y yo también estoy tan feliz que es como si nosotros

también lo hubiéramos logrado. Nos abrazamos y nos besamos, y enseguida empezamos a prepararnos.

Cocino un postre y Pol elige un vino y sus mejores puros. Mientras nos bañamos y nos vestimos me cuenta todo lo que sabe. Arnol y Nabel viven a unos veinte kilómetros de acá, en una casa muy parecida a la nuestra. Pol la vio porque regresaron juntos, en caravana, hasta que Arnol tocó la bocina para avisar que doblaban y entonces vio que Nabel le señalaba la casa. Son geniales, dice Pol a cada rato, y yo siento cierta envidia de que ya sepa tanto sobre ellos.

—¿Y cómo es? ¿Lo viste?

—Lo dejan en la casa.

—¿Cómo que lo dejan en la casa? ¿Solo?

Pol levanta los hombros. Me extraña que el asunto no le llame la atención, pero le pido más detalles mientras sigo adelante con los preparativos.

Cerramos la casa como si no fuéramos a volver durante un tiempo. Nos abrigamos y salimos. Durante el viaje llevo el pastel de manzana sobre la falda, cuidando que no se incline, y pienso en las cosas que voy a decir, en todo lo que quiero preguntarle a Nabel. Puede que cuando Pol invite a Arnol con un puro nos dejen solas. Entonces quizá pueda hablar con ella sobre cosas más privadas; quizá Nabel también haya usado velas y soñado con cosas fértiles a cada rato y ahora que lo consiguieron puedan decirnos exactamente qué hacer.

Al llegar tocamos bocina y enseguida salen a recibirnos. Arnol es un tipo grandote y lleva jeans y una camisa roja a cuadros; saluda a Pol con un fuerte abrazo, como un viejo amigo al que no ve hace tiempo. Nabel se asoma tras Arnol y me sonrío. Creo que vamos a llevarnos bien. También es grandota, a la medida de Arnol aunque delgada, y viste casi como él; me incomoda haber venido tan bien vestida. Por dentro la casa parece una vieja hostería de montaña. Paredes y techo de madera, una gran chimenea en el living y pieles sobre el piso y los sillones. Está bien iluminada y calefaccionada. Realmente no es el modo en que decoraría mi casa, pero pienso en que se está bien y le devuelvo a Nabel su sonrisa. Hay un exquisito olor a salsa y carne asada. Parece que Arnol es el cocinero; se mueve por la cocina acomodando algunas fuentes sucias y le dice a Nabel que nos invite al living. Nos sentamos en el sillón. Ella sirve vino, trae una bandeja con una picada y enseguida Arnol se suma. Yo quiero preguntar cosas, ya mismo: cómo lo agarraron, cómo es, cómo se llama, si come bien, si ya lo vio un médico, si es tan bonito como los de la ciudad. Pero la conversación se alarga en puntos tontos. Arnol consulta a Pol sobre los insecticidas, Pol se

interesa en los negocios de Arnol, después hablan de las camionetas, los sitios donde hacen las compras, descubren que discutieron con el mismo hombre, uno que atiende en la estación de servicio, y coinciden en que es un pésimo tipo. Entonces Arnol se disculpa porque debe revisar la comida, Pol se ofrece a ayudarlo y se alejan. Me acomodo en el sillón frente a Nabel. Sé que debo decir algo amable antes de preguntar lo que quiero. La felicito por la casa, y enseguida pregunto:

—¿Es lindo?

Ella se sonroja y sonrío. Me mira como avergonzada y yo siento un nudo en el estómago y me muero de la felicidad y pienso «lo tienen», «lo tienen y es hermoso».

—Quiero verlo —digo. «Quiero verlo ya», pienso, y me incorporo. Miro hacia el pasillo esperando a que Nabel diga «por acá», al fin voy a poder verlo, alzarlo.

Entonces Arnol regresa con la comida y nos invita a la mesa.

—¿Es que duerme todo el día? —pregunto y me río, como si fuera un chiste.

—Ana está ansiosa por conocerlo —dice Pol, y me acaricia el pelo.

Arnol se ríe, pero en vez de contestar ubica la fuente en la mesa y pregunta a quién le gusta la carne roja y a quién más cocida, y enseguida estamos comiendo. En la cena Nabel es más comunicativa. Mientras ellos conversan nosotras descubrimos que tenemos vidas similares. Nabel me pide consejos sobre las plantas y entonces yo me animo y hablo de las recetas para la fertilidad. Lo traigo a cuenta como algo gracioso, una ocurrencia, pero Nabel enseguida se interesa y descubro que ella también las practicó.

—¿Y las salidas? ¿Las cacerías nocturnas? —digo riéndome—. ¿Los guantes, las mochilas? —Nabel se queda un segundo en silencio, sorprendida, y después se echa a reír conmigo.

—¡Y las linternas! —dice ella y se agarra la panza— ¡esas malditas pilas que no duran nada!

Y yo, casi llorando:

—¡Y las redes! ¡La red de Pol!

—¡Y la de Arnol! —dice ella—. ¡No puedo explicarte!

Entonces ellos dejan de hablar. Arnol mira a Nabel, parece sorprendido. Ella no se ha dado cuenta todavía: se dobla en un ataque de risa, golpea la mesa dos veces con la palma de la mano; parece que trata de decir algo más, pero apenas puede respirar. La miro divertida, lo miro a Pol, quiero comprobar que también

la está pasando bien, y entonces Nabel toma aire y llorando de risa dice:

—Y la escopeta. —Vuelve a golpear la mesa—. ¡Por Dios, Arnol! ¡Si sólo dejaras de disparar! Lo hubiéramos encontrado mucho más rápido...

Arnol mira a Nabel como si quisiera matarla y al fin larga una risa exagerada. Vuelvo a mirar a Pol, que ya no se ríe. Arnol levanta los hombros resignado, buscando en Pol una mirada de complicidad. Después hace el gesto de apuntar con una escopeta y dispara. Nabel lo imita. Lo hacen una vez más apuntándose uno al otro, ya un poco más calmados, hasta que dejan de reír.

—Ay... Por favor... —dice Arnol, y acerca la fuente para ofrecer más carne —, por fin gente con quien compartir toda esta cosa... ¿Alguien quiere más?

—Bueno, ¿y dónde está? Queremos verlo —dice al fin Pol.

—Ya van a verlo —dice Arnol.

—Duerme muchísimo —dice Nabel.

—Todo el día.

—¡Entonces lo vemos dormido! —dice Pol.

—Ah, no, no —dice Arnol—, primero el postre que cocinó Ana, después un buen café, y acá mi Nabel preparó algunos juegos de mesa. ¿Te gustan los juegos de estrategia, Pol?

—Pero nos encantaría verlo dormido.

—No —dice Arnol—. Digo, no tiene ningún sentido verlo así. Para eso pueden verlo cualquier otro día.

Pol me mira un segundo, después dice:

—Bueno, el postre entonces.

Ayudo a Nabel a levantar las cosas. Saco el pastel que Arnol había acomodado en la heladera, lo llevo a la mesa y lo preparo para servir. Mientras, en la cocina, Nabel se ocupa del café.

—¿El baño? —dice Pol.

—Ah, el baño... —dice Arnol y mira hacia la cocina, quizá buscando a Nabel—, es que no funciona bien y...

Pol hace un gesto para restarle importancia al asunto.

—¿Dónde está?

Quizá sin quererlo, Arnol mira hacia el pasillo. Entonces Pol se levanta y empieza a caminar, Arnol también se levanta.

—Te acompaño.

—Está bien, no hace falta —dice Pol ya entrando al pasillo.

Arnol lo sigue algunos pasos.

—A tu derecha —dice—, el baño es el de la derecha.

Sigo a Pol con la mirada hasta que finalmente entra al baño. Arnol se queda unos segundos de espaldas a mí, mira hacia el pasillo.

—Arnol —digo, es la primera vez que lo llamo por su nombre—, ¿te sirvo?

—Claro —dice él—, me mira y se da vuelta otra vez hacia el pasillo.

—Servido —digo, y empujo el primer plato hasta su sitio—; no te preocupes, va a tardar.

Sonrío para él, pero no responde. Regresa a la mesa. Se sienta en su lugar, de espaldas al pasillo. Parece incómodo, pero al fin corta con el tenedor una porción enorme de su postre y se la lleva a la boca. Lo miro sorprendida y sigo sirviendo. Desde la cocina Nabel pregunta cómo nos gusta el café. Estoy por contestar, pero veo a Pol salir silenciosamente del baño y cruzarse a la otra habitación. Arnol me mira esperando una respuesta. Digo que nos encanta el café, que nos gusta de cualquier forma. La luz del cuarto se enciende y oigo un ruido sordo, como algo pesado sobre una alfombra. Arnol va a volverse hacia el pasillo así que lo llamo:

—Arnol. —Me mira, pero empieza a incorporarse.

Oigo otro ruido; enseguida Pol grita y algo cae al piso, una silla quizá, un mueble pesado que se mueve y después cosas que se rompen. Arnol corre hacia el pasillo y toma el rifle que está colgado en la pared. Me levanto para correr tras él, Pol sale del cuarto de espaldas, sin dejar de mirar hacia adentro. Arnol va directo hacia él pero Pol reacciona, lo golpea para quitarle el rifle, lo empuja hacia un lado y corre hacia mí. No alcanzo a entender qué pasa, pero dejo que me tome del brazo y salimos. Oigo la puerta ir cerrándose lentamente detrás nuestro y después el golpe que vuelve a abrirla. Nabel grita. Pol sube a la camioneta y la enciende, yo subo por mi lado. Salimos marcha atrás y por unos segundos las luces iluminan a Arnol que corre hacia nosotros.

Ya en la ruta andamos un rato en silencio, tratando de calmarnos. Pol tiene la camisa rota, casi perdió por completo la manga derecha y en el brazo le sangran algunos rasguños profundos. Nos acercamos a nuestra casa a toda velocidad y a toda velocidad nos alejamos. Lo miro para detenerlo pero él respira agitado; las manos tensas aferradas al volante. Examina hacia los lados el campo negro, y hacia atrás por el espejo retrovisor. Deberíamos bajar la velocidad. Podríamos matarnos si un animal llegara a cruzarse. Entonces pienso que también podría cruzarse uno de ellos: el nuestro. Pero Pol acelera aún más, como si desde el terror de sus ojos perdidos contara con esa posibilidad.

Pájaros en la boca

El auto de Silvia estaba estacionado frente a la casa, con las balizas puestas. Me quedé parado, pensando en si había alguna posibilidad real de no atender el timbre, pero el partido se escuchaba en toda la casa, así que apagué el televisor y fui a abrir.

—Silvia —dije.

—Hola —dijo ella, y entró sin que yo alcanzara a decir nada—. Tenemos que hablar, Martín. —Señaló mi propio sillón y yo obedecí, porque a veces, cuando el pasado toca a la puerta y me trata como hace cuatro años atrás, sigo siendo un imbécil. Ella se sentó también.

—No va a gustarte. Es... Es fuerte —miró su reloj—. Es sobre Sara.

—Siempre es sobre Sara —dije.

—Tu hija tiene serios problemas. Vas a decir que exagero, que soy una loca, todo ese asunto, pero no hay tiempo para eso. Te venís a casa ahora mismo y lo ves con tus propios ojos. Le dije que irías. Sara te espera.

—¿Qué pasa?

—No va a tomarte ni veinte minutos. No quiero escucharte decir después que ella no te integra a su vida y toda esa mierda.

Nos quedamos en silencio un momento. Pensé en cuál sería el próximo paso, hasta que ella frunció el ceño, se levantó y fue hasta la puerta. Yo tomé mi abrigo y salí tras ella.

Por fuera la casa se veía como siempre, con el césped recién cortado y las azaleas de Silvia colgando del balcón matrimonial. Cada uno bajó de su auto y entramos sin hablar. Sara estaba sentada en el sillón. Aunque ya había terminado las clases ese año, llevaba puesto el jumper de la secundaria, que le quedaba como a esas colegialas porno de las revistas. Estaba erguida, con las piernas

juntas y las manos sobre las rodillas, concentrada en algún punto de la ventana o del jardín, como si estuviera haciendo uno de esos ejercicios de yoga de la madre. Me di cuenta de que, aunque siempre había sido más bien pálida y flaca, ahora se la veía rebosante de salud. Sus piernas y sus brazos parecían más fuertes, como si hubiera estado haciendo ejercicio durante unos cuantos meses. El pelo le brillaba y tenía un leve rosado en los cachetes, como pintado pero real. Cuando me vio entrar sonrió y dijo:

—Hola, papá.

Mi nena era realmente una dulzura, pero dos palabras alcanzaban para entender que algo estaba muy mal en esa chica, algo seguramente relacionado con la madre. A veces pienso que quizá debí de habérmela llevado conmigo, pero casi siempre pienso que no. A unos metros del televisor, junto a la ventana, había una jaula. Era una jaula para pájaros —de unos setenta, ochenta centímetros—, que colgaba del techo, vacía.

—¿Qué es eso?

—Una jaula —dijo Sara, y sonrió.

Silvia me hizo una seña para que la siguiera a la cocina. Fuimos hasta el ventanal y ella se volvió para verificar que Sara no nos escuchara. Seguía erguida en el sillón, mirando hacia la calle, como si nunca hubiéramos llegado. Silvia me habló en voz baja.

—Martín. Mirá, vas a tener que tomarte esto con calma.

—Ya, Silvia, dejame de joder. ¿Qué pasa?

—La tengo sin comer desde ayer.

—¿Me estás cargando?

—Para que lo veas con tus propios ojos.

—Ajá... ¿estás loca?

Me hizo una seña para que volviéramos al living y me señaló el sillón. Me senté frente a Sara. Silvia salió de la casa y la vimos cruzar el ventanal y entrar al garaje.

—¿Qué le pasa a tu madre?

Sara levantó los hombros, dando a entender que no lo sabía. Tenía el pelo negro y lacio, atado en una cola de caballo, y un flequillo prolijo que le llegaba casi hasta los ojos.

Silvia volvió con una caja de zapatos. La traía derecha, con ambas manos, como si se tratara de algo delicado. Fue hasta la jaula, la abrió, sacó de la caja un gorrión muy pequeño, del tamaño de una pelota de golf, lo metió dentro de la

jaula y la cerró. Tiró la caja al piso y la hizo a un lado de una patada, junto a otras nueve o diez cajas similares que se iban sumando bajo el escritorio. Entonces Sara se levantó, su cola de caballo brilló a un lado y otro de la nuca, y fue hasta la jaula dando un brinco de por medio, como hacen las chicas que tienen cinco años menos que ella. De espaldas a nosotros, poniéndose en puntas de pie, abrió la jaula y sacó el pájaro. No pude ver qué hizo. El pájaro chilló y ella forcejeó un momento, quizá porque el pájaro intentó escaparse. Silvia se tapó la boca con la mano. Cuando Sara se volvió hacia nosotros el pájaro ya no estaba. Tenía la boca, la nariz, el mentón y las dos manos llenas de sangre. Sonrió avergonzada, su boca gigante se arqueó y se abrió, y sus dientes rojos me obligaron a levantarme de un salto. Corrí hasta el baño, me encerré y vomité en el inodoro. Pensé que Silvia me seguiría y se pondría a echar culpas y directivas desde el otro lado de la puerta, pero no lo hizo. Me lavé la boca y la cara, y me quedé escuchando frente al espejo. Bajaron algo pesado del piso de arriba. Abrieron y cerraron la puerta de entrada algunas veces. Sara preguntó si podía llevar con ella la foto de la repisa. Cuando Silvia dijo que sí su voz ya estaba lejos. Abrí la puerta cuidando de no hacer ruido, y me asomé al pasillo. La puerta principal estaba abierta de par en par y Silvia cargaba la jaula en el asiento trasero de mi coche. Di unos pasos, con la intención de salir de la casa gritándoles unas cuantas cosas, pero Sara salió de la cocina hacia la calle y me detuve en seco para que no me viera. Se dieron un abrazo. Silvia la besó y la metió en el asiento de acompañante. Esperé a que volviera y cerrara la puerta.

—¿Qué mierda...?

—Te la llevás. —Fue hasta el escritorio y empezó a aplastar y doblar las cajas vacías.

—¡Dios santo, Silvia, tu hija come pájaros!

—No puedo más.

—¡Come pájaros! ¿La ha visto un médico? ¿Qué mierda hace con los huesos?

Silvia se quedó mirándome, desconcertada.

—Supongo que los traga también. No sé si los pájaros... —dijo y se quedó pensando.

—No puedo llevármela.

—Un día más con ella y me mato. Me mato yo y antes la mato a ella.

—¡Come pájaros!

Fue hasta el baño y se encerró. Miré hacia afuera, a través del ventanal. Sara

me saludó alegremente desde el auto. Traté de serenarme. Pensé en cosas que me ayudaran a dar algunos pasos torpes hacia la puerta, rezando por que ese tiempo alcanzara para volver a ser un hombre común y corriente, un tipo pulcro y organizado capaz de quedarse diez minutos de pie en el supermercado, frente a la góndola de enlatados, corroborando que las arbejas que se está llevando son las más adecuadas. Pensé en cosas como que si se sabe de personas que comen personas, entonces comer pájaros vivos no estaba tan mal. También que desde un punto de vista naturista era más sano que la droga, y desde el social, más fácil de ocultar que un embarazo a los trece. Pero creo que hasta la manija del coche seguí repitiéndome *come pájaros, come pájaros, come pájaros*, y así.

Llevé a Sara a casa. No dijo nada en el viaje y cuando llegamos bajó sola sus cosas. Su jaula, su valija —que habían guardado en el baúl—, y cuatro cajas de zapatos como la que Silvia había traído del garaje. No pude ayudarla con nada. Abrí la puerta y ahí esperé a que ella fuera y viniera con todo. Cuando entramos le señalé el cuarto de arriba. Después de que se instaló, la hice bajar y sentarse frente a mí, a la mesa del comedor. Preparé dos cafés pero Sara hizo a un lado su taza y dijo que no tomaba infusiones.

—Comés pájaros, Sara —dije.

—Sí, papá.

Se mordió los labios, avergonzada, y dijo:

—Vos también.

—Comés pájaros vivos, Sara.

—Sí, papá.

Pensé en qué se sentiría al tragar algo caliente y en movimiento, algo lleno de plumas y patas en la boca, y me tapé con la mano, como hacía Silvia.

Pasaron tres días. Sara se quedaba todo el tiempo sentada, erguida en el sillón con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas. Yo salía temprano al trabajo y me la pasaba consultando en Internet infinitas combinaciones de las palabras «pájaro», «crudo», «cura», «adopción», sabiendo que ella seguía sentada ahí, mirando hacia el jardín durante horas. Cuando entraba a la casa, alrededor de las siete, y la veía tal cual la había imaginado durante todo el día, se me erizaban los pelos de la nuca y me daban ganas de salir y dejarla encerrada dentro con llave, herméticamente encerrada, como esos insectos que se cazan de chico y se guardan en frascos de vidrio hasta que el aire se acaba. ¿Podía hacerlo? Cuando

era chico vi en el circo a una mujer barbuda que se llevaba ratones a la boca. Los sostenía así un rato, con la cola moviéndosele entre los labios cerrados, mientras caminaba frente al público, con los ojos bien abiertos. Ahora pensaba en esa mujer casi todas las noches, revoleándome en la cama sin poder dormir, considerando la posibilidad de internar a Sara en un centro psiquiátrico. Quizá podría visitarla una o dos veces por semana. Podríamos turnarnos con Silvia. Pensé en esos casos en que los médicos sugieren cierto aislamiento del paciente, alejarlo de la familia por unos meses. Quizá sería una buena opción para todos, pero no estaba seguro de que Sara pudiera sobrevivir en un lugar así. O sí. En cualquier caso, su madre no lo permitiría. O sí. No podía decidirme.

El cuarto día Silvia vino a vernos. Trajo cinco cajas de zapatos que dejó junto a la puerta de entrada, del lado de adentro. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Preguntó por Sara y le señalé el cuarto de arriba. Cuando bajó le ofrecí café. Lo tomamos en el living, en silencio. Estaba pálida y las manos le temblaban tanto que hacía tintinear la vajilla cada vez que volvía a apoyar la taza sobre el plato. Los dos sabíamos qué pensaba el otro. Yo podía decir «esto es culpa tuya, esto es lo que lograste», y ella podía decir algo absurdo como «esto pasa porque nunca le prestaste atención». Pero la verdad es que ya estábamos muy cansados.

—Yo me encargo de esto —dijo Silvia antes de salir, señalando las cajas de zapatos. No dije nada, pero se lo agradecí profundamente.

En el supermercado la gente cargaba sus changos de cereales, dulces, verduras y lácteos. Yo me limitaba a mis enlatados y hacía la cola en silencio. Iba al supermercado dos o tres veces por semana. A veces, aunque no tuviera nada que comprar, pasaba por él antes de volver a casa. Tomaba un chango y recorría las góndolas pensando en qué es lo que podía estar olvidándome. A la noche mirábamos juntos la televisión. Sara erguida, sentada en su esquina del sillón, yo en la otra punta, espiándola cada tanto para ver si seguía la programación o estaba otra vez con los ojos clavados en el jardín. Yo preparaba comida para dos y la llevaba al living en dos bandejas. Dejaba la de Sara frente a ella, y ahí quedaba. Ella esperaba a que yo empezara y entonces decía:

—Permiso, papá.

Se levantaba, subía a su cuarto y cerraba la puerta con delicadeza. La primera vez bajé el volumen del televisor y esperé en silencio. Se escuchó un

chillido agudo y corto. Unos segundos después las canillas del baño, y el agua corriendo. A veces bajaba unos minutos después, perfectamente peinada y serena. Otras veces se duchaba y bajaba directamente en pijama.

Sara no quería salir. Estudiando su comportamiento pensé que quizá sufría algún principio de agorafobia. A veces sacaba una silla al jardín e intentaba convencerla de salir un rato. Pero era inútil. Conservaba sin embargo una piel radiante de energía y se la veía cada vez más hermosa, como si se pasara el día ejercitando bajo el sol. Cada tanto, haciendo mis cosas, encontraba una pluma. En el piso junto a la puerta, detrás de la lata de café, entre los cubiertos, todavía húmeda en la piletta de la cocina. La recogía, cuidando de que ella no me viera haciéndolo, y la tiraba por el inodoro. A veces me quedaba mirando cómo se iba con el agua. A veces el inodoro volvía a llenarse, el agua se aquietaba, como un espejo otra vez, y yo todavía seguía ahí mirando, pensando en si sería necesario volver al supermercado, en si realmente se justificaba llenar los changos de tanta basura, pensando en Sara, en qué es lo que habría en el jardín.

Una tarde Silvia llamó para avisar que estaba en cama, con una gripe feroz. Dijo que no podía visitarnos. Que no podía *visitarnos* significaba que no podría traer más cajas. Me preguntó si me arreglaría sin ella. Yo le pregunté si tenía fiebre, si estaba comiendo bien, si la había visto un médico, y cuando la tuve lo suficientemente ocupada en sus respuestas dije que tenía que cortar y corté. El teléfono volvió a sonar, pero no atendí.

Miramos televisión. Cuando traje mi comida Sara no se levantó para ir a su cuarto. Miró el jardín hasta que terminé de comer, después volvió a la programación.

Al día siguiente, antes de volver a casa pasé por el supermercado. Puse algunas cosas en mi chango, lo de siempre. Paseé entre las góndolas como si hiciera un reconocimiento del super por primera vez. Me detuve en la sección de mascotas, donde había comida para perros, gatos, conejos, pájaros y peces. Levanté algunos alimentos para ver de qué se trataba. Leí con qué estaban hechos, las calorías que aportaban y las medidas que se recomendaban para cada raza, peso y edad. Después fui a la sección de jardinería, donde sólo había plantas con o sin flor, macetas y tierra, así que volví otra vez a la sección de mascotas y me quedé ahí pensando en qué haría a continuación. La gente llenaba sus changos y se movía esquivándome. Anunciaron en los alto parlantes la

promoción de lácteos por el día de la madre y pasaron un tema melódico sobre un tipo que estaba lleno de mujeres pero extrañaba a su primer amor, hasta que finalmente empujé el chango y volví a la sección de enlatados.

Esa noche Sara tardó en dormirse. Mi cuarto estaba bajo el suyo, y la escuché en el techo caminar nerviosa, acostarse, volver a levantarse. Me pregunté en qué condiciones estaría el cuarto; no había subido desde que ella había llegado, quizá el sitio era un verdadero desastre, un corral lleno de mugre y plumas.

La tercera noche después del llamado de Silvia, antes de volver a casa, me detuve a ver las jaulas de pájaros que colgaban de los toldos de una veterinaria. Ninguno se parecía al gorrión que había visto en la casa de Silvia. Eran de colores, y en general un poco más grandes. Estuve ahí un rato, hasta que un vendedor se acercó a preguntarme si estaba interesado en algún pájaro. Dije que no, que de ninguna manera, que sólo estaba mirando. Se quedó cerca, moviendo cajas, mirando hacia la calle, después entendió que realmente no compraría nada y regresó al mostrador.

En casa Sara esperaba en el sillón, erguida en su ejercicio de yoga. Nos saludamos.

—Hola, Sara.

—Hola, papá.

Estaba perdiendo sus cachetes rosados y ya no se la veía tan bien como en los días anteriores.

—Papi... —dijo Sara.

Tragué lo que estaba masticando y bajé el volumen del televisor, dudando de que realmente me hubiera hablado, pero ahí estaba, con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas, mirándome.

—¿Qué? —dije.

—¿Me querés?

Hice un gesto con la mano, acompañado de un asentimiento. Todo en su conjunto significaba que sí, que por supuesto. ¿Era mi hija, no? Y aun así, por las dudas, pensando sobre todo en lo que mi ex mujer hubiera considerado «lo correcto», dije:

—Sí, mi amor. Claro.

Y entonces Sara sonrió, una vez más, y miró el jardín durante el resto de la programación.

Volvimos a dormir mal, ella paseando de un lado al otro de la habitación, yo

dando vueltas en mi cama hasta que me quedé dormido. Al día siguiente llamé a Silvia. Era sábado, pero no atendía el teléfono. Llamé más tarde, y cerca del mediodía también. Dejé un mensaje, pero no contestó. Sara estuvo toda la mañana sentada en el sillón, mirando hacia el jardín. Tenía el pelo un poco desarreglado y ya no se sentaba tan erguida; parecía muy cansada. Le pregunté si estaba bien y dijo:

—Sí, papá.

—¿Por qué no salís un poco al jardín?

—No, papá.

Pensando en la conversación de la noche anterior se me ocurrió que podría preguntarle si me quería, pero enseguida me pareció una estupidez. Volví a llamar a Silvia. Dejé otro mensaje. En voz baja, cuidando de que Sara no me escuchara dije en el contestador:

—Es urgente, por favor.

Esperamos sentados cada uno en su sillón, con el televisor encendido. Unas horas más tarde Sara dijo:

—Permiso, papá.

Se encerró en su cuarto. Apagué el televisor y fui hasta el teléfono. Levanté el tubo una vez más, escuché el tono y corté. Fui con el auto hasta la veterinaria, busqué al vendedor y le dije que necesitaba un pájaro chico, el más chico que tuviera. El vendedor abrió un catálogo de fotografías y dijo que los precios y la alimentación variaban de una especie a la otra. Golpeé la mesada con la palma de la mano. Algunas cosas saltaron sobre el mostrador y el vendedor se quedó en silencio, mirándome. Señalé un pájaro chico, oscuro, que se movía nervioso de un lado a otro de su jaula. Me cobraron ciento veinte pesos y me lo entregaron en una caja cuadrada de cartón verde, con pequeños orificios calados alrededor y, en la tapa, un folleto del criadero con la foto del pájaro en el frente y una bolsa gratis de alpiste que no acepté.

Cuando volví Sara seguía encerrada. Por primera vez desde que ella estaba en casa, subí y entré al cuarto. Estaba sentada en la cama frente a la ventana abierta. Me miró, pero ninguno de los dos dijo nada. Se la veía tan pálida que parecía enferma. El cuarto estaba limpio y ordenado, la puerta del baño entornada. Había unas treinta cajas de zapatos sobre el escritorio, pero desarmadas —de modo que no ocuparan tanto espacio— y apiladas prolijamente unas sobre otras. La jaula colgaba vacía cerca de la ventana. En la mesita de luz, junto al velador, el portarretrato que se había llevado de la casa de su madre. El

pájaro se movió y sus patas se oyeron sobre el cartón, pero Sara permaneció inmóvil. Dejé la caja sobre el escritorio, salí del cuarto y cerré la puerta. Entonces me di cuenta de que no me sentía bien. Me apoyé en la pared para descansar un momento. Miré el folleto del criadero, que todavía llevaba en la mano. En el reverso había información acerca del cuidado del pájaro y sus ciclos de procreación. Resaltaban la necesidad de la especie de estar en pareja en los períodos cálidos y las cosas que podían hacerse para que los años de cautiverio fueran lo más amenos posible. Oí un chillido breve, y después la canilla de la pileta del baño. Cuando el agua empezó a correr me sentí un poco mejor y supe que, de alguna forma, me las ingeniaría para bajar las escaleras.

Perdiendo velocidad

Tego se hizo unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

—Estoy preocupado —dijo—; creo que estoy perdiendo velocidad.

Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —dije—, todavía estoy demasiado dormido.

—¿No viste lo que tardo en atender el teléfono? En ir hasta la puerta, en tomar un vaso de agua, en cepillarme los dientes... Es un calvario.

Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero oíamos el clamor. Las cortinas aterciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena. Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se oía entonces eran los paquetes de pochoclo y alguna tos nerviosa. Yo sacaba de los bolsillos los fósforos. Los llevaba en una caja de plata, que todavía conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que podía verse desde el último escalón de las gradas. La abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la base de la caja. En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la mecha. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados. Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría —el público atento a la mecha que se consumía—, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para pensar, o para descansar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta la puerta de la cocina y se detuvo.

—Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad —dijo.

Miró los huevos.

—Creo que me estoy por morir.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

—Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que mejor sabe hacer —continuó—. Eso estuve pensando, que uno se muere.

Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos; después de eso dio tres pasos torpes hacia el living, y cayó muerto en el piso.

Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos Tego y yo junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada. Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte, pero ya no tengo ganas de seguir hablando de eso, y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

—¿Café? —pregunto.

—¡Claro! —dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad. Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata, para encender el fuego, varias veces, y no pasa nada.

Cabezas contra el asfalto

Si golpeás mucho la cabeza de alguien contra el asfalto —aunque sea para hacerlo entrar en razón—, es probable que termines lastimándolo. Esto es algo que mi madre me explicó desde el principio, el día que golpeé la cabeza de Fredo contra el piso del patio del colegio. Yo no era violento, quiero aclarar esto. Sólo hablaba si era estrictamente necesario, no tenía amigos ni enemigos, y lo único que hacía en los recreos era esperar solo en el aula, alejado del ruido del patio, hasta que la clase volviera a empezar. Esperaba dibujando. Eso apuraba el tiempo y me apartaba del mundo. Dibujaba cajas cerradas y peces con forma de rompecabezas que encastraban entre sí. Fredo era el capitán del equipo de fútbol y hacía con los demás lo que quería. Como esa vez que a Cecilia se le había muerto el tío y le hizo creer que había sido él. Eso no está bien, pero yo no me meto en problemas ajenos. Un día, durante un recreo, Fredo entró en el aula, me sacó el dibujo en el que estaba trabajando y se fue corriendo. Lo corrí hasta el patio. El dibujo eran dos peces rompecabezas, cada uno en una caja, y ambas cajas dentro de otra caja. Saqué eso de cajas dentro de cajas de un pintor que le gustaba a mamá, y todas las maestras estaban encantadas y decían que era *un recurso muy poético*. En el patio Fredo cortaba el dibujo por la mitad, y las mitades en mitades, y así, mientras su grupo lo rodeaba y se reía. Cuando ya no pudo cortar pedazos más chicos tiró todo por el aire. Lo primero que sentí fue tristeza. No es un decir, siempre pienso en cómo siento las cosas en el momento en que me pasan, y quizá sea eso lo que me haga más lento, o más distraído que el resto. Después mi cuerpo se endureció, cerré los puños y sentí cómo la temperatura subía. Me tiré sobre Fredo al piso, lo agarré de los pelos y empecé a darle la cabeza contra el suelo. La maestra gritó y un profesor vino a separarnos. Pero no pasó gran cosa después de eso. Mi mamá me dijo esa tarde que podría haberle hecho mucho daño a Fredo, y eso fue todo.

En el secundario volví a hacerlo. Yo seguía dibujando, y nadie tocaba mis

dibujos porque sabían que yo creía en el bien y el mal, y me molestaba todo lo relacionado con lo segundo. Al fin y al cabo, la pelea con Fredo me había dado en el grupo un aire de respeto, y ya no se metían conmigo. Pero ese año un chico nuevo que se creía muy vivo se enteró de que Cecilia se había indisputado por primera vez el día anterior. Y aprovechando que yo ya no siempre me quedaba en el aula, le llenó la cartuchera de témpera roja. Cuando Cecilia buscó un lápiz se le mancharon los dedos y la ropa. Y el chico, parado sobre su banco, empezó a gritar que Cecilia ya era una puta, que Cecilia era una puta como todas. Ella no me gustaba, pero al chico le di la cabeza contra el piso hasta que le empezó a sangrar. El profesor tuvo que pedir ayuda para separarnos. Mientras nos sostenían para que no volviéramos a agarrarnos le pregunté si ahora el cerebro no le drenaba mejor. Me pareció una frase genial, pero nadie se rio. Me llenaron el boletín de amonestaciones y me suspendieron por dos días. Mamá también estaba enojada conmigo, pero la oí decir por teléfono que *su hijo no estaba acostumbrado a la intolerancia, y que todo lo que yo había querido hacer era proteger a esa pobre chica.*

Desde entonces Cecilia hacía todo lo posible por ser mi amiga. Me fastidiaba terriblemente. Se sentaba lo más cerca que podía, y se daba vuelta a cada rato para mirarme. A veces sonreía o me saludaba con la mano. Me escribía cartas sobre la amistad y el amor y las escondía entre mis cosas. Yo seguía dibujando. Mi mamá me había anotado en el taller de dibujo y pintura del colegio, que era todos los viernes. La profesora nos mandaba comprar hojas A3, casi el cuádruple de grandes que las que yo usaba. También témperas y pinceles. La profesora mostraba a la clase mis trabajos para explicar por qué yo *era genial, cómo lo lograba, y qué es lo que quería comunicar con cada pincelada.* En el taller aprendí a hacer todas las extremidades de rompecabezas en 3D, a pintar fondos esfuminados que, *contra el realismo de un horizonte, dan idea de abstracción,* y a pasarle spray a los mejores trabajos para que se conservaran bien y no perdieran *la intensidad de los colores.*

Lo más importante para mí era pintar. Había otras cosas que me gustaban, como mirar televisión, no hacer nada y dormir. Pero pintar era lo mejor. En tercer año se organizó un concurso de pintura para exponer en el hall. El jurado eran la profesora de dibujo, la directora y su secretaria. Las tres eligieron *por unanimidad mi obra más representativa* y colgaron el cuadro en el hall de entrada del colegio. Entonces Cecilia empezó a decir que yo estaba enamorado de ella, desde siempre. Que ella era el pez rojo y yo el azul. Que las fichas de

rompecabezas de un pez encastraban en el otro porque éramos así, el uno para el otro. Durante un recreo descubrí que en el cuadro, colgado en el hall, alguien había escrito nuestros nombres sobre cada pez. Volví al aula y encontré en el pizarrón un corazón gigante atravesado por una flecha con nuestros dos nombres. Era la misma letra que la del cuadro. Nadie se animó a reírse, pero todos lo habían visto y se miraban entre sí. Cecilia me sonrió, colorada, y siguió dibujando algún otro estúpido corazón en su cuaderno. Sentí que tenía ganas de golpearla, lo sentí otra vez, como cuando pasó lo de Fredo y lo del chico de segundo. Me di cuenta de que antes de la furia podía ver la imagen de la cabeza golpeándose, el cuero cabelludo estrellarse una y otra vez contra las irregularidades del piso, la cabeza perforada, la sangre espesando los pelos. Sentí mi cuerpo abalanzarse sobre ella, y un segundo después, contenerse. Fue como una iluminación, y entonces supe exactamente qué hacer. Corrí hasta el taller de dibujo y pintura que estaba en el segundo piso, algunos chicos me siguieron — Cecilia entre ellos—, abrí la puerta, saqué de los armarios las hojas y las témperas, y lo dibujé. Un primerísimo primer plano. Apenas el ojo espantado de Cecilia, su frente con granos transpirados, el piso áspero debajo, los dedos fuertes de mi mano enredados en sus pelos, y después, puro, el rojo, manchándolo todo.

Si me preguntan qué aprendí en el colegio, sólo puedo responder que a pintar. Todo lo demás, vino como se fue, no queda nada. Tampoco estudié después del secundario. Pinto cuadros de cabezas golpeando contra el piso, y la gente me paga fortunas. Vivo en un loft en el micro centro. Arriba tengo el cuarto y el baño, abajo la cocina y todo el resto es estudio. Algunos ricos me piden retratos de sus propias cabezas. Les gustan los lienzos gigantes y cuadrados, los hago de hasta dos metros por dos metros. Me pagan lo que pida. Veo después los cuadros colgados en sus livings enormes y me impresiona lo buenos que son. Creo que esos tipos se merecen verse a sí mismos estampados contra el piso por mi mano, y ellos parecen muy conformes cuando se paran frente a los cuadros y asienten en silencio.

No me gusta tener novias. Salí con algunas chicas pero nunca funcionó. Tarde o temprano empiezan a reclamarme más tiempo o a pedirme que diga cosas que en realidad no siento. Una vez probé decir lo que sentía y fue peor. Otra vez, una con la que había salido como seis veces y ya decía que era mi

novia, se volvió completamente loca sin que yo dijera nada. Decidió que yo no la amaba, que nunca iba a amarla, me obligó a agarrarla de los pelos y empezó a darse sola la cabeza contra la pared, mientras gritaba como una fiera en celo *quiero que me mates, quiero que me mates*. Pienso que relaciones así no son sanas. Mi representante, que es el tipo que se encarga de poner mis cuadros en las galerías y decidir qué precio tiene cada cosa que hago, dice que el tema de las mujeres no me conviene. Dice que la energía masculina es superior, porque no se dispersa y es *monotemática*. Monotemática es que sólo piensa en una cosa, pero nunca dice en cuál. Dice que las mujeres son buenas al principio, *cuando están bien buenas*, y buenas al final, *que vio morir a su padre en brazos de su madre*, y quiere morir de la misma manera. *Pero todo lo que está en el medio es un infierno*. Dice que ahora tengo que concentrarme en lo que yo sé hacer. Es calvo y gordo, y no importa lo que pase, siempre está aspirando con la nariz. Se llama Aníbal y antes fue pintor, pero nunca quiere hablar de eso. Como vivo encerrado, y él mismo persuade a mi mamá de que no me moleste, suele pasar al mediodía a dejarme comida y darle un vistazo a lo que estoy trabajando. Se para frente a los cuadros, con los pulgares colgando de los bolsillos delanteros de los jeans, y dice siempre las mismas cosas: *más rojo, necesita más rojo. O: más grande, tengo que verlo desde la otra esquina*. Y casi siempre, antes de irse: *Sos un genio. Un-ge-nio*. Esa es una de las cosas que repite dos veces. Cuando no me siento bien, porque estoy triste o cansado, me miro en el espejo del baño, cuelgo los pulgares de mis jeans y me digo: *sos un genio, un-ge-nio*. A veces funciona.

Siempre tuve un terrible agujero entre las dos últimas muelas derechas, en el *maxilar superior*, y hace un tiempo empezó a metérseme ahí cualquier cosa que comiera. Me agarré una caries insoportable. Aníbal dijo que no podía ir a cualquier dentista, porque después de las mujeres, los dentistas eran lo peor. Trajo una tarjeta y dijo: *es coreano, pero es bueno*. Me pidió una cita para esa misma tarde. John Sohn parecía joven, pensé que podría tener mi edad, aunque calcularle la edad a los coreanos es algo difícil. Me puso algo de anestesia, perforó dos dientes y tapó con pasta los agujeros que había hecho. Todo con una sonrisa y sin hacerme doler en ningún momento. Me cayó bien, así que le conté que pintaba cabezas contra el asfalto. John Sohn hizo un momento de silencio, que resultó ser como un momento de iluminación y dijo *es justo lo que estoy buscando*. Me invitó a cenar a uno de esos restaurantes coreanos de verdad. Quiero decir, no de los turísticos, sino de esos en los que se entra por una pequeña puerta en la que aparentemente no hay nada, y dentro hay un tremendo

mundo coreano. Mesas grandes y redondas, aunque sólo se sienten dos personas, el menú en coreano, todos los mozos coreanos y todos los clientes coreanos. John Sohn eligió para mí un plato tradicional y le dio al mozo instrucciones precisas acerca de cómo prepararlo. John Sohn necesitaba a alguien que pintara un cuadro gigante en su sala de espera. Dijo que *lo importante era el diente*, y me pareció una propuesta interesante. Quería hacer un trato: yo pintaba el cuadro y él me arreglaba todos los dientes. Me explicó por qué quería el cuadro, cómo repercutiría eso sobre los clientes y el valor publicitario en su cultura. Le encantaba hablar, hablaba todo el tiempo, y a mí me encantaba escucharlo. Cuando terminamos de comer, John Sohn me presentó a unos coreanos de la mesa de al lado y tomamos el café con ellos. No pude entender nada de lo que se conversó, pero ese rato de descanso me ayudó a darme cuenta de que yo era muy feliz, porque era amigo de mi dentista, y tener amigos está muy bien.

Trabajé sobre el cuadro de John muchos días, hasta que una mañana desperté en el sillón del estudio, miré la tela y sentí un profundo agradecimiento. Su amistad me había dado mi mejor cuadro. Lo llamé al consultorio y John se puso muy feliz, lo sé porque cuando algo lo entusiasmaba hablaba muy rápido, y a veces en coreano. Dijo que vendría a almorzar. Era la primera vez que mi amigo venía a visitarme. Ordené un poco los cuadros, cuidando de dejar a la vista los mejores. Subí al cuarto la ropa tirada y llevé a la cocina los vasos y los platos sucios. Saqué comida de la heladera y la preparé en una bandeja. Cuando John llegó, miró hacia todos lados, buscando el cuadro, pero todavía no era *el momento*, y él lo respetó porque los coreanos saben mucho del respeto, o al menos eso es lo que él siempre decía. Nos sentamos a almorzar. Le pregunté si quería sal, si prefería algo caliente, si le servía más gaseosa. Pero todo estaba bien para él. Pensé que podría venir alguna noche para ver películas o charlar de cualquier cosa, podíamos sacar una foto para poner en algún sitio, como hace la gente con sus familiares. Pero no dije nada todavía. John comía y hablaba. Lo hacía todo a la vez, y a mí no me molestaba porque eso es tener intimidad, es cosa de amigos. No sé cómo empezó ese tema, pero hablaba de los *niños coreanos* y la educación en su país. Los chicos entran a la escuela a las seis de la mañana y salen a las doce del día siguiente, es decir que pasan casi un día y medio en la escuela y sólo les quedan libres cinco horas, que utilizan para regresar a sus casas, dormir un poco, y volver. Dijo que cosas como esas son las que diferencian a los coreanos del resto del mundo, las que los distingue de los demás. No me gustó, pero a uno no puede gustarle todo de un amigo, pienso yo.

Y pienso que así y todo, a pesar de su comentario, estábamos bien. Le devolví la sonrisa. *Quiero que veas el cuadro*, le dije. Caminamos hasta el centro de la sala. Dio unos pasos hacia atrás, calculando la distancia necesaria, y cuando sentí que era el momento quité la sábana que cubría el cuadro. John tenía manos finas y pequeñas, como de mujer, y siempre estaba moviéndolas para explicar lo que pensaba. Pero sus manos quedaron quietas, colgando de los brazos como muertas. Le pregunté qué pasaba. Dijo que el cuadro tenía que tratarse del diente. Que lo que quería era un cuadro gigante para su sala de espera, el cuadro de un diente. Repitió eso varias veces. Miramos juntos el cuadro: la cara de un coreano estrellándose contra los azulejos negros y blancos de una sala de espera muy parecida a la de John. No está mi mano estrellando la cabeza, sino que cae sola, y lo primero que da contra el esmalte de los azulejos, lo que recibe todo el peso de la caída, es uno de los dientes del coreano, con una rajadura vertical que, un instante después, terminará por abrirlo al medio. No pude entender qué era lo que no funcionaba para John, el cuadro era perfecto. Y me di cuenta de que yo no estaba dispuesto a cambiar nada. Entonces John dijo que eso era lo que pasaba al fin y al cabo, y empezó otra vez con el tema de la educación coreana. Dijo que los argentinos éramos vagos. Que no nos gustaba trabajar y así estaba nuestro país. Que eso nunca cambiaría, porque éramos como éramos, y se fue.

Me molestó mucho todo lo que dijo John. Porque argentinos son también mi mamá y Aníbal, y ellos trabajan muchísimo, y me molesta la gente que habla sin saber. Pero John era mi amigo. Y yo aprendí a contener mi furia, y me sentí muy orgulloso de eso. Al día siguiente le escribí un mail explicándole que yo podría cambiar lo que fuera que él quisiera del cuadro. Le aclaré que no estaba muy de acuerdo «estéticamente», pero entendía que quizá él necesitaba algo más publicitario. Esperé un par de días, pero John no contestó. Entonces volví a escribirle, pensé que quizá estaba ofendido por algo, y le expliqué que si era así yo necesitaba saber exactamente por qué, porque si no, no podía disculparme. Pero John tampoco contestó ese mail. Mamá llamó a Aníbal y le explicó que todo esto pasaba porque yo era *muy sensible*, y todavía no estaba preparado para *el fracaso*. Pero esto no tenía nada que ver con eso. El séptimo día sin noticias decidí llamar a John al consultorio. Me atendió su secretaria. *Buenos días, señor; no, señor, el doctor no se encuentra; no señor, el doctor no puede responder su llamado*. Pregunté por qué, qué estaba pasando, por qué John me hacía eso, por qué John no quería verme. La secretaria se quedó unos segundos en silencio y después dijo *el doctor se tomó algunos días, señor*, y me cortó. Ese fin de

semana pinté seis cuadros más de cabezas de coreanos partiéndose contra el asfalto, Aníbal estaba muy entusiasmado con los trabajos, pero yo hervía de bronca y de a ratos también seguía muy triste. Llamé unos días más tarde. Atendió una voz de mujer, en un idioma inentendible que seguramente sería coreano. Dije que quería hablar con John, repetí el nombre de John algunas veces. La mujer dijo algo que no entendí, algo corto y rápido. Lo volvió a repetir. Después atendió un hombre, algún otro coreano que tampoco era John y también dijo cosas que no entendí.

Así que decidí algo, algo importante. Envolví el cuadro con la sábana, salí a la calle arrastrándolo como pude, esperé una eternidad hasta dar con uno de esos taxis de aeropuerto con mucho espacio detrás, para el cuadro, y le di al taxista la dirección de John. John vivía en un mundo coreano a cincuenta cuadras de mi barrio, lleno de carteles en coreano y de coreanos. El taxista me preguntó si estaba seguro de la dirección, si quería que me esperara en la puerta. Le dije que no hacía falta, le pagué y me ayudó a bajar el cuadro. La casa de John era antigua y grande. Apoyé el cuadro en las rejas de entrada, toqué el timbre, esperé. Hay muchas cosas que me ponen nervioso. No entender algo es una de las peores, la otra es esperar. Pero esperé. Pienso que esas son las cosas que uno hace por los amigos. Había hablado con mamá unos días antes y ella había dicho que mi amistad con John tenía, además, *brechas culturales*, y que eso hacía todo más complicado. Le dije que las brechas culturales eran algo contra lo que John y yo podíamos luchar. Sólo necesitaba explicárselo, saber por qué estaba tan enojado, aunque de todas formas pensé mucho en eso de las brechas culturales y las agregué a la lista de las cosas que me ponen nervioso.

La cortina del living se movió. Alguien espío un momento por detrás. La voz femenina del teléfono dijo *hola* en el portero. Dije *soy yo, el del teléfono*, dije que quería ver a *John*. *John no*, dijo la mujer, *no*. Dijo otras cosas en coreano, el aparato hizo algunos ruidos y todo quedó en silencio. Volví a tocar. A esperar. A tocar. Escuché los pasadores de la puerta y un coreano mayor que John se asomó, me miró, y dijo *John, no*. Lo dijo enojado, frunciendo el ceño, pero sin mirarme a los ojos, y volvió a encerrarse en la casa. Me di cuenta que no me sentía bien. Que algo estaba mal en mí, como en los viejos tiempos. Volví a tocar el timbre. Grité *John* una vez, otra. Un coreano que pasaba por la vereda de enfrente se paró a mirar. Volví a gritar al portero. Yo sólo quería hablar con John. Grité su nombre otra vez. Porque John era mi amigo. Porque las *brechas* no tenían nada que ver con nosotros. Porque nosotros éramos dos, John y yo, y eso

es tener un amigo. El timbre otra vez, interminable. El metal que se clavaba en mi dedo, muy adentro de tanto apretar. El coreano de enfrente dijo algo en su idioma. No sé qué, como si quisiera explicarme alguna cosa. Y yo otra vez *John*, *John* muy fuerte, como si algo terrible estuviera pasándole. El coreano se acercó, hizo un gesto con la mano, para que me calmara. Solté el timbre para cambiar de dedo y seguí gritando. Se oyó una persiana caer en otra casa. Sentí que me faltaba el aire. Que me faltaba algo. Entonces, el coreano me tocó el hombro. Su pulgar en mi camisa. Y fue un dolor enorme: la brecha cultural. Mi cuerpo empezó a hervir, sentí que perdía el control, que ya no entendía las cosas, como otras tantas veces, pero que esa vez de nada serviría mirar con atención un rato. Me di vuelta bruscamente y golpeé el cuadro que cayó boca abajo sobre la vereda. Agarré al coreano de los pelos. Un coreano pequeño, flaco y metido. Un coreano de mierda que se había levantado a las cinco de la mañana durante quince años para afianzar la brecha dieciocho horas por día. Lo sostuve de los pelos tan fuerte que me clavé las uñas en la palma de la mano. Y esa fue la tercera vez que estrellé la cabeza de alguien contra el asfalto.

Cuando me preguntan si *abrirle la cabeza al coreano sobre el reverso de mi tela esconde una intención estética* miro hacia arriba y hago como que pienso. Eso es algo que aprendí de ver a otros artistas que hablan en televisión. No es que no entienda bien la pregunta, es que realmente ya no me interesa nada. Tengo problemas legales, porque no sé diferenciar a los coreanos de los japoneses, ni de los chinos, y cada vez que veo uno así lo agarro de los pelos y empiezo a darle la cabeza contra el asfalto. Aníbal consiguió un buen abogado, que alega *insania*, que es que estás loco y eso es mucho mejor ante la ley. La gente dice que soy un racista, un hombre *descomunamente malo*, pero mis cuadros se venden por millones y yo empiezo a pensar en eso que siempre decía mi mamá, eso de que el mundo lo que tiene es una gran crisis de amor, y de que, al fin y al cabo, no son buenos tiempos para la gente muy sensible.

Hacia la alegre civilización

Ha perdido su pasaje y tras las rejas blancas de la boletería se le ha negado la compra de otro por falta de cambio. Desde un banquito de la estación, mira el inmenso campo seco que se abre hacia los lados e intuye que pronto sucederá algo terrible. Cruza las piernas y extiende las páginas del periódico para encontrar artículos que apuren el paso del tiempo. La noche cubre el cielo y a lo lejos, sobre la línea negra en la que se pierden los rieles de la estación, una luz amarilla anuncia próximo el último tren de la tarde. Gruner se incorpora. El diario cuelga de su mano como un arma que ya no tiene utilidad. Adivina en la ventanilla de la boletería una sonrisa que, oculta tras las rejas, está exclusivamente dirigida a él. Un perro flaco que antes dormía se incorpora atento. Gruner avanza hacia la ventanilla, confía en la hospitalidad de la gente de campo, en la camaradería masculina, en la buena voluntad que nace en los hombres que son bien encarados. Va a decir por favor, qué le cuesta, usted sabe que ya no hay tiempo de encontrar cambio.

Y si el hombre se niega va a preguntar por otras opciones, usted sabe, comprar el boleto en el tren o, al llegar, pedirlo en la boletería de la terminal. Hágame un vale al menos, facilíteme un papel que indique que debo abonarlo después. Pero al llegar a la ventanilla, cuando las luces del tren prolongan las sombras y la bocina es fuerte y molesta, Gruner descubre que tras las rejas no hay nadie, sólo un banco alto y una mesa atiborrada de inscripciones sin sellar, futuros boletos hacia distintos destinos. Con el tren que entra a la estación a velocidad considerable, los ojos de Gruner encuentran, a un lado de las vías y en el campo, al hombre que aún sonríe y mediante señas indica al conductor que no debe detenerse. Después, al alejarse el sonido de la máquina, el perro vuelve a echarse y una lámpara de la estación parpadea hasta apagarse por completo. El diario ahora enroscado vuelve a apoyarse en el regazo de Gruner sin que ninguna conclusión logre incorporarlo para ir en busca del miserable que le ha negado la

civilización alegre de la Capital.

Todo permanece quieto y en silencio. Incluso Gruner, sentado en la punta de un banco con la noche fresca pasando entre su ropa, permanece inmóvil y respira con tranquilidad. Una sombra que él no ve se mueve entre faros de luz y bancos de plaza y se revela como el hombre de la boletería cuando, ya sin sonreír, se sienta en la otra punta del banco y apoya junto a él un tazón con un líquido humeante. Después lo arrastra hasta dejarlo a unos pocos centímetros de Gruner, que nota en el hombre una falsa indiferencia y comprende que espera su petición. Pero, impaciente, el hombre no puede contenerse y habla. Se aclara la garganta para asegurar que uno no sabe el bien que tiene hasta que lo pierde y, como quien busca algo que no encuentra, mira el gran campo negro que se extiende frente a ellos. Gruner, con el humo del tazón despertándole el apetito, se concentra en la resistencia. Piensa que después de todo, de alguna forma llegará a la Capital y podrá denunciar lo ocurrido. Pero pronto descubre que sin querer ha acercado su mano al tazón, y el calor entre los dedos lo distrae. Si quiere hay más, dice el hombre, y entonces Gruner, no, él no lo hubiese hecho, las manos de Gruner, toman el cálido recipiente y lo llevan a la boca, donde como un remedio milagroso reanima el cuerpo que deja de temblar. Con el último sorbo comprende que, de tratarse de una guerra, el miserable contaría ya con dos batallas ganadas. Porque ahora, tras la cálida saciedad, sigue una cólera de difícil contención que obliga a Gruner a cerrar los puños mientras el hombre, victorioso, se incorpora, toma el tazón vacío y se aleja.

El perro permanece enroscado, el hocico escondido entre el estómago y las patas traseras, y aunque Gruner lo ha llamado varias veces no hace caso. Se le ocurre que lo que había en el tazón era la comida del perro y está preocupado por saber cuánto tiempo hace que ese perro está allí. Saber si en algún momento ese perro también habrá querido viajar de un sitio a otro, como él esa misma tarde. Tiene la ocurrencia de que los perros del mundo son el resultado de hombres cuyos objetivos de desplazamiento han fracasado. Hombres alimentados y retenidos a puro caldo humeante, a los que los pelos les crecen y las orejas se les caen y la cola se les estira, un sentimiento de terror y frío que incita a todos al silencio, a permanecer acurrucados bajo algún banco de estación, contemplando a los nuevos fracasados que, como él, aún con esperanza, aguardan impávidos la oportunidad de su viaje.

Una sombra se mueve en la boletería. Gruner se incorpora y camina con decisión. Desde el enrejado blanco escapan vapores de calefacción impregnados

de aromas hogareños. El hombre sonríe con amabilidad y ofrece más caldo. Gruner pregunta a qué hora pasa el próximo tren y es informado: todavía falta, dice el hombre, y su mano ofendida cierra la ventana de la boletería para dejarlo otra vez solo.

Todo se repite como en un ciclo natural, piensa Gruner una hora más tarde mientras observa desolado la nueva línea de vagones que otra vez se aleja reproduciendo la imagen del tren anterior. De todos modos amanecerá y los trabajadores se acercarán a la estación para comprar boletos, muchos de ellos probablemente con cambio. Si hay trenes a la Capital es gracias a los pasajeros que cada mañana deben volver a viajar en tren. Sí, en cuanto llegue denunciará a ese hombre y en algún día libre regresará con cambio a la estación del miserable sólo para comprobar que él ya no trabaja allí. Con el alivio de esa certeza se sienta en el banco y aguarda. Pasa un tiempo en el que los ojos de Gruner se acostumbran a la noche y leen formas hasta en los sitios más oscuros.

Así es como descubre a la mujer, su figura apoyada en el marco de la puerta del salón de espera, y el gesto de su mano que lo invita a pasar. Gruner, seguro de que el gesto ha sido para él, se incorpora y camina hacia ella, que sonríe y en efecto lo invita a pasar.

En la mesa hay tres platos, los tres servidos, y la comida humeante no es sopa, caldo, o comida para perros, sino presas sustanciosas bañadas en una aromática crema blanca. Huele a pollo, a queso y a papa, y después, cuando la mujer suma a la mesa la cacerola repleta de verduras, Gruner recuerda las cenas típicas de la alegre civilización de la Capital. Aquel hombre miserable, inaccesible a la hora de comprar un boleto, entra y ofrece a Gruner un asiento.

—Siéntese, por favor. Como en su casa.

El hombre y la mujer comen satisfechos. Junto a ellos está Gruner, con su plato también servido. Sabe que afuera el frío es húmedo e inhóspito y sabe también que ha perdido otra batalla, puesto que no tarda en llevarse a la boca el primer bocado de una exquisita presa de pollo.

Pero la comida no asegura una pronta salida.

—Usted no me vende el boleto por alguna razón —dice Gruner.

El hombre mira a la mujer y reclama un postre. Del horno surge una tarta de manzana que pronto se reparte equitativamente. La mujer y el hombre se abrazan con ternura al ver cómo Gruner devora su porción.

—Pe, llévalo al cuarto que debe estar cansado —dice la mujer, y entonces el primer bocado de una segunda porción de tarta que se dirigía a la boca de Gruner

se detiene y espera.

Pe se incorpora y pide a Gruner que lo acompañe.

—Puede dormir adentro. Afuera hace frío. No hay más trenes hasta la mañana.

No hay opción, piensa Gruner, y deja el resto de tarta para seguir al hombre hasta el cuarto de huéspedes.

—Su cuarto —dice el hombre.

Gruner no pagará por esto, piensa Gruner, mientras comprueba que las dos frazadas de la cama son nuevas y abrigadas. Hará la denuncia de todos modos, la hospitalidad no compensa lo ocurrido. Del cuarto de al lado llegan débiles los comentarios de la pareja. Antes de quedarse dormido, Gruner escucha a la mujer decirle a Pe que debe ser más cariñoso, que el hombre está solo y debe extrañar, y la voz de un Pe ofendido, contando cómo lo único que le importa a ese miserable es comprar su boleto de regreso. Desagradecido es lo último que llega a sus oídos, el sonido de la palabra se pierde gradualmente y renace por la mañana cuando el silbato de un tren que ya se aleja de la estación lo despierta en un nuevo día en el campo.

—No lo despertamos porque dormía muy tranquilo —dice la mujer—; espero que no le moleste.

Café con leche caliente y tostadas de canela con manteca y miel. Mientras Gruner desayuna en silencio, sigue con la mirada los pasos de la mujer que cocina lo que al parecer será el almuerzo. Entonces algo ocurre. Un oficinista, un hombre de facciones orientales vestido como él, uno que posiblemente tome el próximo tren y lleve consigo suficiente cambio para dos boletos, entra a la cocina y saluda a la mujer.

—Hola Fi —dice, y con el cariño de un hijo besa a la mujer en la mejilla—, ya terminé afuera, ¿ayudo a Pe en el campo?

Una vez más, la comida que se dirigía a la boca de Gruner, en este caso una tostada, se detiene a mitad de camino y permanece en el aire.

—No, Cho, gracias —dice Fi—, Gong y Gill ya fueron, tres alcanzan para eso, ¿podrías conseguir un conejo para la cena?

—Seguro —responde Cho que, ganando entusiasmo, toma el rifle que cuelga junto a la chimenea y se retira.

La tostada de Gruner regresa al plato y queda allí. Gruner va a preguntar algo pero entonces la puerta vuelve a abrirse y otra vez entra Cho, que primero lo mira a él, y después, con curiosidad, se dirige a la mujer.

—¿Es nuevo? —pregunta.

Fi sonríe y mira a Gruner con cariño.

—Llegó ayer.

La tostada ya no vuelve a dirigirse a la boca de Gruner. Cuando él se retira la mujer levanta el plato y deja caer su contenido en un gran tacho, junto al resto de la basura.

Las acciones de Gruner en el primer día son iguales a las de todas las personas que alguna vez estuvieron en esa situación. Recluírse ofendido y pasar la mañana junto a la boletería de un tren que no llega. Después, negarse a almorzar y, por la tarde, estudiar en secreto las actividades del grupo. Bajo el mando de Pe, los oficinistas trabajan la tierra. Descalzos, los pantalones arremangados hasta los tobillos, sonríen y festejan sus propias ocurrencias sin perder el ritmo de sus tareas. Después Fi trae té para todos y todos, Pe, Cho, Gong y Gill, le hacen señas a Gruner, que se creía oculto, para invitarlo a unirse al grupo.

Pero Gruner, lo sabemos, se niega. Nada más terco que un oficinista como él. De escritorios sin divisiones, pero con línea telefónica particular, en el campo aún conserva su orgullo y sentado en un banco de madera se esfuerza por permanecer inmóvil durante toda la tarde. Aunque no pase ningún tren, piensa. Aunque me pudra en este asiento.

La noche los reúne a todos en la preparación de una cálida cena familiar, donde las luces de la casa se encienden poco a poco y los primeros aromas de lo que será una gran comida escapan hacia el frío por las rendijas de las puertas. Gruner, con la paciencia y el orgullo atenuados con el correr del día, se rinde sin culpa y se prepara para aceptar la invitación, una puerta que se abre y la mujer que, como en la noche anterior, lo invita a pasar. Dentro, el murmullo familiar y un Pe que con fraternales palmadas felicita a sus hombrecitos de oficina mientras ellos, agradecidos por todo, preparan una mesa que a Gruner le recuerda a aquellas íntimas festividades navideñas de su infancia y, por qué no, a la alegre civilización de la Capital. Ante el complacido rostro de cazador exitoso, el rostro de un Cho triunfal, se sirve un conejo que no ahora, pero sí en otros tiempos, ha corrido alegremente por el campo que rodea las instalaciones. En la mesa rectangular, Pe y Fi se ubican a las cabeceras. A un lado se encuentran los oficinistas y, solo frente a ellos, Gruner, que a pedido de Gong y Gill pasa a uno y a otro lado de la mesa un salero que se solicita constantemente pero nunca alcanza a ser utilizado, hasta que Pe descubre que en las caras infantiles de Gong

y Gill crecen sonrisas ansiosas e infectadas de malicia, y con un llamado de atención concede a Gruner la posibilidad de abstenerse de ese pase agotador y de probar, por fin y ya de noche, su primer bocado del día.

En los días siguientes Gruner ensaya diversas estrategias. Sobornar a Pe, o incluso a Fi, en busca de cambio es lo primero que se le ocurre. Después, con lágrimas en los ojos, ofrecer el boleto a la ciudad a cambio de todo su dinero, nada de vuelto, suplica, quédese con todo, suplica una y otra vez, y escucha con desesperación una respuesta que habla de cierta ética ferroviaria que implica la imposibilidad de quedarse con dinero ajeno. Propone Gruner en esos días comprarles algo. La suma del precio de su boleto más cualquier cosa que ellos deseen venderle será el total de su dinero, el trato sería perfecto. Pero tampoco. Y debe soportar las risas escondidas de los oficinistas, y otra cena en familia. Las primeras tareas de Gruner que comienzan a hacerse habituales son el lavado de los platos después de la cena y, en la mañana, la preparación de la comida del perro. Después suplica otra vez. Ofrece pagar a cambio de su trabajo. Pagar por cualquier cosa, pagar por la merienda. Arrimarse poco a poco a las tareas de campo. Charlar una que otra vez con los hombrecitos de oficina. Descubrir en Gong facultades increíbles en lo que se refiere a teorías de eficiencia y trabajo grupal. En Gill, a un abogado de alto prestigio. En Cho, a un contador capaz. Volver a llorar frente a la boletería y por la noche ofrecerse para preparar el almuerzo del día siguiente. Cazar con Cho conejos de campo, sugerir pagar en agradecimiento a la buena voluntad de la familia, pagar al menos los servicios de cocina. Procurar saber cómo se hace esto y cómo lo otro y procurar también pagar por aquella información tan importante, que la cosecha se levanta por la mañana cuando aún el sol no molesta, y las horas del mediodía se destinan a las tareas de la casa. Y cada tanto, con la esperanza que sólo renace en algunos días, la de conseguir cambio para pagar su pasaje, sentarse en el banco de la estación y contemplar un nuevo tren que, ante las inevitables señas de Pe, pasa sin detenerse.

Después, poco a poco, considerar la alegría oficinista como una falsa alegría. Sospechar de todo aquello, del ingenuo agradecimiento de Cho, de la animosa hospitalidad de Gong y de la constante actitud servicial de Gill, e intuir en todos ellos las acciones de un plan secreto contrario al amor que Pe y Fi les profesan. Y al escuchar a Cho proponer armar la cama de Papá y Mamá, confirma su teoría cuando juntos, los cuatro, Gruner también, entran a la habitación matrimonial y en equipo extienden las sábanas y controlan los pliegues que mal doblados

podrían dibujar diagonales. Entonces Gong sonríe y mira a Gill, y juntos, enfrentados a los lados de la cama, levantan cada uno una almohada y, ante la mirada sorprendida de Gruner y Cho, escupen las sábanas antes de volver a apoyarlas.

Es el momento en que están rebelándose y Gruner lo sabe, tanto amor no podía ser real. Así que se anima y con voz temblorosa, que sin embargo se afianza hacia el final, pregunta:

—¿Tienen cambio?

Los tres parecen sorprendidos. Quizá la pregunta aún es precipitada, pero también lo es la respuesta:

—¿Y usted?

Gruner dice:

—¿Creen que estaría acá?

Y ellos:

—¿Y nosotros?

En un largo silencio las conclusiones de todos parecen encontrarse y formular un plan que, aún no definido, los une ahora en un reciente pero sincero sentimiento de hermandad. Como si esa acción pudiese ocultar las palabras pronunciadas, Gill acomoda con timidez las sábanas de una cama que aún no se ha desarreglado. Es así que en la noche, cuando renace el eufórico amor familiar, Gruner comprende que todo es y ha sido siempre parte de una farsa que ha comenzado muchos años antes de su llegada. Nada le impide entonces disfrutar de los consejos instructivos de Pe ni de los besos tiernos que Fi reparte en la frente de sus hombrecitos cuando éstos se despiden para ir a dormir. Por la mañana se somete con gusto a las actividades cotidianas, y en la noche, cuando la duda lo invade y reconsidera el plan como una táctica audaz de su autoengaño, descubre que los ruidos que ahora lo molestan en su cuarto son en realidad pequeños golpecitos de alguien que llama a su puerta. Golpecitos que, como claves a descifrar, lo invitan a incorporarse, abrir, y descubrir a un Cho ansioso que bajo el mando organizativo de Gong ha ido a buscarlo para participar de su primera reunión.

El encuentro es en los baños públicos, junto a la boletería. Gill, eficiente, ha tapado con cartón las ventanas rotas para que no pase el frío y ha conseguido velas y comida. Encendidas las primeras y presentada la segunda, todo se dispone sobre un mantel prolijamente extendido en el piso del centro del baño. Sentados como indios pero con la profesionalidad atenta de los verdaderos

oficinistas, los cuatro se ubican alrededor del mantel y reúnen su dinero en la mano de Gong. Cuatro billetes grandes y nuevos. Es raro para Gruner descubrir en las caras infantiles de sus compañeros una expresión para él desconocida hasta entonces, mezcla de angustia y recelo. Quizá hace meses, hace años que están aquí, quizá sospechan que en la Capital ya han perdido todo. Mujeres, hijos, trabajo, un hogar, esas cosas que podrían tenerse antes de quedar varado en una estación como ésta. Los ojos de Gill se humedecen y pronto sobre el mantel cae una lágrima. Cho le da a Gill unas palmadas en la espalda y le hace apoyar la cabeza en su hombro. Entonces Gong mira a Gruner; saben que Gill y Cho son débiles, que están agotados y que ya no creen en la posibilidad de un escape sino sólo en el penoso consuelo de más días de campo. Gong y Gruner, que son fuertes, deberán luchar por los cuatro. Un plan implacable, piensa Gruner, y en la mirada de Gong descubre a un compañero que sigue con atención todos sus pensamientos. Gill continúa llorando, y se lamenta:

—Con todo este dinero podemos comprarles parte de la huerta, y al menos vivir de forma independiente...

—Hay que detener el tren —propone Gong, con seriedad desconocida.

—¿Qué pretende? —dice Gruner—. ¿Cómo se detiene un tren? Acá hay que ser realista, la objetividad es la base de todo buen plan.

—Díganos, Gruner, ¿por qué cree usted que el tren no para? —dice Gong.

Y la respuesta ansiosa de Cho es:

—Por las señales de Pe, que avisa que no hay pasajeros y por eso los trenes no paran.

—Cho, deje que Gruner deduzca solo... —dice Gong, y aclara—: Como verá, Gruner, detener el tren sí es posible. Sólo es cuestión de reemplazar a Pe por uno de nosotros y cuando el tren se acerque no hacer ninguna señal.

—Habrá que rezar para que la ausencia de señal signifique para el conductor que debe detenerse —dice Gruner—; de tantas veces que pasó de largo debe estar acostumbrado.

—Habrá que rezar —repite Gill, limpiándose los ojos con una servilleta de papel.

Todo sucede como debe suceder, como el plan lo indica. Antes que nada, amanece. Fi se asoma por la puerta de la cocina e invita a la familia a desayunar. Los pequeños oficinistas, cada uno en su cuarto, colocan calcetines en sus pies, sacos sobre los pijamas, alpargatas en los pies con calcetines. Pe es el primero en utilizar el baño y el resto sigue por orden de llegada: Gong, Gill, Cho, y al fin

Gruner, que como se sabe último aprovecha el tiempo para alimentar al perro, que a esa hora aguarda en la puerta. Fi saluda a todos y los apura para que el desayuno no se enfríe. Entonces Cho distrae a Fi llevándola hasta la ventana y señalándole algo en el campo, quizá un posible animal para almorzar o cenar ese día. Mientras tanto, Gong vigila el baño para que Pe no salga, después de todo el turno siguiente es el suyo y no es raro que aguarde junto a la puerta. Y es ahí que Gruner y Gill diluyen en la gran taza de café de Pe las pastillas sedantes que han robado de la mesita de luz de Fi. Cuando todos están sentados y la ceremonia del desayuno puede comenzar, los oficinistas no hacen otra cosa que mirar la taza de Pe. Pero en la concentración que implica esa primera comida, ni Pe ni Fi perciben las miradas y con las delicias que se sirven a la mesa los mismos oficinistas olvidan el tema. Al concluir, Gill levanta la mesa y Cho lava la vajilla. Gong y Gruner declaran que irán a ordenar los cuartos y a tender las camas y ante la permisiva sonrisa de Fi, se retiran.

En el cuarto de Gruner, lugar acordado para el encuentro posterior al triunfo de la primera parte del plan, los oficinistas, o mejor dicho, Gill y Cho, y no Gong y Gruner, encuentran la nostalgia. Porque Gill cree que después de todo Fi ha sido como su madre y Cho acepta que ha aprendido mucho sobre el campo de la mano de un hombre como Pe. Las horas de trabajo conjunto y los desayunos en familia no podrán ser olvidados con facilidad. Gong y Gruner realizan actividades paralelas a estas conclusiones: empacar en bolsitas unos pocos recuerdos, como piedritas y otras cosas que han recolectado Gill y Cho, y algunas manzanas para degustar en el viaje de regreso.

Entonces suena la alarma del reloj de Gong, y suena porque es la hora. Pronto pasará el tren, porque este es el preciso momento en que todos los días Pe se incorpora del matinal sillón de lectura y camina hacia el campo para colocarse junto a las vías y efectuar la señal. Gruner se incorpora, se incorpora también Gong, y ahora todo está en manos de ellos. Gill y Cho aguardarán sentados en el banco de la estación. En el living encuentran a Pe dormido en su sofá. Prueban con palabras fuertes y ruidosas: roer, estrepitar y escudriñar son las propuestas por Gong, rapataplan es la elegida por Gruner y la repite tres veces, pero Pe, sumido en el profundo sueño que provocan los sedantes, no despierta. Gill lo besa en la frente y Cho lo imita, en sus ojos hay lágrimas de despedida. Gong se asegura de que Fi se encuentre en el jardín trasero, regando sus plantas como cada mañana, y allí está. Perfecto, se dicen entre sí, y al fin salen de la casa. Gill y Cho hacia la estación, Gong y Gruner hacia el campo, bordeando las vías. En

el horizonte, el humo de un tren que aún no se ve pero ya se oye.

Después de dar varios pasos, Gong se detiene. Gruner deberá seguir, se necesita sólo un hombre para hacer la no señal. Tras aceptar las palmadas de Gong, Gruner continúa andando. Va a ser difícil ver el tren acercarse y desear que se detenga, y sin embargo sólo contar con la no señal. Permanecer junto a las vías sin hacer nada, sólo rezar, como dijo Gill, porque quizá esa sea la señal de Dios para que el tren se detenga.

El tren se acerca, avanza sobre las dos líneas que cruzan el campo de horizonte a horizonte. Y pronto está sobre la estación. Gruner se concentra. Permanece tan quieto como le es posible, y cuando el tren pasa junto a él le es difícil deducir si ese es el ruido de un tren que acelera o de uno que va a detenerse. Entonces mueve los ojos hacia abajo, hacia las ruedas que siguen los rieles y nota que los brazos de hierro que lo empujan comienzan a disminuir el énfasis de su marcha. No ve a Gong, no sabe dónde está, pero escucha sus gritos de alegría. El tren se aleja de él y Gruner puede comprobar cómo, en la estación, se detiene del todo. Victorioso, contempla de qué forma la estación comienza a poblarse de pasajeros y, distraído por los ruidos del tumulto, deja de escuchar los gritos desesperados de Gong que lo llaman. Sólo después de un rato, cuando el silbato del tren suena dos veces, comprende que los gritos le advierten lo lejos que se encuentra él de la estación y al descubrir la gran distancia que lo separa del tren comienza a correr tan rápido como puede.

En la estación, Gill y Cho, para subir al tren, deben empujar a decenas y decenas de pasajeros que aún descienden. La estación repleta de gente, valijas y paquetes. Comentarios de sorpresa y llanto. Lágrimas de emoción. Gente que se abraza y exclama:

—Pensé que nunca podríamos bajar —y llora.

—Hace años que viajo en este tren, pero hoy al fin he logrado llegar —dicen, y se abrazan.

—Ya no recuerdo el pueblo, y en cambio ahora, de pronto, llegar... —dicen y, agotados, se sientan en los bancos de la estación.

Gente que festeja y grita, gente que ya no cabe en la estación. Entonces un nuevo silbato y el ruido del tren que comienza a arrancar. Gruner, con la asistencia de Gong que lo ayuda a treparse, sube a la estación sin perder tiempo en ir hasta las escaleras. Un grupo de hombres ha desempacado sus instrumentos y tocan una melodía alegre para celebrar la ocasión. Gong y Gruner avanzan entre niños, hombres, mujeres, globos y serpentinas, y antes de que puedan

llegar a la primera puerta el tren ya avanza junto a ellos. Es entonces cuando Gruner ve, entre los colores alegres de los pasajeros jubilosos que lograron descender, la figura delgada y gris de un perro al que él conoce, y se detiene.

—¡Gruner! —grita Gong, que ya ha alcanzado la primera puerta.

—Sin el perro no me voy —declara Gruner, y como si esas palabras le diesen la fuerza que necesitaba para hacerlo, retrocede hasta el animal y lo alza en brazos. El perro se deja llevar, su cara de espanto avanza gracias a Gruner entre cuerpos eufóricos que no llegan a advertir el peligro y la desesperación que viven ellos cuatro. Gruner alcanza la cola del tren y se empareja con ella. Intuye que desde alguna ventana Gill y Cho lo observan con lágrimas en los ojos, y sabe que no puede fallarles. Una mano fuerte, que es la de Gruner, se aferra a uno de los caños que forman las rejas de la escalera trasera del tren y el mismo impulso de la velocidad de la máquina desprende a Gruner y al perro de la estación como de un recuerdo que se ha pisado hasta hace poco pero que ahora se aleja y se pierde como una mancha en el campo verde.

La puerta trasera del vagón se abre y Gong ayuda a Gruner a subir. Dentro Gill y Cho toman al perro y felicitan a Gruner. Están los cuatro, los cinco, y están a salvo. Pero, y siempre hay un pero, en la puerta trasera hay una ventana, y desde esa ventana aún pueden verse vestigios de esa mancha que se aleja en el campo. Una mancha que, ellos lo saben, es una estación llena de gente alegre, repleta de artículos de oficina y probablemente repleta de cambio. Una mancha que ha sido para ellos un sitio de amargura y miedo y que sin embargo ahora, imaginan, se asemeja a la civilización alegre de la Capital. Una última sensación, común a todos, es de espanto: intuir que, al llegar a destino, ya no habrá nada.

El cavador

Necesitaba descansar, así que alquilé una casona en un pueblo de la costa, lejos de la ciudad. Quedaba a quince kilómetros del pueblo, siguiendo el camino de ripio, hacia el mar. Cuando iba llegando, los pastizales me impidieron seguir en auto. El techo de la casa se veía a lo lejos. Me animé a bajar. Tomé lo imprescindible y seguí a pie. Oscurecía y, aunque no se veía el mar, podía escuchar las olas alcanzar la orilla. Ya estaba a pocos metros cuando tropecé con algo.

—¿Es usted?

Retrocedí asustado.

—¿Es usted, don? —Un hombre se incorporó con dificultad—. No desperdicié ni un solo día, eh... Se lo juro por mi mismísima madre...

Hablaba apurado; estiró las arrugas de la ropa y se acomodó el pelo.

—Pasa que justo anoche... Imagínese, don, que estando tan cerca no iba a dejar las cosas para el otro día. Venga, venga —dijo, y se metió en un pozo que había entre los yuyales, a sólo un paso de donde nos encontrábamos.

Me agaché y asomé la cabeza. El agujero medía más de un metro de diámetro y adentro no se alcanzaba a ver nada. ¿Para quién trabajaría un obrero que no reconocía ni a su propio capataz? ¿Qué andaría buscando para cavar tan profundo?

—Don, ¿baja?

—Creo que se equivoca —dije.

—¿Qué?

Le dije que no bajaría y, como no contestó, me fui para la casa. Recién cuando llegué a las escaleras de entrada oí un lejano *muy bien, don, como usted diga*.

A la mañana siguiente salí a buscar el equipaje que había dejado en el auto. Sentado en la galería de la casa, el hombre cabeceaba vencido por el sueño y

sujetaba entre las rodillas una pala oxidada. Al verme la dejó y se apresuró a alcanzarme. Cargó lo más pesado y, señalando unos paquetes, preguntó si eran parte del plan.

—Primero necesito organizarme —dije y, al llegar a la puerta, le quité lo que cargaba para evitar que entrara a la casa.

—Sí, sí, don. Como usted diga.

Entré. Desde las ventanas de la cocina vi la playa. Apenas había algunas olas, el mar estaba ideal para nadar. Crucé la cocina y espié por la ventana del frente: el hombre seguía ahí. De a ratos miraba hacia el pozo y de a ratos estudiaba el cielo. Cuando salí, corrigió la postura y me saludó respetuoso.

—¿Qué hacemos, don?

Me di cuenta de que un gesto mío hubiera bastado para que el hombre se echara a correr hacia el pozo y se pusiera a cavar. Miré hacia los pastizales, en dirección al pozo.

—¿Cuánto cree usted que falta?

—Poco, don, muy poco...

—¿Cuánto es poco para usted?

—Poco... no sabría decirle.

—¿Cree que es posible terminar esta noche?

—No puedo asegurarle nada... usted sabe: esto no depende sólo de mí.

—Bueno, si tanto quiere hacerlo, hágalo.

—Délo por hecho, don.

Vi al hombre tomar la pala, bajar los escalones de la casa hasta el pastizal y perderse en el pozo.

Más tarde fui al pueblo. Era una mañana de sol y quería comprar un short de baño para aprovechar el mar; a fin de cuentas, no tenía por qué preocuparme por un hombre que cavaba un pozo en una casa que no me pertenecía. Entré a la única tienda que encontré abierta. Cuando el empleado estaba envolviendo mi compra, preguntó:

—¿Y cómo va su cavador?

Me quedé unos segundos en silencio, esperando quizá que algún otro contestara.

—¿Mi cavador?

Me alcanzó la bolsa.

—Sí, su cavador...

Le extendí el dinero y miré al hombre, extrañado; antes de irme no pude

evitar preguntarle:

—¿Cómo sabe del cavador?

—¿Que cómo sé del cavador? —dijo, como si no me comprendiese.

Volví a la casa y el cavador, que esperaba dormido en la galería, se despertó en cuanto abrí la puerta.

—Don —dijo, poniéndose de pie—, hubo grandes avances, puede que estemos cada vez más cerca...

—Pienso bajar a la playa antes de que oscurezca.

No recuerdo por qué me había parecido una buena idea decírselo. Pero ahí estaba él, feliz por el comentario y dispuesto a acompañarme. Esperó afuera a que me cambiara y un poco más tarde caminábamos hacia el mar.

—¿No hay problema en que deje el pozo? —pregunté.

El cavador se detuvo.

—¿Prefiere que vuelva?

—No, no, le pregunto.

—Es que cualquier cosa que pase... —amagó con volver—, sería terrible, don.

—¿Terrible? ¿Qué puede pasar?

—Hay que seguir cavando.

—¿Por qué?

Miró el cielo y no contestó.

—Bueno, no se preocupe —continué caminando—, venga conmigo. —El cavador me siguió, indeciso.

Ya en la playa, a pocos metros del mar, me senté para sacarme los zapatos y las medias. El hombre se sentó junto a mí, dejó a un lado la pala y se quitó las botas.

—¿Sabe nadar? —pregunté—. ¿Por qué no me acompaña?

—No, don. Yo lo miro, si le parece. Y traje la pala, por si se le ocurre un nuevo plan.

Me incorporé y caminé hacia el mar. El agua estaba fría, pero sabía que el hombre me miraba y no quería echarme atrás.

Cuando regresé, el cavador ya no estaba.

Con un sentimiento de fatalidad busqué posibles huellas hacia el agua, por si acaso había seguido mi sugerencia, pero no encontré nada y entonces decidí volver. Revisé el pozo y los alrededores. En la casa, recorrí las habitaciones con desconfianza. Me detuve en los descansos de la escalera, lo llamé en voz alta

desde los pasillos, algo avergonzado. Más tarde salí. Caminé hasta el pozo, me asomé y lo llamé otra vez. No se veía nada. Me acosté boca abajo en el suelo, metí la mano y tanteé las paredes: se trataba de un trabajo prolijo, de aproximadamente un metro de diámetro, que se hundía hacia el centro de la tierra. Pensé en la posibilidad de meterme, pero enseguida la deseché. Cuando apoyé una mano para levantarme, los bordes se quebraron. Me aferré a los pastizales y, paralizado, oí el ruido de la tierra cayendo en la oscuridad. Mis rodillas resbalaron en el borde y vi cómo la boca del pozo se desmoronaba y se perdía en su interior. Me puse de pie y observé el desastre. Miré con miedo a mi alrededor, pero el cavador no se veía por ningún lado. Entonces se me ocurrió que podría arreglar los bordes con un poco de tierra húmeda, aunque necesitaría una pala y algo de agua.

Volví a la casa. Abrí los placares, revisé dos cuartos traseros a los que entraba por primera vez, busqué en el lavadero. Al fin, en una caja junto a otras herramientas viejas, encontré una pala de jardinería. Era pequeña, pero serviría para empezar. Cuando salí de la casa, me encontré frente a frente con el cavador. Escondí la pala detrás de mi cuerpo.

—Lo estaba buscando, don. Tenemos un problema.

Por primera vez, el cavador me miraba con desconfianza.

—Diga —dije.

—Alguien más ha estado cavando.

—¿Alguien más? ¿Está seguro?

—Conozco el trabajo. Alguien ha estado cavando.

—¿Y usted dónde estaba?

—Afilaba la pala.

—Bueno —dije, tratando de ser terminante—, usted cave cuanto pueda y no vuelva a dispersarse. Yo vigilo los alrededores.

Vaciló. Se alejó algunos pasos pero al fin se detuvo y se volvió hacia mí. Distráido, yo había dejado caer el brazo y la pala colgaba junto a mis piernas.

—¿Va a cavar, don? —me miró.

Instintivamente oculté la pala. Él parecía no reconocer en mí al hombre que yo había sido para él hasta un momento antes.

—¿Va a cavar? —insistió.

—Lo ayudo. Usted cava un rato y yo sigo cuando se canse.

—El pozo es suyo —dijo—, usted no puede cavar.

El cavador levantó la pala y, mirándome a los ojos, volvió a clavarla en la

tierra.

La furia de las pestes

Gismondi se extrañó de que los chicos y los perros no corrieran hacia él para recibirlo. Intranquilo, miró hacia el llano donde, ya mínimo, se alejaba el coche que regresaría por él al otro día. Llevaba años visitando sitios de frontera, comunidades pobres que sumaba al registro poblacional y a las que retribuía con alimentos. Pero por primera vez, frente a ese pequeño pueblo que se hundía en el valle, Gismondi percibió una quietud absoluta. Vio las casas, pocas. Tres o cuatro figuras inmóviles y algunos perros echados sobre la tierra. Avanzó bajo el sol de mediodía. Cargaba en sus hombros dos grandes bolsos que, al resbalar, le lastimaban los brazos y lo obligaban a detenerse. Un perro alzó la cabeza para verlo llegar, sin levantarse del piso. Las construcciones, una extraña mezcla de barro, piedra y chapa, se sucedían sin orden alguno, dejando hacia el centro una calle vacía. Parecía deshabitada, pero podía adivinar a los pobladores detrás de las ventanas y las puertas. No se movían, no lo espiaban, pero estaban ahí y Gismondi vio, junto a una puerta, a un hombre sentado; apoyada en una columna, la espalda de un niño; la cola de un perro saliendo del interior de una casa. Mareado por el calor, dejó caer los bolsos y se limpió con la mano el sudor de la frente. Contempló construcciones. No había nadie con quien hablar, así que eligió una casa sin puerta y pidió permiso antes de asomarse. Adentro, un hombre viejo miraba el cielo a través de un agujero en el techo de chapa.

—Disculpe —dijo Gismondi.

Al otro lado de la habitación, dos mujeres estaban enfrentadas ante una mesa y, más atrás, en un catre viejo, dos chicos y un perro dormitaban apoyados unos en otros.

—Disculpe... —repitió.

El hombre no se movió. Cuando Gismondi se acostumbró a la oscuridad, descubrió que una de las mujeres, la más joven, lo miraba.

—Buenos días —dijo, recuperando el ánimo—, trabajo para el gobierno y...

¿Con quién tengo que hablar? —Gismondi se inclinó levemente hacia delante.

La mujer no contestó, su expresión era indiferente. Gismondi se sujetó a la pared que enmarcaba la puerta; se sentía mareado.

—Debe de haber alguien... Un referente. ¿Sabe con quién tengo que hablar?

—¿Hablar? —dijo la mujer con una voz seca, cansada.

Gismondi no contestó; temía descubrir que ella nunca había pronunciado una palabra y que el calor del mediodía lo afectaba. La mujer pareció perder el interés y dejó de mirarlo. Gismondi pensó que podía estimar la población y completar el registro a su criterio, ningún agente se tomaría la molestia de corroborar los datos en un sitio como ese, pero, de cualquier manera, el coche que pasaría por él no iba a regresar hasta el día siguiente. Se acercó a los chicos, al menos podría hacerlos hablar a ellos. El perro, que descansaba el morro sobre la pierna de uno de ellos, ni siquiera se movió. Gismondi saludó. Sólo uno de los chicos, lento, lo miró a los ojos e hizo un gesto mínimo con los labios, casi una sonrisa. Sus pies colgaban del catre descalzos pero limpios, como si nunca hubiesen tocado el suelo. Gismondi se agachó y rozó con su mano uno de los pies. No supo qué lo llevó a hacer eso, quizá sólo necesitaba saber que el chico era capaz de moverse, que estaba vivo. El chico lo miró asustado. Gismondi se incorporó. También él, de pie en medio de la habitación, miró al chico con miedo. Pero no era ese rostro lo que temía, ni el silencio, ni la quietud. Recorrió con la mirada el polvo de las repisas y las mesadas vacías hasta detenerse en el único recipiente que había a la vista. Lo tomó y vació el contenido sobre la mesa. Permaneció absorto unos segundos. Después, acarició el polvo desparramado sin entender lo que estaba viendo. Revisó los cajones y los estantes. Abrió latas, cajas, botellas. No había nada. Nada para comer ni para beber. Ni mantas, ni herramientas, ni ropa. Sólo algún utensilio inútil. Vestigios de jarros que alguna vez habrían contenido algo. Sin mirar a los chicos, como si hablara sólo para él, preguntó si tenían hambre. Nadie contestó.

—¿Sed? —Un escalofrío le hizo temblar la voz.

Lo miraban extrañados, como si no alcanzaran a entender el significado de esas palabras. Gismondi abandonó la habitación, salió a la calle, corrió hasta los bolsos y cargó con ellos de regreso. Se detuvo frente a los chicos, agitado. Vacío la carga sobre la mesa. Tomó una bolsa al azar, la abrió con los dientes y dejó caer un puñado de azúcar en su palma. Los chicos miraron cómo se agachaba junto a ellos y les ofrecía algo de su mano. Pero ninguno pareció entender. Fue entonces cuando Gismondi sintió una presencia, percibió, quizá por primera vez

en el valle, la brisa de un movimiento. Se incorporó y miró hacia los lados. Algo de azúcar cayó al piso. La mujer estaba de pie y lo observaba desde el umbral de la puerta. No era la mirada que había mantenido hasta entonces, no miraba una escena ni un paisaje, lo miraba a él.

—¿Qué quiere? —dijo.

Era, como las demás, una voz somnolienta, pero estaba cargada de una autoridad que lo sorprendió. Uno de los chicos había abandonado la cama y ahora contemplaba la mano repleta de azúcar. La mujer miró los paquetes desparramados y se volvió con furia hacia él. El perro se incorporó y rodeó intranquilo la mesa. Por las puertas y las ventanas comenzaban a asomarse hombres y mujeres, cabezas que se sumaban tras cabezas, un tumulto que crecía. Otros perros se acercaron. Gismondi miró el azúcar en su mano. Esta vez, al fin, todos concentraban su atención en él. Apenas vio al chico, su mano pequeña, los dedos húmedos acariciar el azúcar, los ojos fascinados, cierto movimiento de los labios que parecían recordar el sabor dulce. Cuando el chico se llevó los dedos a la boca, todos se paralizaron. Gismondi retrajo la mano. Vio en quienes lo miraban una expresión que, al principio, no alcanzó a entender. Entonces sintió, profunda en el estómago, la herida tajante. Cayó de rodillas. Había dejado que se desparramara el azúcar, y el recuerdo del hambre crecía sobre el valle con la furia de las pestes.

Sueño de revolución

Las luces destellan un par de veces, señal de que todo va a terminar. Un aire espeso envuelve a la clientela en un hálito de feliz resaca. Pocos se han servido una sola vez, y casi todos levantan en el aire las copas ahora vacías. Es tiempo de una última vuelta. Se levantan de golpe, habrá que reponer el trago en una barra que cerrará en cualquier momento. No hay tiempo para la hermandad, para la charla, para elegir un acompañamiento sólido que ayude a la cerveza. Miradas de presuntos filtradores contienen la euforia y el tumulto. Es tiempo de reponer lo importante, lo imprescindible. Los cuerpos se acumulan apretados. Las palabras no son amables. Los que avanzan se abren camino a la posibilidad. Un nuevo destello intranquiliza a la clientela, los fuertes empujan en dirección a la barra, los bajos aprovechan las ventajas del avance entre piernas, los altos contemplan, evalúan y rezan por la distancia que los separa del final feliz. Todos parecen encontrar la ventaja adecuada y la suma de todos compacta la masa en un solo cuerpo desesperado que, frenético, copia la forma de la barra. Copas afortunadas, en orden sospechosamente lento, se llenan y retiran. No muchos parten llevando en sus manos el elixir de un alivio que durará poco. Entonces sucede. Las manos amigas que llenaban las copas traban la caja, tapan las botellas, las juntan y las guardan. Dejan desnuda la barra que segundos atrás exponía el néctar sagrado de cien modos distintos. La multitud permanece absorta. Clientes insatisfechos persiguen meseros que aún no logran ocultarse. Cuando el tumulto se desarma la vuelta a las mesas es lenta y triste. Pero algo ocurre: quienes en las mesas, pocos, aún demoran la última vuelta, ven la decepción de quienes vuelven sin nada y, sin olvidar la imagen de la bebida burbujeante, piensan en compartir y se miran entre sí a la espera de alguna señal. Otro destello se lleva las luces de la barra. Sonido a vajilla que se reúne, que se apila, se lava, que vuelve a apilarse, se enjuaga, se seca, se apila otra vez y al fin se ordena o se aparta. Oculta pero firme, una voz anuncia que el bar cerrará en

unos minutos. Un escaso resto de bebidas repartidas entre todos incita risas burlonas y comentarios encontrados. Las últimas gotas de alcohol tienen su efecto en abrazos generosos, amistosas palmadas que se transmiten de mesa en mesa, felicitaciones y halagos sinceros que reconocen nuevos rostros y anudan relaciones de último momento. Un brindis espontáneo se repite en un gesto general, el ruido de cientos de copas que suenan a un mismo tiempo concientiza a la masa de la importancia del evento. Los rostros sonríen y hay para todos buenos deseos. Se sabe que afuera hace frío, que las esposas esperan en las casas, que habrá que salir, acostarse, levantarse solos al amanecer. Con el último destello de luz, en el sonido de las copas han participado todos. Pero entonces las luces principales se encienden y los dejan al descubierto. El aire viciado que los protegía del viento se escapa al abrirse la puerta de salida. Se oyen golpes desde la cocina. La voz firme, pero aún oculta, reclama la retirada. «Habrá que levantarse», se oye. «Permaneceremos sentados», proponen, «con el cuerpo en las sillas no podrán acomodar las mesas.» Se repiten los ruidos que provienen de la cocina. Ruido de madera contra madera, de madera contra hierro, de hierro contra hierro. Ruido de armas que remiten a un disgusto ancestral y hace que mantengan, ahora más que antes, el cuerpo rígido en las sillas. En sus mentes las cruzadas de los guerreros, las órdenes de sus superiores, las risas de sus esposas. «Cuerpo en silla», se grita desde una mesa. «Cuerpo en silla», se responde desde las otras. Y en una sola frase, que se repite de boca en boca, la voz definitiva de una decisión conjunta. Pero algo sucede. Un acto inteligente del bando opuesto desactiva de una vez el sueño colectivo. Los han golpeado con sus propias armas, pues desde la cocina llega, gastado y desprolijo, de seguro emitido desde un parlante improvisado, el himno nacional. El enemigo ha sido audaz y no quedan alternativas. Guerreros, superiores y esposas han enseñado durante años la lección de incorporarse de inmediato ante las primeras notas del himno nacional. No es obediencia sino dolor lo que incorpora de uno en uno a la clientela derrotada. Permanecen en el lugar, alertas pero ya sin esperanzas. Personal contrario irrumpe con violencia y aparta las sillas que, invertidas, pronto son colocadas sobre las mesas en un acto que despoja al piso de su hospitalidad. Se bajan las cortinas. Aunque seguridad entra a escena, la multitud se alimenta de ilusiones. En un gesto que aclara ser el último, la clientela es invitada, una vez más, una última vez, a retirarse. Marchar al compás del himno es la reacción gradual pero al fin la acción de todos. En la conciencia general otra vez esa idea milenaria, el recuerdo ausente en cada uno, aunque presente en

la masa, de que el himno es lo que se escucha antes de la batalla. Muchos conservan en sus manos las copas vacías. Los dedos de esas manos se aferran al vidrio, y las manos libres, que también se cierran, forman puños que quizá no vuelvan a abrirse. Saben que el final podría no ser bueno, saben que sus esposas podrían enterarse de todo, pero la causa es justa y en el grupo hay confianza. Cuando los rociadores de agua contra incendios se activan, surge la incertidumbre. Pensar en qué sucederá mañana ya no es tan sencillo. Hay desilusión, muchos creen que todo ha terminado. Saldrán mojados a la calle y mañana, con la cabeza baja, regresarán al bar, volverán a pedir alcohol y volverán a luchar porque la salida se atrase lo más posible. Es entonces cuando se abren los pocos paraguas con los que cuenta la resistencia. Aumenta el calor. Respirar cuesta. El mal humor exaspera al grupo rebelde. Hombres uniformados empujan cuerpos hacia afuera. Movimientos bruscos golpean piernas que no quieren moverse, hay impotencia, disgusto, y una terrible sensación de derrota. El hombre que decide la suerte del local espera en la calle. Desde la vereda de enfrente memoriza sin esfuerzo los rostros que encabezan los cuerpos arrojados hacia el exterior. Y en la calle, donde no hay música, ni alcohol, ni calefacción, todo parece perdido. El grupo se dispersa. No hay remedio que incentive la alegría cuando todos se han rendido, cuando cada uno, borracho, recorre una calle diferente, sintiendo que de los hombros cuelgan brazos pesados y de las manos dedos cuyas puntas parecieran arrastrarse sobre el cemento áspero de una ciudad que ninguno de ellos ha elegido. En sus casas aguardan las esposas, que en la punta de la lengua contienen violentas las palabras que van a gritar. La palabra que quiere ser escupida, los labios que la retienen hasta que la expresión se libera y las bocas de esas mujeres demasiado delgadas, obesas, altas, bajas, jóvenes y viejas, pero todas ellas esposas al fin, parecen quedar más relajadas. Ya no hay fuerzas para cambiar el destino. Al final del día está la cama y en el sueño ellas nunca aparecen. Pero suceden otras cosas. No hace falta trabajar todo el día para regresar al bar. Se llega al cerrar los ojos. El hombre que abre y cierra el bar controla las acciones, reconoce los rostros desde la mirilla ubicada en la pared de la barra. Otra vez el recuerdo ancestral, el alcohol y la música antes de comenzar la guerra. Las luces no parpadean y aún faltan varias horas para que todo comience a desvanecerse. Pero algo ha cambiado. La barra queda vacía. Las manos que en la barra administran la bebida se mueven nerviosas, sospechan en la quietud aparente los primeros pasos de una conspiración. La clientela se estudia los rostros. En sus mentes la sospecha de que aquello no es un sueño, de

que se han levantado, han ido a trabajar, y que por eso es real todo lo que ahora ocurre. La certeza de que sus ojos leen en los ojos de los demás una intención clara y aviesa. Y, tras la mirilla, el hombre lo ve todo: manos quietas que ahora se mueven al unísono, toman las copas y las arrojan al piso. La puerta de entrada se cierra, se cierran todas las puertas y se cierran los puños. Alguien llama a los guardias, pero nadie más se suma al conflicto. Las manos, apoyadas en el borde de las mesas, ayudan a los cuerpos a incorporarse con decisión. La música marca los pasos de la marcha. Las sillas han quedado vacías. En el ambiente, una sensación pegajosa de algo que crece. Al hombre le tiemblan las piernas, los cuerpos que avanzan hacia él se alimentan del alcohol que él mismo les ha ofrecido. Y hay una idea en la mente de todos. En el hombre la esperanza de que eso sea un sueño, y el deseo de pertenecer, alguna vez, a esa revolución de hombres valientes. En los otros la extraña certeza, cargada de angustia, de que todo lo que ocurre es, en efecto, real. Lejos de ellos, la posible imagen de manos ásperas de esposas o de jefes que los despierten sin piedad de sus sueños para reincorporarlos al trabajo, que los despierten sin piedad, como cada mañana, para que al fin dejen, sobre la almohada o sobre el escritorio, la baba pegajosa de un sueño de revolución.

Matar a un perro

El Topo dice: nombre, y yo contesto. Lo esperé en el lugar indicado y me pasó a buscar en el Peugeot que ahora conduzco. Acabamos de conocernos. No me mira, dicen que nunca mira a nadie a los ojos. Edad, dice, cuarenta y dos, digo, y cuando dice que soy viejo pienso que él seguro tiene más. Lleva unos pequeños anteojos negros y debe ser por eso que le dicen el Topo. Me ordena conducir hasta la plaza más cercana, se acomoda en el asiento y se relaja. La prueba es fácil pero es muy importante superarla y por eso estoy nervioso. Si no hago las cosas bien no entro, y si no entro no hay plata, no hay otra razón para entrar. Matar a un perro a palazos en el puerto de Buenos Aires es la prueba para saber si uno es capaz de hacer algo peor. Ellos dicen: algo peor, y miran hacia otro lado medio disimulando, como si nosotros, la gente que todavía no entró, no supiéramos que peor es matar a una persona, golpear a una persona, golpear a una persona hasta matarla.

Cuando la avenida se divide en dos calles opto por la más oscura. Una línea de semáforos rojos cambia a verde, uno tras otro, y permite avanzar rápido hasta que entre los edificios surge un espacio oscuro y verde. Pienso que quizá en esa plaza no haya perros, y el Topo ordena detenerse. Usted no trae palo, dice. No, digo. Pero no va a matar un perro a palazos si no tiene con qué. Lo miro pero no contesto, sé que va a decir algo, porque ahora lo conozco, es fácil conocerlo. Pero disfruta el silencio, disfruta pensar que cada palabra que diga son puntos en mi contra. Entonces traga saliva y parece pensar: no vas a matar a nadie. Y al fin dice: hoy tiene una pala en el baúl, puede usarla. Y seguro que debajo de los anteojos los ojos le brillan de placer.

Alrededor de la fuente central duermen varios perros. La pala firme entre mis manos, la oportunidad puede darse en cualquier momento, me voy acercando. Algunos comienzan a despertar. Bostezan, se incorporan, se miran entre sí, me miran, gruñen, y a medida que me voy acercando se hacen a un lado. Matar a

alguien en especial, alguien ya elegido, es fácil. Pero tener que elegir quién deberá morir requiere tiempo y experiencia. El perro más viejo o el más lindo o el de aspecto más agresivo. Debo elegir. Seguro que el Topo mira desde el auto y sonrío. Debe pensar que nadie que no sea como ellos es capaz de matar.

Me rodean y me huelen, algunos se alejan para no ser molestados y vuelven a dormirse, se olvidan de mí. Para el Topo, tras los vidrios oscuros del auto y los oscuros vidrios de sus anteojos, debo ser pequeño y ridículo, aferrado a la pala y rodeado de perros que ahora vuelven a dormir. Uno blanco, manchado, le gruñe a otro negro y cuando el negro le da un tarascón un tercer perro se acerca, ladra y muestra los dientes. Entonces el primero muerde al negro y el negro, los dientes afilados, lo toma por el cuello y lo sacude. Levanto la pala y el golpe cae sobre las costillas del manchado que, aullando, cae. Está quieto, va a ser fácil transportarlo, pero cuando lo tomo por las patas reacciona y me muerde el brazo, que enseguida comienza a sangrar. Levanto otra vez la pala y le doy un golpe en la cabeza. El perro vuelve a caer y me mira desde el piso, con la respiración agitada, pero quieto.

Lentamente al principio y después con más confianza junto las patas, lo cargo y lo llevo hacia el auto. Entre algunos árboles se mueve una sombra, el borracho que se asoma dice que eso no se hace, que después los perros saben quién fue y se lo cobran. Ellos saben, dice, saben, ¿entiende?, y se acuesta en un banco. Cuando voy llegando al auto veo al Topo sentado, esperándome en la misma posición en la que estaba antes, y sin embargo veo abierto el baúl del Peugeot. El perro cae como un peso muerto y cuando cierro el baúl me mira. En el auto, el Topo sigue mirando hacia delante. Dice: si lo dejaba en el piso se levantaba y se iba. Sí, digo. No, dice, antes de irse tenía que abrir el baúl. Sí, digo. No, tenía que hacerlo y no lo hizo, dice. Sí, digo, y me arrepiento enseguida, pero el Topo no dice nada y me mira las manos. Miro las manos, miro el volante y veo que todo está manchado, hay sangre en mi pantalón y sobre la alfombra del auto. Tendría que haber usado guantes, dice. La herida duele. Viene a matar a un perro y no trae guantes, dice. Sí, digo. No, dice. Ya sé, digo, y me callo. Prefiero no decir nada del dolor. Enciendo el motor y el coche sale suavemente.

Trato de concentrarme, descubrir cuál de todas las calles que van apareciendo podría llevarme al puerto sin que el Topo tenga que decir nada. Ya no puedo darme el lujo de otra equivocación. Quizá estaría bien detenerse en una farmacia y comprar un par de guantes, pero los guantes de farmacia no sirven y

las ferreterías a esta hora están cerradas. Una bolsa de nylon tampoco sirve. Puedo quitarme la campera, enrollarla en la mano y usarla de guante. Sí, voy a trabajar así. Pienso lo que dije: trabajar, me gusta saber que puedo hablar como ellos. Tomo la calle Caseros, creo que baja hasta el puerto. El Topo no me mira, no me habla, no se mueve, mantiene la mirada hacia delante y la respiración suave. Creo que le dicen el Topo porque debajo de los anteojos tiene ojos pequeños.

Después de varias cuadras Caseros cruza Chacabuco. Después Brasil, que sale al puerto. Volanteo y entro con el coche inclinándose hacia un lado. En el baúl, el cuerpo golpea contra algo y después se oyen ruidos, como si el perro todavía tratara de levantarse. El Topo, creo que sorprendido por la fuerza del animal, sonríe y señala a la derecha. Entro por Brasil frenando y con el coche de costado otra vez hay ruido en el baúl, el perro tratando de arreglárselas entre la pala y las otras cosas que hay atrás. El Topo dice: frene. Freno. Dice: acelere. Sonríe, acelero. Más, dice, acelere más. Después dice frene y freno. Ahora que el perro se golpeó varias veces, el Topo se relaja y dice: siga. Y ya no dice nada más. Sigo. La calle por la que conduzco ya no tiene semáforos ni líneas blancas, y las construcciones son cada vez más viejas. En cualquier momento llegamos al puerto.

El Topo señala a la derecha. Dice que avance tres cuadras más y doble a la izquierda, hacia el río. Obedezco. Enseguida llegamos al puerto y detengo el auto en una playa de estacionamiento ocupada por grandes grupos de containers. Miro al Topo pero no me mira. Sin perder tiempo, bajo del auto y abro el baúl. No preparé el abrigo alrededor del brazo pero ya no necesito guantes, ya está todo hecho, hay que terminar pronto para irse. En el puerto vacío sólo se ven, a lo lejos, luces débiles y amarillas que iluminan un poco unos cuantos barcos. Quizá el perro ya esté muerto, pienso que sería lo mejor, que la primera vez le tendría que haber pegado más fuerte y seguro ahora estaría muerto. Menos trabajo, menos tiempo con el Topo. Yo lo hubiera matado directamente, pero el Topo hace las cosas así. Son caprichos. Traerlo medio muerto hasta el puerto no hace más valiente a nadie. Matarlo delante de todos esos otros perros era más difícil.

Cuando lo toco, cuando junto las patas para bajarlo del auto, abre los ojos y me mira. Lo suelto y cae contra el piso del baúl. Con la pata delantera raspa la alfombra manchada de sangre, trata de levantarse y la parte trasera del cuerpo le tiembla. Todavía respira y respira agitado. El Topo debe estar contando el

tiempo. Vuelvo a levantarlo y algo le debe doler porque aúlla aunque ya no se mueve. Lo apoyo en el piso y lo arrastro para alejarlo del auto. Cuando vuelvo al baúl a buscar la pala el Topo se baja. Ahora está junto al perro, mirándolo. Me acerco con la pala, veo la espalda del Topo y detrás, en el piso, el perro. Si nadie se entera de que maté a un perro nadie se enterará de nada. El Topo no gira para decirme ahora. Levanto la pala. Ahora, pienso. Pero no la bajo. Ahora, dice el Topo. No la bajo ni sobre la espalda del Topo ni sobre el perro. Ahora, dice, y entonces la pala baja cortando el aire y golpea en la cabeza del perro que, en el suelo, aúlla, tiembla un momento, y después todo queda en silencio.

Enciendo el motor. Ahora el Topo va a decirme para quién voy a trabajar, cuál va a ser mi nombre, y por cuánta plata, que es lo que importa. Tomás Huergo y después dobló en Carlos Calvo, dice.

Hace rato que conduzco. El Topo dice: en la próxima frene sobre el lado derecho. Obedezco y por primera vez el Topo me mira. Bájese, dice. Me bajo y él se pasa al asiento del conductor. Me asomo por la ventanilla y le pregunto qué va a pasar ahora. Nada, dice: usted dudó. Enciende el motor y el Peugeot se aleja en silencio. Cuando miro a mi alrededor me doy cuenta de que me dejó en la plaza. En la misma plaza. Desde el centro, cerca de la fuente, un grupo de perros se incorpora poco a poco y me mira.

La medida de las cosas

De Enrique Duvel sabía que era rico por herencia y que, aunque a veces se lo veía con algunas mujeres, todavía vivía con la madre. Los domingos daba vueltas a la plaza en su auto descapotable, sin mirar ni saludar a ningún vecino, y así desaparecía hasta el fin de semana siguiente. Yo tenía la juguetería que había heredado de mi padre, y un día lo sorprendí en la calle, mirando con recelo la vidriera de mi negocio. Se lo comenté a Mirta, mi mujer, que dijo que quizá yo lo había confundido con otra persona. Pero después ella misma lo vio. Se detenía algunas tardes frente a la juguetería y miraba la vidriera un rato. La primera vez que entró lo hizo sin la menor convicción, como avergonzado y no muy seguro de lo que buscaba. Se acercó hasta el mostrador y revisó desde ahí las estanterías. Esperé a que hablara. Jugó un momento con el llavero del auto y al fin pidió el modelo de un avión a escala para armar. Regresó varios días después por el modelo que le seguía. En visitas sucesivas incorporó a la colección coches, barcos y trenes. Comenzó a pasar todas las semanas, y cada vez se llevaba algo. Hasta que una noche, cuando yo cerraba las persianas del negocio, lo encontré afuera, solo frente a la vidriera. Temblaba, tenía la cara roja y los ojos húmedos, como si hubiera estado llorando, y parecía algo asustado. No vi su auto y por un momento pensé que se lo habían robado.

—¿Y el coche, Duvel?

Hizo un gesto confuso.

—Es mejor si me quedo acá —dijo.

—¿Acá? ¿Y su madre? —Me arrepentí de mi pregunta, temí haberlo ofendido, pero dijo:

—No quiere volver a verme. Se encerró en la casa con todas las llaves. Dice que no va a abrimme nunca más y que el auto también es de ella. Mejor si me quedo acá —repitió.

Pensé que Mirta no iba a estar de acuerdo, pero le debía a ese hombre casi el

veinte por ciento de mis ganancias mensuales y no podía echarlo.

—Pero acá Duvel... Acá no hay dónde dormir.

—Le pago la noche —dijo. Revisó sus bolsillos—. No traigo plata... Pero puedo trabajar, seguro hay algo que yo pueda hacer.

Dejarlo que se quedara me parecía una mala decisión, pero lo hice pasar. Entramos a oscuras. Cuando encendí las luces, las vidrieras le iluminaron los ojos. Algo me decía que Duvel no dormiría en toda la noche y temí dejarlo solo. Se erguía entre las góndolas una gran pila de cajas que habían llegado a última hora y no había podido ordenar, y aunque encargárselas podía ser un problema, pensé que al menos lo mantendrían ocupado.

—¿Podría ordenar las cajas?

Asintió.

—Yo expongo todo mañana, sólo hay que separar los artículos por rubro. — Me acerqué a la mercadería y él me siguió—. Los rompecabezas con los rompecabezas, por ejemplo. Se fija dónde están y lo acomoda todo junto, ahí, detrás de los estantes. Y si...

—Entiendo perfectamente —me interrumpió Duvel.

Al día siguiente llegué a la juguetería unos minutos antes. Las persianas estaban levantadas, y las luces que ya no hacían falta, apagadas. Sólo cuando estuve adentro me di cuenta de que la decisión de dejar a Duvel solo había sido un tremendo error. Ya nada estaba en su lugar. Si en ese mismo instante un cliente entraba y pedía el muñeco de un superhéroe determinado, encontrar el pedido podía llevarme toda la mañana. Había reordenado la juguetería cromáticamente: modeladores de plastilina, juegos de cartas, bebés gateadores, carritos con pedales, todo estaba mezclado. Sobre las vidrieras, en las góndolas, en las repisas: los matices de colores se extendían de un extremo a otro del negocio. Pensé que siempre recordaría esa imagen como el principio del desastre. Y estaba decidido a pedirle que se fuera, totalmente decidido, cuando noté que una mujer y sus hijos miraban el interior del local como si algo maravilloso, que yo no alcanzaba a ver, estuviera moviéndose entre las góndolas. Se fueron sumando otros padres y otros chicos que no pudieron evitar detenerse frente a la vidriera, y más tarde, clientes a quienes otros clientes habían comentado el asunto. Antes del mediodía el local estaba lleno: nunca se vendió tanto como esa mañana. Era difícil localizar los pedidos, pero Duvel resultó tener excelente memoria y

bastaba que yo nombrara el artículo para que él asintiera y corriera en su búsqueda.

—Llámeme por mi nombre —me dijo ese día— si le parece...

Los colores destacaban los artículos que nunca antes habían llamado la atención. Las patas de rana, verdes, seguían por ejemplo a los sapos con silbato que ocupaban las últimas filas del turquesa, mientras los rompecabezas de glaciares, que venían del marrón por la base de tierra de las fotografías, cerraban el círculo uniendo sus picos de nieve con pelotas de vóley entre peluches de leones albinos.

Ni ese día, ni ningún otro por ese entonces, se cerró el local a la hora de la siesta, y el momento del cierre comenzó a retrasarse cada vez un poco más. Enrique durmió en el local también esa noche y otras tantas noches que le siguieron. Mirta estuvo de acuerdo en armar para él un espacio en el depósito. Los primeros días tuvo que conformarse con un colchón tirado en el piso. Al poco tiempo conseguimos una cama y, más tarde, compramos para el cuarto una mesa con dos sillas y un juego de toallas para el baño en las que Mirta bordó la letra E en color oro. Una vez por semana, durante la noche, Enrique reorganizaba el local. Armaba escenarios utilizando las formas de los ladrillos gigantes; modificaba, moviendo los juguetes apilados contra el vidrio, la luz del interior del local; construía castillos que recorrían las góndolas; inventaba juegos, competencias, concursos que seducían a los chicos y retenían a los padres en la juguetería. Fue inútil insistir en un sueldo, no le interesaba.

—Es mejor si me quedo acá —decía—, mejor que el sueldo.

No salía del negocio, para nada. Comía lo que Mirta le mandaba por las noches: viandas que empezaron siendo algunas rodajas de pan con fiambre y terminaron en elaborados platos para todas las comidas del día.

Enrique nunca tocó los modelos para armar. Ocupaban las estanterías más altas del local y ahí permanecieron siempre. Fue lo único que conservó su lugar. Prefirió en cambio los rompecabezas y los juegos de mesa. En las mañanas, si yo llegaba antes de hora, encontraba a Enrique sentado a la mesa con su vaso de leche, jugando con los dos colores de las damas chinas o encastrando las últimas piezas de un gran paisaje otoñal. Se había vuelto silencioso, pero sin dejar de ser atento con los clientes, sobre todo con los chicos, con quienes tenía una comunicación especial. Se tomó la costumbre de armar su cama por las mañanas, de limpiar la mesa y barrer el piso después de comer. Al terminar, se acercaba hasta mí o hasta Mirta, que por el exceso de trabajo había empezado a atender el

mostrador, y decía «Ya armé la cama» o «Acabo de terminar de barrer» o simplemente «Ya terminé» y era ese modo, obsecuente, decía Mirta, lo que de alguna manera empezaba a preocuparnos.

Una mañana descubrí que ya no jugaba con las mismas cosas. Había recreado sobre la mesa, con muñecos articulados, animales de granja y ladrillos para armar, un pequeño zoológico y desayunaba su vaso de leche mientras abría la verja de los caballos y los hacía galopar, uno por uno, hasta un pulóver oscuro que hacía de montaña. Lo saludé y volví al mostrador para empezar el trabajo. Cuando se acercó parecía avergonzado.

—Ya terminé con la cama —dijo—, y ordené también el resto del cuarto.

—Está bien —dije—, quiero decir... No importa si se arma o no la cama. Es tu cuarto, Enrique.

Pensé que estaba entendiendo, pero miró hacia el piso, aún más avergonzado y dijo:

—Perdón, no volverá a pasar. Gracias.

Enrique dejó de reordenar también los juegos de mesa. Colocó las cajas en los estantes superiores, junto a las réplicas para armar, y sólo subía por ellas si algún cliente reclamaba específicamente ese artículo.

—Hay que hablar con él —decía Mirta—; la gente va a creer que ya no trabajamos rompecabezas...

Pero no le dije nada. Se vendía bien y no quería lastimarlo.

Con el tiempo empezó a rechazar algunas comidas. Le gustaba la carne, el puré, y las pastas con salsas simples. Si le llevábamos otra cosa, no comía, así que Mirta empezó a cocinar sólo las cosas que a él le gustaban.

Alguna que otra vez los clientes le dejaban monedas, y cuando juntó lo suficiente compró en la juguetería un tazón de plástico azul que traía en el frente un auto deportivo en relieve. Lo usaba para desayunar, y a la mañana, al reportar el estado de la cama y el cuarto, empezó a agregar:

—También lavé mi taza.

Mirta me contó con preocupación que una tarde en que Enrique jugaba con un chico, se aferró de pronto a un superhéroe en miniatura y se negó a compartirlo. Cuando el chico se echó a llorar, Enrique se alejó furioso y se encerró en el depósito.

—Sabés cuánto cariño le tengo a Enrique —dijo esa noche mi mujer—, pero esas son cosas que no deberíamos permitirle.

Aunque mantenía su ingenio a la hora de reorganizar la mercadería, había

dejado también de jugar con los muñequitos articulados y los ladrillos y los había archivado junto con los juegos de mesa y las réplicas para armar, en las atiborradas estanterías superiores. Los juguetes que aún se reordenaban y estaban al alcance de clientes conformaban ya una franja demasiado pequeña y monótona que apenas atraía a los chicos de menor edad. Poco a poco, las ventas volvieron a bajar y el local comenzó otra vez a vaciarse. Ya no hizo falta la ayuda de Mirta, que dejó de atender el mostrador y, otra vez, él y yo estábamos solos.

Recuerdo la última tarde que vi a Enrique. No había querido almorzar y caminaba entre las góndolas con su tazón vacío. Lo vi triste y solo. Sentía, a pesar de todo, que Mirta y yo le debíamos mucho, y quise animarlo: trepé la escalera corrediza, que no usaba desde el último día en que había estado solo en el negocio, y subí hasta las estanterías más altas. Elegí para él una locomotora antigua, importada. Era la mejor réplica en miniatura que tenía. El paquete decía que se armaba con más de mil piezas y, si se le agregaban pilas, funcionaban las luces. Bajé con el regalo y lo llamé desde el mostrador. Caminaba cabizbajo entre las góndolas. Cuando volví a llamarlo se agachó de golpe, como asustado, y ahí se quedó.

—Enrique...

Dejé la caja y me acerqué despacio. Lloraba en cuclillas, abrazándose las piernas.

—Enrique, quiero darte...

—No quiero que nadie vuelva a pegarme —dijo. Tomó aire y siguió llorando en silencio.

—Pero Enrique, nadie...

Me arrodillé cerca. Quería tener la caja ahí mismo, darle algo, algo especial, pero no podía dejarlo solo. Mirta hubiera sabido qué hacer, cómo calmarlo. Entonces la puerta se abrió con violencia. Desde el suelo vimos, por debajo de las góndolas, dos tacones altos avanzar entre los pasillos.

—¡Enrique...! —era una voz fuerte, autoritaria.

Los tacones se detuvieron y Enrique me miró asustado. Parecía querer decirme algo.

—¡Enrique!

Los tacones volvieron a moverse, ahora directo hacia nosotros, y una mujer nos encontró a la vuelta de la góndola.

—¡Enrique! —se acercó furiosa—. ¡Cómo te estuve buscando, estúpido! —

gritó, y le dio una cachetada que le hizo perder el equilibrio. Luego lo agarró de la mano y lo levantó de un tirón. La mujer me insultó, pateó el tazón que había caído al piso y se llevó a Enrique casi a rastras. Lo vi tropezar y caerse frente a la puerta. De rodillas, se volvió para mirarme. Después hizo una mueca, como si fuera a echarse a llorar. Al verlo estirar la mano me pareció que sus dedos pequeños trataban de desprenderse de los de la madre que, furiosa, se inclinaba para alzarlo.

La verdad acerca del futuro

Hasta que alguien descubre que los problemas son tuyos y que de buena manera podrían ayudarte en la derrota. Quizá por eso Valmont pudo ser un mensaje, el pequeño Valmont, con los enrollados pelos feos en patas y orejas y la mujer de la veterinaria empujándolo, pobre perro, dentro de la jaula, diciendo qué lindo el perrito italiano, mirando a Madelaine para dejarla a ella también tocarlo, halagarlo, dejarla decir qué lindo perrito, qué lindo perrito italiano. Hasta que alguien descubre.

Ahora, varios años después, Madelaine mira el paisaje por la ventana del Jaguar y no puedo tocarla porque ya no me quiere. Es abril, es de noche, el camino es la autopista que va a Ezeiza. A esta altura Valmont, el pequeño perro Valmont y yo, hemos establecido una amistad inquebrantable y viajamos juntos en la parte trasera del coche. Mientras que el otro Valmont, el segundo Valmont, viaja adelante, conduciendo mi Jaguar y Madelaine, en el asiento de acompañante, sonríe y le dice cosas dulces al oído. Yo, con el campo oscuro hacia los lados y la mirada constante de Valmont, me pregunto si habremos tomado el camino correcto, si será verdad que, como informó mamá, en ese pueblo pequeño vive la mejor bruja de Buenos Aires y si esa señora estará dispuesta a arreglar de una vez por todas estos problemas que arrastramos desde hace tanto tiempo.

Varios años atrás, en una ruta parecida pero camino al entierro de un amigo común, yo había tomado la mano de Madelaine y ella, por primera vez, había dejado de mirar el paisaje para mirarme. Más tarde le ofrecí un café frente a la casa de San Fernando y días después veraneábamos juntos en una playa cerca de Atlántida, en Uruguay. Nos casamos cuando comenzó el invierno y en la luna de miel ella eligió recorrer la costa mediterránea de Europa, empezar por Portugal y terminar en Grecia. Pero no llegamos a Grecia: una predicción nos detuvo en Sicilia.

Nunca suceden acontecimientos inútiles, pero sí acontecimientos que no debieran suceder, y quizá los últimos años de mi vida sean fiel ejemplo de esta observación. En la feria de una plaza de Catania, en un domingo nublado de poca actividad, Madelaine hermosa se acercó a las carpas de visiones y profecías. Me dijo que entráramos, que era sólo por curiosidad, que nos divertiríamos un rato y después comeríamos algo en algún café. Luego, en una carpa dorada, una mujer tomó sus manos y las apoyó sobre un almohadón cubierto por un pañuelo. Cerró los ojos y frunció el ceño. Madelaine la imitó. Las conclusiones a las que llegó la gitana no podían ser peores: la mía era una mujer sensible y yo un hombre racional que nada entendía del amor. Es decir que yo era el hombre equivocado y Madelaine conocería al correcto de un momento a otro. Alto y atractivo, buen compañero, cuidaría de ella para siempre. Un extranjero leal, lo más probable un italiano de Sicilia que ella reconocería sin esfuerzo. Y yo, compañero de su luna de miel, pagué por la predicción y me esforcé en divertidos temas de actualidad para que el café con tostadas ayudara a olvidar todo y nos trajera el resto del día.

En la mañana siguiente busqué a Madelaine. Recorrí el hotel, los bares de los alrededores, y pregunté por ella a los pocos conocidos locales. La encontré por la tarde, con el pelo cambiado a rubio y la falda nueva y corta, toda vestida en dorado y verde, y enfrenté sus ojos que ya dejaban de mirarme para investigar hacia los lados, buscando a aquel hombre que pronto llegaría. Acento extranjero, italiano de Sicilia, sensible y compañero. Según ella, la ciudad era hermosa y la gente amable y alegre. Varios fueron mis intentos, mis súplicas ya hacia el final, de seguir el viaje o volver a Buenos Aires, pero Madelaine se negaba; el lugar le gustaba mucho y había que disfrutarlo en profundidad, eso decía, decía que a esa altura del viaje era mejor si cada uno salía por su cuenta y visitaba la isla como le pareciera mejor.

A fuerza de presencia, de pasear solo y sin rumbo por los pasillos del hotel, mis conocidos locales terminaron por invitarme a las reuniones del restaurante que da a la calle y que se extendían siempre desde el fin de la tarde hasta la madrugada. No tuve que explicar mucho, ellos mismos vieron a Madelaine sonreír sin mirarme, cantar sola al llegar por la noche y cantar otra vez por la mañana antes de irse. Ovidio, que se unía al grupo tarde pero se quedaba hasta el final —cuando, al ver llegar a Madelaine, todos nos levantábamos ansiosos— me dijo un día que en Italia hay tantas penas de amor como conchas en la playa, rascó su nariz inmensa y pidió mariscos para todos. Minutos más tarde vi cómo

su boca terminaba de abrir un pequeño mejillón para comerlo. Ovidio me miró y dijo qué mirás. Por un momento sentí pena, compasión por Madelaine, encontrar un italiano atractivo y compañero no le sería demasiado fácil. Más tarde, cuando llegó llorando con la pintura corrida y el ánimo herido por el disgusto, comprobé lo fácil que era para mí sentirme culpable por las desgracias ajenas. Me senté en la cama y vi a Madelaine caminar de un lado a otro de la habitación, hablar sola, asegurar ser una tonta, una desgraciada, rogar a la mujer de la feria que perdonara su torpeza. Como siempre, como siempre aquellas últimas semanas, se había equivocado de hombre: en otra alma estaría su suerte. Al fin llegó a una conclusión que explicó al espejo: volvería a evaluar los consejos de la gitana y esta vez serían tomados al pie de la letra. No me costó entender que «el hombre equivocado» no hacía referencia a mí, y cegado por una nueva esperanza ayudé a armar las valijas para volver a Buenos Aires.

Pero el destino no es ciego, no se deja engañar por el tiempo, ni por las personas, ni siquiera por eventuales amantes italianos, y me preparaba una sorpresa. Quizá aún antes de salir del hotel ya estaba todo armado, quizá incluso antes de mi nacimiento mi madre eligió para mí un destino de bondad, de sinceridad, que hizo que todo en el aeropuerto de Roma desembocara en mi infelicidad y en la felicidad ajena.

Una moneda brillante y extranjera rodó por el piso. Sin ver en ella el signo de la mala suerte, no me resistí a llamar la atención del dueño. No evité tocarle el hombro, explicarle que se le había caído una moneda. *Grazie, grazie*, dijo el hombre y una sonrisa enorme, de impecables dientes blancos, nació en su rostro. La dentadura perfecta y un par de ojos claros que me miraron como atravesándome, ojos que podían ver, aun antes de que apareciera, la imagen de Madelaine hermosa que avanzaba hacia nosotros. Su rostro fresco, sus ojos claros mirando otros ojos claros. Entonces escuché un *Ciao ragazza*, un *Principessa*, y la risa suave de Madelaine confirmó un destino rigurosamente predeterminado. Palabras dulces se impregnaron en mi abrigo, y yo mismo llegué a repetirlas abrumado durante un largo viaje de risas y encuentros fortuitos primero de manos y luego de bocas con sabor a champagne. *Come ti chiami, bambina?*, y la voz dulce de la hermosa Madelaine contestando todas las preguntas. *Bel nome, io sono Valmont*.

Mi corazón guardaba la esperanza de saber que Valmont era un nombre de vino, un nombre de perro, un nombre francés, y de ninguna forma un nombre italiano. Pero hora a hora las sonrisas decretaron fuertes decisiones y en el

aeropuerto de Buenos Aires Valmont y yo, el pequeño perro Valmont y yo, quiero decir, debimos ocuparnos de las valijas y volver a casa para vivir solos bastante tiempo. Solos festejamos nuestros cumpleaños y solos invitamos a mamá a cenar algunas veces. Por supuesto que en todos aquellos encuentros mamá preguntó por la dulce Madelaine, y aunque siempre respondimos con objetividad, ella siempre salió en su defensa. Según mamá, mi mujercita era sensible y hermosa, y yo, que era como era, decía mamá señalándome, no tenía derecho a reclamar nada.

Hasta que una tarde de lluvia sonó el timbre, era Madelaine hermosa. Más hermosa que nunca, empapada y temblando de frío, me enseñó que en invierno debía encender el hogar y pude ver que cerca del hogar la piel de las mujeres siempre es más anaranjada, más cálida que de costumbre, y cuando pensé que otra vez me quería dijo que ese amor, el nuestro, era diferente de lo que yo pensaba, era un amor como lo es el de mamá hacia mí, o como el de ella hacia el pequeño Valmont. Era un amor para ayudarnos y protegernos como hermanos, y eso era justamente lo que ella necesitaba ahora, que la aceptara otra vez en casa, que la aceptara con todas sus cosas. Y al día siguiente, porque a las princesas hermosas no se les puede decir que no, Madelaine había regresado.

Muchas cosas cambiaron entonces. El pequeño Valmont y yo tuvimos que ir cediendo espacios. Hubo que hacer más lugar en los placares, tirar cosas viejas para que entraran sus nuevos adornos, vaciar mi escritorio para que ella y el otro Valmont tuviesen un lugar apropiado donde dormir y estar tranquilos.

En una cena que organizamos en casa, mamá conoció a Valmont y felicitó a Madelaine, la abrazó y le dijo que ella seguía siendo su dulce niña, que cada día estaba más hermosa y que su nuevo novio era guapísimo; Valmont, que las miraba con cariño, sonrió y ofreció más helado a las mujeres. Él no trabajaba pero ayudaba en la casa y siempre cocinaba por las noches. Según mamá y la hermosa Madelaine sus platos eran exquisitos y yo tenía mucho que aprender de él.

Pero la felicidad es breve y nunca faltan razones para desaprovecharla. Mi hermosa Madelaine, durmiendo sin mí en el cuarto de al lado, me quitaba el sueño y perturbaba cualquier momento del día en que pensara en ella, es decir todos. Y mamá, que cuando tiene que serlo es sincera y dura, pero también comprensiva y conocedora de su hijo, advirtió un día que yo estaba triste, yo sentado en un banco y triste, y me dijo que había que solucionar el problema. Preparó té e hizo que le contara lo que estaba pasando. Yo obedecí y ella

escuchó; después permanecemos en silencio hasta que ella tomó la decisión de que confiar en la predicción de una gitana de feria no era correcto, o que en todo caso lo que estaba mal era confiar en una sola predicción. Había que consultar otra vez y quitarse las dudas. La bruja debía ser la mejor de Buenos Aires. Mamá se abrigó, la bufanda bien ajustada al cuello, y salió de casa. Tres horas después llamaba por teléfono para dictarme una dirección que anoté con ansiedad.

El Jaguar sale de la autopista Jorge Newbery y toma la ruta cincuenta y ocho. Poco a poco la ciudad va quedando atrás y sólo se ve lo que muestran las luces del coche: un tramo de la ruta y, hacia los lados, una fina línea de tierra que deja adivinar el campo oscuro. Cada tanto, a lo lejos, un pequeño cartel iluminado hace variar el paisaje, carteles que pasan para perderse detrás y que anticipan grupos de casas y luces, grupos pequeños y lujosos. «St. Thomas», «El Solar del Bosque», «Campo Azul», «El Lauquen». Miro a Valmont, al pequeño Valmont sentado junto a mí, y nos preguntamos, el perro y yo, si serán countries, clubes o cementerios, y si en todo caso no será lo mismo; nos preguntamos si ahora vamos camino a la solución de nuestros problemas, o si eso, justamente, es lo que estamos dejando atrás.

Valmont disminuye la velocidad y dobla para tomar un sendero de tierra. Parece conocer el camino y no puedo evitar pensar en mamá indicando roles y funciones para que la trampa que me tienden salga perfecta. Sentirse solo entristece incluso al hombre mejor predispuesto. Pero pronto el miedo pasa, porque entrando por detrás al pueblo de San Vicente, con las calles de barro y como única luz la luz amarilla de las casas, en un rancho pequeño donde el sonido de la ruta ya no se oye, autos de la alta burguesía esperan el momento de la predicción. Apenas el otro Valmont estaciona, el pequeño y yo corremos hacia la casa y reservamos turno. Madelaine hermosa sonríe y ninguno de nosotros se muestra nervioso, todos creemos saber cuál será nuestro destino y sólo hemos venido para confirmarlo.

Pronto nos hacen pasar. El otro Valmont, el pequeño Valmont y yo, ocupamos un mismo sillón. Madelaine se arrodilla frente a una mesa, muy cerca de nosotros, y deja que la mujer le tome las manos y las apoye en un pañuelo anaranjado, sobre un almohadón. Una fiebre de nervios trepa por mis piernas y en la tranquila mirada del pequeño Valmont me parece descubrir la verdad acerca del futuro. La mujer pregunta el nombre de Madelaine y la hermosa Madelaine dice su nombre. Después, durante toda la predicción, sólo se escucha la voz de la mujer. Las mismas palabras y la misma voz de meses atrás repite,

pobre de mí, el mismo vaticinio como un dictamen del cielo: italiano de Sicilia, extranjero leal, sensible y buen compañero. El otro Valmont apoya su mano sobre el hombro de Madelaine y juntos se miran con ternura. No es difícil ver en sus ojos que hace tiempo ya que Valmont ha descubierto la piel anaranjada y cálida de Madelaine hermosa. Cuando un frío cruel me cala los huesos no me queda más que aceptar mi destino.

Despierto en el asiento trasero. El auto recorre a la inversa la ruta oscura que hace unas horas me llenaba de esperanza y euforia. Como una pesadilla, Madelaine y Valmont hablan con alegría. Pensar en quién habrá pagado la predicción, o ver a mi lado al pequeño Valmont bostezando, me distraen del gran cambio que se avecina. Miro al pequeño y descubro que, si bien en un primer momento pudo ser portador de un mensaje terrible, ahora es el único ser en el que puedo confiar. Volver a empezar no es mala idea, y quizá a mí también me esperen buenas predicciones, futuros tangibles y felices buscando dueño en cualquier carpa dorada y verde.

Me asomo por entre el asiento del conductor y el del acompañante, los miro con firmeza y explico que ellos no me quieren, que las cosas están claras para mí y que por eso de ahora en más todo debe cambiar. El otro Valmont, que nunca opina demasiado, dice estar de acuerdo y cuando, con un extraño brillo en los ojos, mira a mi Madelaine, ella sonríe y me besa en la mejilla. Después sólo puedo concentrarme en el sonido del auto que disminuye la velocidad hasta detenerse.

En la ruta el viento es frío y hace difícil escuchar lo que dice Madelaine, que desde la ventanilla me mira y mueve los labios. Podría estar diciendo te amo, o no voy a olvidarte, o quizá diga que todo es una trampa y que me ha hecho bajar del auto obligada por el otro Valmont. Pero deja de hablar y cierra el vidrio de la ventanilla. Sus labios rojos empañan una marca que es un beso y que es para mí, pero que ahora, lentamente, se aleja con el auto, con todo lo que antes me rodeaba y que, a la distancia, se oscurece de a poco. El pequeño Valmont me mira desde el asiento trasero, una imagen borrosa y oscura, como un mal augurio en el horizonte de la ruta.

La pesada valija de Benavides

Regresa al cuarto con una valija. Resistente, forrada en cuero marrón, se apoya sobre cuatro ruedas y ofrece con elegancia su manija a la altura de las rodillas. No se arrepiente de sus acciones. Cree que las puñaladas sobre su mujer son justas y de quedar algo de vida en ese cuerpo terminaría el trabajo sin culpa. Lo que sabe Benavides, porque así es la vida, es que pocos comprenderían las razones del asesinato. Entonces opta por el siguiente plan: evitar que la sangre chorree envolviendo el cuerpo en bolsas de residuos. Abrir la valija junto a la cama y, con el trabajo que implica doblar el cuerpo de una mujer muerta tras veintinueve años de vida matrimonial, empujarlo hacia el piso para que caiga sobre la valija y, oprimiendo sin cariño dentro de los espacios libres la masa sobrante, acabar de encastrar el cuerpo. Al terminar, más por prolijidad que por precaución, recoger las sábanas ensangrentadas y guardarlas en el lavarropas. Envuelta en cuero sobre cuatro ruedas ahora vencidas, el peso de la mujer no disminuye en absoluto, y aunque Benavides es pequeño debe agacharse un poco para alcanzar la manija, postura que no ayuda en gracia ni en practicidad, y poco colabora en la aceleración del trámite. Pero él, hombre organizado, en pocas horas está en la calle, en la noche, avanzando, pasos cortos y valija atrás, hacia la casa del doctor Corrales.

El doctor Corrales no vive lejos de allí. Benavides toca el timbre de un gran portón cubierto por plantas sobre el cual pueden verse los pisos más altos de la residencia. Una voz femenina en el portero dice *Diga*. Y Benavides dice *Benavides, necesito hablar con el señor Corrales*. El aparato hace algunos ruidos propios de un portero eléctrico que lleva allí varios años, y luego permanece en silencio. Mientras espera, Benavides se coloca inútilmente en puntas de pie y cada tanto espía entre las tupidas plantas de la naturaleza que se asoma tras el muro de ladrillos, pero no logra ver nada. Al fin vuelve a tocar el timbre. La voz en el portero dice *Diga* y Benavides dice otra vez *Benavides, que*

quiere hablar con el doctor Corrales. El aparato repite los mismos ruidos y luego vuelve a permanecer en silencio. Benavides espera unos cuantos minutos y después, quizá cansado por las tensiones del día, acuesta la valija en el piso y se sienta sobre ella. Esperar, piensa, y quizá ese pensamiento lo relaje, puesto que despierta más tarde, cuando el portón se abre y algunos hombres se despiden. Entonces Benavides se incorpora y mira a los hombres sin identificar, entre ellos, al doctor Corrales.

—Necesito hablar con el doctor Corrales —dice Benavides.

Uno de los hombres pregunta su nombre.

—Benavides. —El hombre le indica con amabilidad que aguarde un momento y vuelve a entrar a la casa. El resto de los hombres conversan frente al portón. Cuando Benavides se aleja un poco los hombres lo miran con curiosidad.

Minutos más tarde, el hombre que se había alejado regresa:

—El doctor lo espera —dice a Benavides, y Benavides vuelve por su valija y entra a la casa acompañado por el hombre.

No es extraño encontrar al doctor Corrales en pleno ejercicio de sus virtudes frente a sus discípulos. Erguido sobre el piano, rodeado de hermosos y jóvenes admiradores, se deja llevar por el tiempo que le demanda una sonata que lo obliga a duplicar su esfuerzo segundo a segundo. Benavides aguarda entre las columnas que recorren el centro de la sala hasta que la interpretación culmina y los hombres que antes rodeaban al doctor Corrales festejan y abren el semicírculo que formaban. El doctor Corrales recibe agradecido la copa de champagne que se le ofrece. Un hombre se acerca al doctor y le comenta algo al oído al tiempo que mira a Benavides. Corrales sonríe y hace a Benavides una seña. Benavides toma su valija y se acerca.

—Cómo le va, Benavides...

—Doctor, tengo que hablar con usted en privado.

—Dígame, Benavides, acá estamos en confianza...

—Decirle no es problema, Doctor. Lo que pasa es que... —Benavides mira su valija—, pasa que tengo que mostrarle algo.

El doctor Corrales enciende un cigarro y estudia la valija.

—Bueno, qué más da. Le doy cinco minutos, Benavides. Venga, sígame a mi consultorio.

Las escaleras que, seguido por Benavides, el doctor Corrales sube, conducen a las habitaciones del primer piso. Escalones largos y bajos, de liso mármol blanco, no dificultan demasiado el lento paso de Benavides, que carga con la

inoportunidad de aquella valija demasiado grande. Pero la escalera que nace en el primer piso y que el doctor Corrales toma es diferente. Demasiado angosta, de altos escalones cortos y enmarcada por un corredor oscuro de paredes empapeladas con arabescos marrones, negros y bordó, hace del esfuerzo de Benavides una lucha desmesurada. Paso a paso, la carga de la valija va empapándolo de sudor a la vez que el cuerpo ágil y libre del doctor Corrales se aleja y se pierde escalones arriba. Y quizá sea esta soledad húmeda y oscura en la que Benavides se encuentra la que lo hace reflexionar y dudar del presente. No del presente inmediato, es decir, de la escalera, del esfuerzo y del sudor, pero sí sobre el asesinato. Quizá es aquí cuando se dice que todo podría ser un sueño, que otra vez ha estado fantaseando sobre la posibilidad de matar a su esposa y ahora sube las escaleras que lo llevan al consultorio del médico, a quien ha molestado a las dos y media de la mañana, arrancándolo de sus célebres y prestigiosos invitados, para decirle *mire doctor, lo siento, pero todo ha sido una equivocación*. ¿Qué hacer entonces? Mentir sería una insensatez y correr escaleras abajo sería inútil, puesto que en la próxima sesión debería decir la verdad de cualquier forma, y a esto habría que sumarle una excusa que justificara el haber escapado de su casa a las dos de la mañana con una pesada valija en la mano. Tras el último escalón, Benavides encuentra que el doctor Corrales lo espera junto a la pequeña puerta de su consultorio y lo invita a pasar. Dentro, el doctor enciende una pequeña lámpara cuya luz tenue apenas alcanza para iluminar el espacio que los rodea e invita a Benavides a sentarse del otro lado del escritorio. Sin soltar la manija de su equipaje, Benavides accede. El doctor se coloca un par de anteojos y busca en su fichero el apellido Benavides.

—Muy bien, ¿qué nos apura a adelantar treinta y ocho horas su próxima sesión?

Benavides se reacomoda en el asiento.

—Doctor, todo esto es un gran malentendido, le debo disculpas, verá...

El doctor Corrales lo observa por sobre sus anteojos.

—Es un sueño, quiero decir... Estoy confundido, por un momento pensé que había matado a mi mujer y que la había enroscado en la valija y ahora entiendo que en realidad...

El doctor Corrales lo interrumpe:

—A ver si entiendo, Benavides... Usted irrumpe en mi casa, en mi reunión íntima, a las dos y media de la mañana, con una valija en la que dice llevar a su esposa, asesinada y enroscada, y encima pretende convencerme de que todo es

un sueño para irse así nomás, sin más ni menos...

Benavides se aferra a la manija y con espanto mira al doctor que le dice:

—Usted cree que yo soy estúpido, Benavides.

—No, doctor.

—¡Levántese!

—Sí, doctor.

Benavides se incorpora sin soltar la manija, obstáculo que lo inclina levemente hacia su derecha.

—Mire, Benavides, es evidente que usted está sumamente exaltado y fatigado por este asunto. Vamos a tratar de calmarnos, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor.

—Deje a su mujer acá y sígame.

Corrales se incorpora y avanza hacia la puerta, pero Benavides es incapaz de soltar la manija.

—Relájese, Benavides. Usted necesita descanso. Le doy una habitación, duerma un poco, y mientras tanto yo pienso qué hacemos con su mujer, ¿le parece?

—No, doctor, yo preferiría...

Corrales toma a Benavides del brazo y lo insta a salir del consultorio sin la valija. Avanzan por un pasillo alfombrado en el cual cada tantos metros hay dos puertas enfrentadas hasta que al fin Corrales se detiene ante el tercer par y abre la puerta de la derecha.

—Su cuarto —anuncia—, descanse que mañana solucionaremos su problema.

Despierta Benavides en la luz de un nuevo día y por un momento cree encontrarse en su cama, junto a su mujer, en una infeliz mañana cualquiera. Pronto comprende la situación y se incorpora. ¿Qué hacer con su desdicha? Qué nostalgia, pensar que a pocos cuartos de distancia su mujer lo espera enroscada en una valija. Piensa que prever la manera en que terminarán las cosas le evitaría tomar decisiones equivocadas, pero la vida, y en especial la suya, se adecúa a la repetición monótona de estúpidos hechos espontáneos, como los que ahora lo hacen permanecer en la cama a la espera atenta del llamado del doctor Corrales. Confía escuchar tras la puerta la voz del doctor, *despierte Benavides, su problema ya está resuelto, o buenos días Benavides, aquí estoy con su mujer que*

ya se siente mejor, o simplemente despierte Benavides, todo fue un mal sueño, desayunemos juntos unas tostaditas con miel, porque al fin, concluye Benavides, el modo importa menos que la pronta resolución del problema.

Pero el tiempo transcurre y nada sucede. Todo objeto se compone de millones de partículas que se desplazan y aun así Benavides no logra percibir en el cuarto nada que pueda ser considerado movimiento. Al fin se incorpora. Qué tema éste el del sueño en la mañana, piensa Benavides, cómo cuesta. Se ha acostado vestido, de modo que ahora se limita a colocarse y anudar sus zapatos. Abre la puerta, la luz de los ventanales al final del pasillo le molesta en los ojos, pero aun así decide avanzar hasta el consultorio.

Lo que hay allí, o mejor aún, lo que no hay, es angustiante. Dentro de la habitación abierta, nada que se parezca a una valija. Así, la desdicha encuentra a Benavides incluso en casa ajena, puesto que alguien se ha llevado a su mujer. A paso rápido, corriendo por los largos pasillos con breves descansos al aminorar el paso en las esquinas, recorre el final del primer piso, baja las escaleras, cruza el hall central hacia otros pasillos y recorre partes de la casa para él desconocidas: más pasillos, nuevas habitaciones, jardines de invierno repartidos caprichosamente por toda la casa, una gran cocina en la que irrumpe exhausto para que tres cocineras uniformadas con pulcritud lo miren sin sorpresa unos pocos segundos. Pero en ningún sitio el doctor Corrales, en ningún rincón la valija o cualquier otra valija, y de ninguna manera su mujer de pie y hablando. En la cocina las mujeres regresan a los quehaceres culinarios.

—Busco al doctor Corrales.

—Desayuna —dice una de las mujeres.

Benavides vuelve un momento su mirada a los pasillos vacíos y luego regresa al umbral.

—¿Dónde?

—Desayuna —repite la mujer—, no se sabe dónde.

—Podría ser en cualquier parte de la casa —agrega otra de las mujeres—. ¿No es así, Carmen? —agrega otra de las mujeres y enseguida todas vuelven a su labor.

Benavides comprende que no habrá más palabras, de modo que vuelve al pasillo para, detrás de sí, encontrar al doctor Corrales, que en su mano derecha lleva una humeante taza de café y en la izquierda un pan de queso a medio terminar. Benavides va a preguntar qué hacía usted, dónde estaba, pero ya imagina a Corrales contestar *desayunaba, aquí mismo*.

Dice Corrales:

—Usted anoche llegó en muy malas condiciones, Benavides, mucho alcohol. Lo puse a dormir y le guardé la valija en el garaje, ¿le pido un coche?

—No, usted no entiende; anoche hubo un incidente, un problema, en mi casa, verá...

—Yo entiendo, Benavides, usted sabe que acá no tiene que explicar nada, vaya tranquilo nomás —dice Corrales a la vez que divide el resto de pan de queso en dos porciones para ofrecerle a Benavides la más chica.

—No, gracias —dice Benavides refiriéndose a la oferta, y pronto vuelve sobre el tema—, se trata de mi mujer.

—Sí, ya sé, casi todo se trata de eso, pero qué va a hacer...

—No, no entiende, mi mujer está muerta.

—¿Por qué insiste, Benavides? Si yo le digo que lo entiendo... La mía está muerta desde que nos casamos. Cada tanto habla: se empeña en la idea de que estoy gordo, pero no hay que darles importancia...

—No, mire, deme mi valija y le muestro.

—En el garaje, ya le dije. Yo ahora lo dejo que tengo pacientes, ¿le parece bien? Vaya a su casa, Benavides: se ducha y antes de acostarse me toma estas pastillitas, ya va a ver cómo duerme.

Benavides rechaza las pastillas que le ofrece Corrales para decir:

—Venga, se lo ruego, tengo que mostrarle lo que traigo en la valija.

Corrales estudia un momento el implorante rostro de Benavides y al fin, decepcionado, asiente. No es médico de andar acompañando pero cada paciente tiene sus manías y al fin y al cabo para eso está.

Durante el recorrido la cruda verdad trepa por las piernas de Benavides con un cosquilleo que intensifica sus nervios. Salen por la puerta principal, cruzan el jardín e ingresan al garaje por el frente. Adentro está oscuro. Corrales enciende la luz y las mesadas de herramientas, las cajas de viejos archivos, los ordenados grupos de utensilios y artefactos, y su propia valija, sola y de pie en medio de todo aquello, permanecen estáticos bajo una nueva luz azul y escasa.

—A ver, muéstreme Benavides.

Benavides se acerca a la valija, que rodea a paso lento. Al acostarla para sacar las trabas tiene la esperanza de encontrarse con el liviano peso de los equipajes vacíos. Entonces todo sería una equivocación, como el mismo Corrales le había explicado anoche, cuando él había llegado, como Corrales asegura, borracho. *Disculpe, Corrales, le juro que esto no vuelve a pasar*, deberá decir en

caso de que eso suceda. O quizá, al abrir la valija y encontrarla vacía, descubra la mirada cómplice de Corrales, quizá Corrales diga *ya está, Benavides, no me debe nada*. Pero al tomar la manija, el peso de una mujer como la suya le recuerda que las acciones tienen consecuencias. Su rostro empalidece, se siente débil y la valija cae sobre uno de sus lados con un golpe seco que mancha el piso de un oscuro liquido ya espeso.

—¿Se siente bien, Benavides?

Benavides responde *sí, claro*. No puede pensar en nada más que en ese cuerpo enroscado y en que, tras la caída, aun antes de quitar las trabas y abrir la parte superior, la valija ya despide un olor putrefacto.

—¿Qué trae, Benavides?

Entonces Benavides descubre el error: confiar en el doctor Corrales, tener la esperanza de que aquel médico, un hombre que dedica su vida a la salud mental, lo rescatará de semejantes problemas. Así que dice *nada* y se aleja de la valija.

—¿Cómo que nada?

—No, mire Corrales, otro día lo hablamos, ahora vaya a atender que yo me arreglo.

—No, no, cómo que se arregla; venga, déjeme ver.

Corrales se acerca. Benavides se agacha y sostiene las trabas para que Corrales no pueda abrirlas, pero el médico se agacha junto a él y dice *déjeme, a ver, córrase* y con un simple empujón Benavides cae al piso. Corrales fuerza las trabas pero no logra abrirlas: exigidas por un contenido cuya masa es superior a la capacidad del equipaje, se muestran duras y resistentes.

—Ayúdeme —ordena Corrales.

—No, mire...

—Le digo que me ayude, Benavides, déjese de huevadas —dice Corrales indicándole que se siente sobre la valija. En la superficie de cuero irregular Benavides elige el sitio más propicio y así, con el peso de su cuerpo sobre el de su mujer y la fuerza ejercida por las manos de Corrales, logran al fin liberar las trabas.

Benavides se incorpora y se aleja de la valija que, aunque destrabada, aún no ha sido abierta. No quiere ver. Acelerados latidos comprimen su corazón. Corrales estudia la escena. Ya sabe, piensa Benavides al ver que el médico se incorpora y camina hacia él. Corrales se detiene y desde allí mira la valija. En voz baja, casi hipnotizado, le ordena a Benavides:

—Ábrala.

Benavides permanece en su sitio. Quizá piense que éste es el final, o quizá no piense en nada, pero al fin obedece y camina hasta la valija. Al abrirla olvida por un momento a Corrales: su mujer doblada como un feto, la cabeza torcida hacia adentro, las rodillas y los codos encastrados con esfuerzo dentro de la rígida estructura forrada en cuero, y la grasa que ocupa los espacios vacíos. Qué cosa la nostalgia, se dice Benavides, tantos años para verte así.

Hilos de sangre que avanzan desde la valija hacia los lados comienzan a manchar el piso. La voz de Corrales lo devuelve a la realidad:

—Benavides... —Y en la voz quebrada se vislumbra la angustia del médico —. Benavides... —Corrales, a paso lento, se acerca a la valija sin dejar de mirar su contenido. Los ojos llenos de lágrimas vuelven al fin su mirada a Benavides —, maravilloso —concluye.

Benavides revisa la valija con la mirada, como si verificara su contenido, y en la duda permanece en silencio, con la cabeza torcida y la mirada de quien no entiende las palabras y ha perdido el valor para exigir que sean repetidas. De todos modos, Corrales vuelve a decir:

—Maravilloso. —Y niega con la cabeza, como si no alcanzara a comprender cómo Benavides ha podido hacer algo semejante, para agregar—: Es usted un genio, pensar que yo lo menospreciaba, Benavides. Un genio.

Benavides vuelve a mirar el contenido de su valija, pero lo que encuentra allí es lo que hay: su mujer, morada, enroscada como un gusano en salsa de tomate.

—Un genio —insiste Corrales. Tras darle a Benavides cariñosas palmadas en el hombro, deja descansar con amigable entusiasmo su brazo sobre la espalda de Benavides—. Déjeme despabilarme, no es poco lo que plantea usted con esto — lo mira con cariño—, bueno, le invito a una copa. Aunque no lo crea, yo conozco a la persona que usted necesita.

Corrales suelta a Benavides y se dirige hacia la salida.

Un genio, realmente hermoso, repite en voz baja cuando se aleja. Benavides tarda en reaccionar, pero en cuanto entiende que Corrales dejará el garaje, y que si no hace algo quedará allí solo, contempla por última vez su valija y corre tras los pasos del médico.

Aceitunas, trocitos de queso y de salame, papas saladas, galletas pequeñas sabor queso, cebolla y jamón. Todo prolijamente dispuesto sobre una gran bandeja de madera, en la mesa ratonera del living principal, junto a tres copas finas en las cuales Corrales sirve vino blanco.

—Donorio llegará pronto y estará encantado en conocerlo.

Benavides asiente. Aunque no comprende algunas cosas, el buen aperitivo lo relaja. Cuando suena el timbre, una de las empleadas que antes amasaba en la cocina ingresa al living vestida de mucama y se dirige a la puerta. Aunque desde allí no puede ver nada, Benavides escucha la frase buenos días Señor Donorio, y espera oír una respuesta que no se produce. Le inquieta no saber si el hombre, tras el saludo, habrá o no sonreído, o mirado a la mujer, u omitido por completo la presencia femenina y colgado por sí mismo su sombrero y su abrigo. Benavides cree que son estas menudencias las que definen a las personas. Por eso mismo, la tardía aparición de Donorio le preocupa en exceso, al igual que la silenciosa actitud distraída de Corrales, o la de la mucama, que al fin reaparece para abandonar el living acomodándose la ropa, para dejar asomar al hombre alto y apuesto, ya sin sombrero ni abrigo.

—Donorio, le presento a mi amigo Benavides.

Donorio se acerca, estudia con curiosidad el cuerpo pequeño de Benavides y al fin estrecha su mano. Corrales sonríe, sirve más vino e invita a los hombres a comer algo.

—El señor no tiene idea de lo que está por ver —continúa Corrales, dirigiéndose a Benavides—; ojo, no quiero ser arrogante, eh: Donorio ya tiene experiencia con grandes artistas, pero aun así no creo que se imagine lo que le tenemos preparado, ¿no es cierto, Benavides?

Benavides acaba su vino con la prisa de quien desea concluir un trámite obligatorio. Aún no comprende el plan de Corrales y la intromisión de desconocidos lo incomoda.

—Quiero verlo —dice al fin Donorio.

Corrales sonríe ansioso.

—Vio, Benavides, no se aguanta. —Y Benavides, que ya adivina la siguiente acción, asiente consternado. Los tres se incorporan. Nerviosos, cada cual con sus razones y esperanzas, se miran entre sí y pronto abandonan la mesa.

Cruzan de la casa al garaje. Delante va Corrales, que disfruta a paso lento el camino que los llevará al éxito; lo sigue Donorio con prudente desconfianza, pero así y todo con curiosidad. Detrás, retrasado, presintiendo la proximidad de la valija, los frágiles nervios de Benavides se aglomeran en grandes y fibrosos nudos. Corrales hace pasar a los hombres a oscuras, puesto que prefiere el impacto de la imagen que surgirá repentina cuando encienda la luz.

—Benavides, guíe a Donorio hasta donde usted ya sabe y avise cuando esté listo.

¿Cuál era el plan de Corrales? ¿Qué podía hacer un hombre tan alto por otro tan pequeño como él? Benavides se detiene en el centro del garaje. A tientas en la oscuridad, guiado por los ruidos, Donorio comenta:

—Hay un olor extraño... como a...

—Ahí va la luz —dice Corrales y, en efecto, con la punta de los zapatos de Benavides y Donorio casi tocando el charco de sangre espesa, aparece frente a ellos, horrorosa, desafiante, auténticamente innovadora, la obra.

Qué es la violencia sino esto mismo que presenciamos ahora, piensa Donorio, y un escalofrío trepa por su vello rubio desde las piernas hasta la nuca, la violencia reproducida frente a sus ojos en su estado más salvaje y primitivo. Puede tocarse, olerse, fresca e intacta a la espera de una respuesta de sus espectadores.

Corrales se acerca a los hombres.

—Esto va a gustar —dice Donorio.

Corrales asiente. Junto a ellos, el cuerpo pequeño de Benavides tiembla. Su voz débil habla por primera vez en presencia de Donorio.

—No entienden —alcanza a decir.

—Cómo que no, Benavides —dice Corrales.

—¡Es extraordinaria! —dice Donorio—, ¡horror y belleza!, que combinación...

—Horror sí, pero... —balbucea Benavides mirando a su mujer—, me refiero a que...

—¡Va a hacerse rico, famoso! Frente a obras como ésta la competencia es nula, el público caerá rendido a sus pies.

—Usted confíe, Benavides, en este tema Donorio es el mejor.

—El mejor es Benavides —concluye Donorio—; yo soy sólo un curador, mi aporte es mínimo. Acá lo importante es la obra, «la violencia», ¿entiende?

—Mi mujer.

—No, Benavides, créame que yo sé de marketing y eso no funciona, el título es «la violencia».

Con angustia incontenible y llanto desesperado Benavides confiesa:

—Yo la maté, después sólo quería esconderla.

Corrales da unas palmadas cariñosas en la espalda de Benavides pero su atención se dirige pura y exclusivamente a las instrucciones de Donorio.

—Va a ser mejor conservarla en ambiente frío. ¿Tiene aire acondicionado en el garaje?

—Sí, sí, por supuesto.

—¡Yo la maté! —Benavides cae de rodillas al piso.

—Bien, entonces empecemos por refrigerar el lugar; yo voy a hacer un par de llamados. —Donorio da unos pasos hacia la salida pero pronto se detiene y con sinceridad se vuelve hacia Corrales—: Le agradezco que haya pensado en mí; la oportunidad es grande.

El llanto de Benavides obliga a los hombres a levantar la voz.

—Yo, yo la maté, así... —Benavides golpea el piso con los puños cerrados —, así la maté.

—Donorio, pida el teléfono y arregle lo que tenga que arreglar —dice Corrales mientras lo acompaña a la salida.

—Así la maté, así —arrastrándose por el piso, con el cuerpo abatido de quien hubiera corrido cientos de inútiles kilómetros, Benavides avanza sin dirección precisa y golpea contra el piso los objetos que va encontrando—. ¡Así!, ¡así!

—No se entretenga, Corrales —dice Donorio ya en la puerta—, ya habrá tiempo para la contemplación y el regocijo.

—No, claro, comprendo perfectamente, vaya tranquilo que ya lo alcanzamos.

Donorio asiente y sale al jardín. Cuando Corrales regresa, Benavides se encuentra golpeando, ya con desgano, el cuerpo de su mujer.

—Yo fui. Yo —musita Benavides. Corrales lo detiene.

—¡Déjela, Benavides! Así está perfecta, ya no insista.

—Es que yo la maté...

—Sí, Benavides, sí. Todos sabemos que fue usted, nadie le va a quitar lo hecho —dice Corrales al tiempo que ayuda a Benavides a incorporarse, y luego agrega—: Confíe, Benavides, ya va a ver cómo se nos va al estrellato.

—Sí, sí —dice Benavides, y su cuerpo, a pocos metros del de su mujer, se desploma en el piso.

En la luz de un nuevo día, Benavides abre los ojos y despierta. Por un momento cree encontrarse en su cama, junto a su esposa, en una infeliz mañana cualquiera. Pero pronto recuerda la verdad y se incorpora. ¿Dónde estará ahora su mujer?, ¿en el garaje?, ¿aún en la valija?, ¿se la habrá llevado Donorio?, ¿Corrales? Al fin se calza y sale de la habitación. Hace dos días que lleva la misma ropa y en la fuerte luz del pasillo comprueba que gran parte de las arrugas en saco y pantalón comienzan a adquirir tonalidades grisáceas. Aunque estima haber dormido una

cantidad prudente de horas, aún no ha logrado descansar. Agotado y solo en el silencio de la casa, entiende que otra vez deberá recorrer las habitaciones en busca del doctor Corrales. Pasado un tiempo, tras haber revisado el consultorio, los ambientes del primer piso, el hall de entrada, el living, los pasillos que rodean los jardines de invierno, Benavides, de modo fortuito como el día anterior, encuentra la cocina y pregunta a las mujeres:

—¿Corrales?

Corrales desayuna y, como se sabe, eso puede suceder en cualquier sitio de la casa. Pero esta vez Benavides no irá a buscarlo, resolverá el problema solo. Con valentía, desanda camino desde el living a la cocina y pronto se encuentra en el jardín delantero. Mientras avanza hasta el garaje a paso firme piensa que en el mundo existen dos clases de hombres: los que aguardan impávidos la llegada casual de alguien que les dé indicaciones, y los hombres como él que, decididamente distinto, resolverá sus propios problemas sin la ayuda de nadie. Pedirá un taxi y volverá a casa con su mujer. A mitad de camino se detiene: frente al garaje, de puertas abiertas, se despliega activa una docena de hombres vestidos de azul. En sus espaldas, una publicidad reluce impresa sobre un rectángulo blanco: «Museo de Arte Moderno. Instalaciones y traslados». Ante Benavides el garaje es vaciado por completo, es decir, se retira de allí todo mueble, artículo u objeto que en algún momento formó parte del paisaje hogareño, para dejar ahora, en un espacio más grande y limpio, sola, única, original, la obra. Y allí están Corrales y Donorio, atentos, cordiales, dispuestos a acompañar los sentimientos del artista:

—¿Cómo durmió, Benavides?

Benavides tiembla y dice:

—Ésa es mi mujer.

Corrales mira a Donorio y en su voz se lee la lenta tonada de la desilusión progresiva:

—Le dije, Donorio, la exposición local no es del gusto del artista; tendríamos que haber llevado la obra al museo.

—Ésa es mi mujer.

—Señores. —Donorio acompaña sus palabras con cortos gestos de manos—. Trabajo en esto desde hace años, les digo que el público lo prefiere así.

—Pero es mi mujer.

—Pero Benavides, usted no es artista del pueblo, no es artista de la gente de todos los días. Su obra apunta a un público seleccionado, intelectuales,

¿entiende? Seres que desprecian incluso las novedades de museo, hombres que admiran lo otro, el más allá de la simpleza de una obra, es decir...

Donorio abre un gesto hacia el garaje, Benavides y Corrales esperan la conclusión:

—... el contexto.

—Hermoso, preciso, qué absurdo poner en duda su táctica —dice Corrales.

—Pero es mi mujer.

—Pero Benavides, por favor, ese tema ya está hablado: no es «ésa es mi mujer» sino «la violencia»... El contexto, decía, de todos modos vamos a agregar algunos elementos. Salimos del museo es una opción novedosa, pero hay que mantener el nivel, el ambiente.

—Sí, claro... —dice Corrales.

Morado por la angustia anudada al cuello, Benavides repite una vez más lo que ya ha dicho cuatro veces y transformado por los nervios camina firme hacia la valija. Con una seña, Donorio alerta a los hombres de azul, Benavides corre. Corrales grita ¡que no la toque!, y todos dejan lo que hacían para ir tras los cortos pasos de Benavides que apenas alcanza a tocar la manija cuando la docena de pesados cuerpos azules se abalanza sobre él. Qué desgracia su desgracia, en la oscuridad del peso de otros hombres concluye que la muerte ha de semejarse a situaciones como ésta. De lejos, llega la voz de Donorio: instrucciones precisas a ejecutar sobre su persona, y ése es el fin de aquel corto tercer día.

Despierta Benavides en la luz de un nuevo día, pero lejos de su cama y de su mujer, y esta vez descalzo. Sin siquiera cuidar su cuerpo del frío, se incorpora para sin más salir de la habitación, recorrer a paso rápido el pasillo, bajar la escalera que lo conduce al hall, salir de la casa y atravesar el jardín para llegar al garaje cuyas puertas hoy encuentra abiertas. Los hombres de azul ya no están, en el techo han colocado potentes luces, y allí, en el centro, la valija abierta enmarca el cuerpo enroscado de su abandonada mujer. El golpe es fuerte, quizá en la nuca, y allí acaba el cuarto día.

Despierta Benavides en la noche del cuarto día y sin dudarlo calza sus pies en los zapatos y sale de la habitación. La luz de la noche entra por las ventanas de

los pasillos para guiarlo en el tenebroso recorrido. ¿Qué lleva a un hombre como él a escapar de la casa de su médico a esas horas de la noche? ¿Puede un profesional como Corrales, seguramente bajo órdenes estrictas de Donorio, negarle ver a su esposa? ¿Acaso las restricciones eran parte de un tratamiento de suma rigurosidad, una estrategia para curarlo de una enfermedad que, seguramente venérea, lo llevaba incluso a alucinar extraños asesinatos o a dudar de su propio médico? ¿O realmente ocurría lo que ocurría tal cual se iban sumando los hechos? Mientras con suma precaución baja las escaleras principales, Benavides se pregunta si querrán de su mujer algo en especial, si por alguna razón habrán visto en ella cosas que no encuentran en otras mujeres. Las noches de verano siempre le inspiran amor y romanticismo y los buenos recuerdos pronto le llegan como una ola de celos y deseos, puesto que al fin su mujer es su mujer y la de ningún otro.

En la oscuridad le cuesta encontrar la salida al jardín, donde los carteles intermitentes iluminan por segundos los alrededores. El avance cauteloso muestra a Benavides entre oscuridad y oscuridad bajo formas insospechadas: Benavides tras un árbol de flores, Benavides bajo una mesa de jardín, Benavides junto a un arbusto disciplinado. Pronto llegará al garaje, sacará de allí a su mujer, y regresará a casa en taxi, piensa Benavides, antes de descubrir que la gloria será corta, es decir, antes de abrir el portón y recibir, por segunda vez, pero un poco más a la izquierda, el segundo golpe de ese día.

—El hombre está mal, Corrales.

—Es la presión, el éxito no se asimila fácil en los cuerpos pequeños, habrá que darle tiempo.

—Pero mañana inauguramos.

—¿Y es necesario, Donorio?

—Sí. Si el artista falta al acto inaugural la obra pierde sentimiento. Lo que le hablaba del contexto, ¿se acuerda, Corrales?

—Sí, claro.

—Si el público se reconoce en el artista, el efecto de la obra se magnifica. Haga usted mismo la prueba, piense qué hubiera pasado si la noche del domingo, en lugar de Benavides, la obra se la hubiera traído un atlético fisicoculturista de pelo largo y zapatos a la moda...

—No, no, claro. Tampoco me tome por estúpido, la diferencia es... abismal.

—Violenta, Corrales, como la obra.

Desde la cama, al abrir los ojos, Benavides encuentra a los dos hombres sentados en los sillones de la habitación.

—¿Cómo se siente, Benavides?

Benavides cierra los ojos.

—Parece que ha recobrado la conciencia...

Benavides abre los ojos. En el interín el doctor Corrales se ha incorporado para sostenerle los párpados y estudiar su ojo izquierdo.

—Mmmm... ¿Se siente bien, Benavides?

Benavides grita:

—¡Yo mismo por mi cuenta y solo maté a mi mujer! —Y sin apartar la vista de los hombres se aferra a las sábanas transpiradas.

Corrales ensaya un gesto admonitorio. En los pensamientos de ambos hay dudas dispersas y algo que podría ser definido como un principio de desilusión.

La instalación terminada inspira a los medios a anunciar el evento. La gente formula expectativas y reclama entradas anticipadas. El aire se contamina del murmullo de un público ansioso y llega a las ventanas de la habitación de Benavides que, por quinta vez en esa casa, despierta. ¿Qué hace un hombre como él en ese sitio, tan lejos de su hogar y de su mujer? ¿Puede un médico como Corrales entrar con un traje de noche doblado sobre el brazo derecho y un juego de ropa interior limpia en la mano izquierda, y decir *los zoquetes le van a ir holgados, pero el traje es justo para un hombre como usted?* Corrales se sienta a los pies de la cama, da unas palmadas en las piernas del paciente, quizá en nombre de un cariño que se ha formado hace tiempo pero del que Benavides no tiene memoria, y al fin sonríe y enuncia frases como *qué buen aspecto tiene usted, Benavides o cómo lo envidio, Benavides, un artista como usted, en un día como hoy, con el público ansioso y el periodismo enardecido o todo parece indicar que la inauguración será un éxito.* Pero Benavides no es feliz: personal nocturno, quizá el mismo Donorio, controla la entrada del garaje donde su esposa aguarda. La zona permanece iluminada, incluso en la penumbra de la noche, con dos potentes faros a cada lado del portón y carteles luminosos que, sin pudor, dan crédito del secuestro. Tanto es así que no puede Benavides distinguir la maldad de la bondad ni evaluar con certeza las actitudes de su médico. Aunque mira a Corrales estirar la planta de los zoquetes que le ha traído

para comprobar que son de talla adecuada, sus pensamientos no se esclarecen, sino que, turbios, merodean por su mente y le dan al resto de su cuerpo una sensación de repentino malestar.

Horas más tarde, médico y paciente estudian frente al espejo sus cuerpos trajeados.

—¿Vio que era su talla, Benavides? Usted siempre preocupándose...

Benavides permanece inmóvil mientras Corrales le ajusta la corbata.

—Ya está, perfecto —señala en el espejo sus cuerpos—; va a ver cómo se ponen las mujeres cuando lo vean así.

Tras respetuosos golpes a la puerta se escucha la voz de una de las mujeres:

—El señor Donorio manda a decir que ya está todo listo, pero que si el artista necesita, él espera.

—De ninguna manera, avise que el artista ya baja.

La sala es grande, pero pequeña en relación con la multitud que ha concurrido. Gran cantidad de gente aguarda en el jardín delantero, espiando por las ventanas del salón o en fila tras el portón custodiado por los hombres de azul. Dentro, con la obra aún oculta tras la cortina de terciopelo rojo, el fervor del público se acrecienta.

Donorio toma el micrófono.

—Señoras, señores...

El público atiende al orador.

—Hoy es un día muy especial, para mí, para ustedes...

En la multitud los comentarios escapan tímidos y se pierden en la espesura de un silencio que crece.

—El arte es memorioso, querido público, y en las moléculas menos esperadas de ésta, nuestra sociedad, surgen, majestuosos, los verdaderos artistas. Señoras, señores, intelectuales, quiero presentarles a un soñador, a un amigo, pero por sobre todo lo demás, a un artista a quien el mundo no podrá darle la espalda... Benavides, por favor...

En medio de los estruendosos aplausos de la multitud, Benavides se abre paso hacia el gesto de bienvenida con que Donorio acompaña las últimas palabras. Cuando el artista sube a la tarima y descubre al público, el público descubre en él los cándidos rasgos humildes de la creación pura y sincera, dedicándole así una enérgica ovación que se calma en cuanto Donorio retoma el micrófono.

—Decía, señores, que el arte es memorioso. Se preguntarán ustedes adónde

se quiere llegar con semejante afirmación...

Aunque el monólogo de Donorio continúa, el público no abandona la visión del artista.

—Éstos, nuestros días, son tiempos de gloria, y estamos agradecidos por ello.

El artista, en tanto, estudia el techo y las paredes. El público sigue expectante el recorrido creativo de ese hombre tan ajeno a los elogios.

—Pero algo queda del pasado en la memoria colectiva, en las brillantes mentes de nuestros artistas. El horror, el odio, la muerte, laten con fuerza en sus pensamientos hostigados.

El artista descubre a un lado del escenario la gran cortina de terciopelo rojo tras la cual, se supone, aguarda la obra. Pero ¿qué es lo que inquieta al artista de tal forma? ¿Por qué en su rostro sencillo y genial se dibujan de pronto los pálidos rasgos del espanto?

—Ustedes se preguntarán entonces cómo se libera el artista de ese horror cotidiano. Pues bien, señores, lo que están por ver escapa a los sentimientos superfluos del arte común. En la obra que verán a continuación encontrarán la respuesta. Benavides, lo escuchamos —dice Donorio, y al fin se aleja del micrófono para ceder el lugar al artista.

Benavides mira el micrófono como quien estudia el grosor de una condena hasta que al fin sus propios pies pequeños, quizá arrastrados por su orgullo pero jamás por él mismo, lo encaminan hacia él. Donorio busca la mirada cómplice de Corrales, que permanece atento al artista como se reconoce a un hijo que ha crecido. El público espera. Benavides, inquieto, estudia las expresiones en los rostros que lo observan, volviéndose cada tanto hacia la cortina. Hay nervios, ansiedad, pero más que eso lo que hay es un silencio excitante. Al fin Benavides, con la mirada perdida y un sudor frío que le recorre el cuerpo, toma el micrófono para decir:

—Yo la maté.

El público demora en recibir el mensaje, pero cuando los más entendidos comprenden el significado de aquellas palabras y comienzan a aplaudir, el resto se une a la euforia que pronto se desata. *Dice que él la mató*, comentan entre sí, *El hombre es un poeta*, e incluso entre las expresiones de admiración y encanto se desprenden emocionadas las primeras lágrimas de la noche. Desde un costado del escenario, Corrales asiente complacido al murmullo general. Entonces llega el momento en que Donorio hace a un lado al artista para retomar el uso del

micrófono. Dos hombres de azul suben al escenario para colocarse uno a cada lado del telón rojo. Y Donorio dice:

—Señores, la obra...

Y como el sol nos trae la luz, o como el artista descubre las verdades humanas, la cortina que antes cubría la creación ahora, lenta ante la ansiedad colectiva, cae al piso. Y allí está la obra: violenta, real, carnalmente viva. La voz de un Donorio que ha perdido toda la atención de un público estupefacto dice:

—«La violencia».

La euforia es incontenible. El público empuja, intenta subir al escenario. Más de una docena de hombres de azul forman una barrera que impide el avance. Pero el público quiere ver. Excitación, conmoción, nada se compara a los sentimientos que surgen de las emanaciones de aquella obra, de la imagen soberana de la muerte a pocos metros. No pierden detalle alguno: la carne humana, la piel humana, los muslos gigantes de una mujer enroscada en una valija de cuero. El mismo artista, impresionado ante su obra, mira cómo el público se abalanza hacia ella. Pero su rostro único se distingue entre la gente: todos saben que él es el artista y pronto es alzado por la multitud, pasado de mano en mano, llevado en andas de un lado a otro de la sala. Cuando Corrales grita *¡El artista!, ¡el artista!*, algunos hombres de azul abandonan la barrera humana para rescatar a Benavides. El público, tras oír los gritos de Corrales, suelta a Benavides para que se pierda entre la gente como una perla en el agua turbia. Para él, hombre acostumbrado a la soledad y la quietud de la vida matrimonial, la experiencia es inédita. Escondido en la multitud, y de esa forma oculto hasta de la multitud misma, avanza entre los cuerpos eufóricos hacia el núcleo del disturbio. Hay gritos, empujones, gente que pelea por lograr una mejor perspectiva. Y entre cabezas y hombros ajenos, Benavides alcanza a distinguir, como un recuerdo que se esconde en el olvido, a la que alguna vez fue su mujer. Pero como ha sucedido ya varias veces, a pocos metros de la valija la suerte priva a Benavides del encuentro. Cuatro manos grandes lo toman de los hombros y lo apartan de la gente. Los hombres devuelven a Benavides al escenario. Sumamente irritado, el artista trata de zafarse de los custodios a la vez que grita *¡yo la maté!, ¡yo la maté!* Entre la multitud, un par de personas estudian la extraña actitud del artista. No son las palabras del creador las que los desconciertan, sino la actitud bruscamente violenta de un hombre que hasta hace pocos minutos parecía llevar en su interior la calma de quien ha vivido en la desgracia desde siempre. *¡Yo la maté!*, grita Benavides con lágrimas en los ojos,

y entonces ya son varios quienes se detienen a mirarlo. Pero Donorio actúa rápido, y sin dudarlo presenta al médico del artista. Entre los gritos de Benavides y el estrépito general, Corrales sube al escenario y toma el micrófono. Gran parte del público son pacientes suyos, de modo que tras el primer pedido de silencio el alboroto disminuye sensiblemente. Los hombres de azul, bajo órdenes de Donorio, intiman a un Benavides ya por completo desquiciado a bajar de la tarima, acallar y mantenerse en un rincón, apartado de la vista del público.

—Señores, señoras. En nombre de Benavides les ruego que nos disculpen. El artista es muy sensible a algunos hechos, y ha sufrido una descompensación — anuncia Corrales.

El público, quizá por respeto al artista, se deja ganar por la calma y en silencio abre paso a los hombres de azul. Tras las anchas espaldas de los custodios, el pequeño cuerpo de Benavides tiembla mientras sus ojos logran enfocar, por algún resquicio de la masa que lo aprisiona, la curiosa mirada de algún espectador. Sobre el escenario, Donorio se acerca a Corrales para decirle al oído:

—¿Se acuerda del «contexto»? —hace un gesto hacia al público—, ¿vio que yo tenía razón?

Por la puerta principal se retira un Benavides sujetado por la custodia y todos reciben con creciente entusiasmo sonrientes mucamas con champagne. La inauguración ha sido un éxito.

Conservas

Así pasa una semana, un mes, y vamos haciéndonos la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil viajar. Quizá no por Teresita, sino por pura angustia, no puedo parar de comer y empiezo a engordar. Manuel me alcanza la comida al sillón, a la cama, al jardín. Todo organizado en la bandeja, limpio en la cocina, abastecido en la alacena, como si la culpa, o qué se yo qué cosa, lo obligara a cumplir con lo que espero de él. Pero pierde energías, no parece muy feliz. Un par de veces regresa tarde a casa. No me hace compañía, ni habla del tema.

Pasa otro mes. Mamá también se resigna, nos compra algunos regalos y nos los entrega —la conozco bien— con algo de tristeza. Dice:

—Este es un cambiador lavable con cierre de belcro... Estos son escarpines de puro algodón... Esta es la toalla con capucha en piqué... —Papá la mira y asiente.

—Ay, no sé... —digo yo, y no sé si me refiero al regalo o a Teresita—. La verdad es que no sé —le digo más tarde a mi suegra cuando cae con un juego de sabanitas de colores— no sé —digo ya sin saber qué decir, y abrazo las sábanas y me largo a llorar.

El tercer mes me siento más triste todavía. Cada vez que me levanto me miro al espejo y me quedo así un rato. Mi cara, mis brazos, todo mi cuerpo, y por sobre todo la panza, están cada vez más hinchados. A veces llamo a Manuel y le pido que se pare al lado. A él en cambio lo veo más flaco. Además, cada vez me habla menos. Llega del trabajo, se sienta a mirar televisión y se agarra la cabeza. No es que ya no me quiera, ni que me quiera menos. Sé que Manuel me adora y sé que, como yo, no tiene nada en contra de nuestra Teresita, qué va a tener. Pero es que había tanto que hacer antes de su llegada.

A veces mamá pide acariciar la panza. Me siento en el sillón y ella habla con

voz suave y cariñosa, le dice cosas a Teresita. A la mamá de Manuel, en cambio, se le da por llamar a cada rato para saber cómo estoy, dónde estoy, qué estoy comiendo, cómo me siento, y todo lo que se le pueda ocurrir preguntar.

Sufro insomnio. Paso las noches despierta, en la cama. Miro el techo con las manos sobre la pequeña Teresita. No puedo pensar en nada más. No puedo entender cómo en un mundo en el que ocurren cosas que todavía me parecen maravillosas, como alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del freezer un pescado fresco que murió hace treinta días, o pagar las cuentas sin moverse de casa, no pueda solucionarse un asunto tan trivial como un pequeño cambio en la organización de los hechos. Es que simplemente no me resigno.

Entonces olvido la guía de la obra social y busco otras alternativas. Hablo con obstetras, con curanderos y hasta con un chamán. Alguien me da el número de una comadrona y hablo con ella por teléfono. Pero cada uno a su manera presenta soluciones conformistas o perversas que nada tienen que ver con lo que busco. Me cuesta hacerme a la idea de recibir a Teresita tan temprano, pero tampoco quiero lastimarla. Y entonces doy con el doctor Weisman.

El consultorio queda en el último piso de un edificio antiguo del centro. No tiene secretaria, ni sala de espera. Sólo un pequeño hall de entrada y dos habitaciones. Weisman es muy amable, nos hace pasar y nos ofrece café. Durante la conversación se interesa en especial por el tipo de familia que formamos, por nuestros padres, por nuestro matrimonio, por las relaciones particulares entre cada uno de nosotros. Contestamos a todo lo que pregunta. Después entrecruza los dedos y apoya las manos sobre el escritorio. Weisman parece conforme con nuestro perfil. Nos cuenta algunas cosas sobre su trayectoria, el éxito de sus investigaciones y lo que nos puede ofrecer, pero parece intuir que no necesita convencernos, y pasa directamente a explicarnos el tratamiento. Cada tanto miro a Manuel, que escucha a Weisman con atención, asiente, parece entusiasmado. El plan incluye cambios en la alimentación, en el sueño, ejercicios de respiración, medicamentos. Va a haber que hablar con mamá y papá, y con la madre de Manuel; el papel de ellos también es importante. Anoto todo en mi cuaderno, punto por punto.

—¿Y qué seguridad tenemos con este tratamiento? —pregunto.

—Tenemos lo que necesitamos para que todo salga bien —dice Weisman.

Al día siguiente Manuel no va al trabajo. Nos sentamos en la mesa del living, rodeados de grillas y papeles, y empezamos a trabajar. Anotamos lo más

fielmente posible cómo se han ido dando las cosas desde el momento en que sospechamos que Teresita se había adelantado. Citamos a nuestros padres y somos claros con ellos: el asunto está decidido, el tratamiento en marcha, y no hay nada que discutir. Papá va a preguntar algo, pero Manuel lo interrumpe:

—Tienen que hacer lo que les pedimos —dice, y los mira como rogando su compromiso—, en la hora y al tiempo que corresponda.

Están preocupados y creo que no llegan a entender de qué se trata, pero se comprometen a seguir las instrucciones y cada uno vuelve a su casa con una lista.

Cuando concluyen los primeros diez días las cosas ya están un poco más aceitadas. Tomo mis tres pastillas diarias en horario y respeto cada sesión de «respiración consciente». La respiración consciente es parte fundamental del tratamiento y es un método de relajación y concentración innovador, descubierto y enseñado por el mismo Weisman. En el jardín, sobre el césped, me centro en el contacto con «el vientre húmedo de la tierra». Comienzo inhalando una vez y exhalando dos veces. Prolongo los tiempos hasta inspirar durante cinco segundos, y exhalar en ocho. Tras varios días de ejercicio inhalo en diez y exhalo en quince, y entonces paso al segundo nivel de respiración consciente y empiezo a sentir la dirección de mis energías. Weisman dice que eso va a tomarme algo más de tiempo, pero insiste en que el ejercicio está a mi alcance y tengo que seguir trabajando. Hay un momento en el que es posible visualizar la velocidad a la que la energía circula en el cuerpo. Se siente como un cosquilleo suave, que comienza por lo general en los labios, en las manos y en los pies. Entonces uno empieza a controlarlo: hay que aminorar el ritmo, lentamente. La meta es detenerlo por completo para, poco a poco, retomar la circulación en sentido contrario.

Manuel no puede ser muy cariñoso conmigo todavía. Tiene que ser fiel a las listas que hicimos y por lo tanto, hasta dentro de un mes y medio, mantenerse alejado, hablar sólo lo necesario y volver tarde a casa algunas noches. Cumple con su parte con esmero pero lo conozco, y sé que ya está mejor, más optimista, y que se muere de ganas de abrazarme y decirme lo mucho que me extraña. Pero así hay que hacer las cosas por ahora; no podemos arriesgarnos a salir ni un segundo del guión.

Al mes sigo progresando en la respiración consciente. Ya casi siento que logro detener la energía. Weisman dice que no falta mucho, que apenas hay que esforzarse un poco más. Me aumenta la dosis de las pastillas. Empiezo a notar

que la ansiedad disminuye y como un poco menos. Siguiendo el primer punto de su lista, la madre de Manuel se esfuerza al máximo y trata de, gradualmente — esto último es importante y se lo subrayamos repetidas veces—, gradualmente, decía, ir haciendo menos llamados a casa y bajar la ansiedad por hablar todo el tiempo sobre Teresita.

El segundo es quizá el mes de más cambios. Mi cuerpo ya no está tan hinchado, y para sorpresa y alegría de ambos, la panza empieza a disminuir. Este cambio tan notable alerta un poco a nuestros padres. Quizá es ahora cuando entienden, o intuyen, en qué consiste el tratamiento. La madre de Manuel, sobre todo, parece temer lo peor, y aunque se esfuerza por mantenerse al margen y seguir su lista, siento el miedo y sus dudas y temo que esto afecte el tratamiento.

Duermo mejor por las noches, y ya no me siento tan deprimida. Le cuento a Weisman mis progresos en la respiración consciente. Él se entusiasma, parece que estoy a punto de lograr mi energía inversa, tan pero tan cerca que solo un velo me separa del objetivo.

Empieza el tercer mes, el anteúltimo. Es el mes en el que más protagonismo van a tener nuestros padres; estamos ansiosos por ver que cumplan con su palabra y que todo salga a la perfección, y lo hacen, y lo hacen bien, y estamos agradecidos. La madre de Manuel llega a casa una tarde y reclama las sábanas de colores que había traído para Teresita. Quizá porque había pensado en este detalle durante mucho tiempo, me pide una bolsa para envolver el paquete. Es que así lo traje, dice, con bolsa, así que así se va, y nos guiña un ojo. Después les toca a mis padres. También vienen por sus regalos, los reclaman uno por uno: primero la toalla con capucha en piqué, después los escarpines de puro algodón, por último el cambiador lavable con cierre de belcro. Los envuelvo. Mamá pide acariciar por última vez la panza. Me siento en el sillón, ella se sienta al lado mío, y habla con voz suave y cariñosa. Acaricia la panza y dice, esta es mi Teresita, como voy a extrañar a mi Teresita, y yo no digo nada, pero sé que, si hubiera podido, si no hubiera tenido que limitarse a su lista, habría llorado.

Los días del último mes pasan rápido. Manuel ya puede acercarse más y la verdad es que su compañía me hace bien. Nos paramos frente al espejo y nos reímos. La sensación es todo lo contrario a lo que se siente al emprender un viaje. No es la alegría de partir, sino la de quedarse. Es como si al mejor año de tu vida le agregaras un año más, bajo las mismas condiciones. Es la oportunidad de seguir continuando.

Estoy mucho menos hinchada. Eso alivia mis actividades y me levanta el

ánimo. Hago mi última visita a Weisman.

—Se acerca el momento —dice él, y empuja sobre el escritorio, hacia mí, el frasco de *conservación*. Está helado, y así debe mantenerse, por eso traje la vianda térmica, como Weisman recomendó. Debo guardarlo en la heladera en cuanto llegue. Lo levanto: el agua es transparente pero espesa, como un frasco de almíbar incoloro.

Una mañana, durante una sesión de respiración consciente, logro pasar al último nivel: respiro lentamente, el cuerpo siente la humedad de la tierra y la energía que lo envuelve. Respiro una vez, otra vez, otra vez, y entonces todo se detiene. La energía parece materializarse a mi alrededor y podría precisar el momento exacto en el que, poco a poco, comienza a circular en sentido inverso. Es una sensación purificadora, rejuvenecedora, como si el agua o el aire volvieran por sí mismos al sitio en el que alguna vez estuvieron contenidos.

Entonces llega el día. Está marcado en el almanaque de la heladera; Manuel lo rodeó con un círculo rojo cuando volvimos del consultorio de Weisman por primera vez. No sé cuándo sucederá, estoy preocupada. Manuel está en casa. Estoy recostada en la cama. Lo escucho caminar de un lado a otro, intranquilo. Me toco la panza. Es una panza normal, una panza como la de cualquier mujer, quiero decir que no es una panza de embarazada. Al contrario, Weisman dice que el tratamiento fue muy intenso: estoy un poco anémica, y mucho más flaca que antes de que el asunto de Teresita empezara.

Espero toda la mañana y toda la tarde encerrada en mi cuarto. No quiero comer, ni salir, ni hablar. Manuel se asoma cada tanto y pregunta cómo estoy. Imagino que mamá debe estar trepándose por las paredes, pero saben que no pueden llamar ni pasar a verme.

Ahora hace rato que siento náuseas. El estómago me arde y late cada vez más fuerte, como si fuera a explotar. Tengo que avisarle a Manuel, pero trato de incorporarme y no puedo, no me había dado cuenta de lo mareada que estaba. Tengo que avisarle a Manuel para que llame a Weisman. Logro levantarme, pero me dejo caer al piso y espero un segundo de rodillas. Pienso en la respiración consciente pero mi cabeza ya está en otra cosa. Tengo miedo. Temo que algo pueda salir mal y lastimemos a Teresita. Quizá ella sepa lo que está pasando, quizá todo esto esté muy mal. Manuel entra a la habitación y corre hasta mí.

—Yo sólo quiero dejarlo para más adelante... —le digo—, no quiero que...

Quiero decirle que me deje acá tirada, que no importa, que corra a hablar con Weisman, que todo salió mal. Pero no puedo hablar. Me tiembla el cuerpo, no

tengo control sobre él. Manuel se arrodilla junto a mí, me toma de las manos, me habla pero no oigo lo que dice. Siento que voy a vomitar. Me tapo la boca. Él parece reaccionar, me deja sola y corre hacia la cocina. No demora más que unos segundos: regresa con el vaso desinfectado y el envase plástico que dice «Dr. Weisman». Rompe la faja de seguridad del envase, vierte el contenido translúcido en el vaso. Otra vez siento ganas de vomitar, pero no puedo, no quiero, no todavía. Tengo una arcada, y otra, y otra, arcadas cada vez más violentas que empiezan a dejarme sin aire. Por primera vez pienso en la posibilidad de la muerte. Pienso en eso un instante y ya no puedo respirar. Manuel me mira, no sabe qué hacer. Las arcadas se interrumpen y algo se me atormenta en la garganta. Cierro la boca y tomo a Manuel de la muñeca. Entonces siento algo pequeño, del tamaño de una almendra. Lo acomodo sobre la lengua, es frágil. Sé lo que tengo que hacer pero no puedo hacerlo. Es una sensación inconfundible que guardaré hasta dentro de algunos años. Miro a Manuel: parece aceptar el tiempo que necesito. Después me acerca el vaso, y al fin, suavemente, la escupo.

Mi hermano Walter

Mi hermano Walter está deprimido. Lo visitamos con mi mujer todas las noches, cuando volvemos del trabajo. Compramos algo de comer —le gustan mucho las papafritas con pollo— y le tocamos el timbre alrededor de las nueve. Atiende enseguida y pregunta *¿Quién es...?* Y mi mujer dice *¡Nosotros!* Y él dice *ah...* y nos deja entrar.

Una decena de personas lo llaman por día para ver cómo está. Él levanta el tubo con esfuerzo, como si pesara una tonelada, y dice:

—¿Sí?

Y la gente habla como si mi hermano se alimentara de estupideces. Si le pregunto quién es, o qué quieren, él es incapaz de responder. No le interesa en lo más mínimo. Está tan deprimido que ni siquiera le molesta que estemos ahí, porque es como si no hubiese nadie.

Algunos sábados mi madre y tía Claris lo llevan a las fiestas de adultos del salón, y Walter se mantiene sentado entre cumpleaños cuarentonas, despedidas de solteros y recién casados. Tía Claris dice que cuanto más deprimido está Walter más feliz se siente la gente que está alrededor. Lo que hay que aceptar, es verdad, es que desde que Walter está deprimido las cosas en la familia están mejorando. Mi hermana finalmente se casa con Galdós, y en la fiesta mi madre conoce, en un grupo de gente que bebía champagne y lloraba de la risa en la mesa de mi hermano, al señor Kito, con el que ahora duerme todas las noches. El señor Kito tiene cáncer pero es un hombre con mucha energía. Además, resulta ser el dueño de una gran compañía de cereales y amigo de la infancia de tía Claris. Galdós y mi hermana compran una granja lejos de la ciudad, y tomamos la costumbre de pasar ahí los fines de semana. Mi mujer y yo vamos a buscar a Walter el sábado a primera hora y para el mediodía ya estamos todos en la granja, esperando el asado con una copa de vino y esa felicidad inmensa que dan los días de sol al aire libre. Un único fin de semana faltamos porque Walter está

engripado y se niega a subir al coche. Yo siento que tengo que avisar al resto que él no va a ir, así que empiezan a cruzarse las llamadas en los celulares y para la hora en la que Galdós empieza a servir el asado ya todos renunciaron a la salida.

Ahora tía Claris sale con el capataz de la granja y somos pares en la familia, menos Walter, claro. Hay una silla cerca de la parrilla, que él eligió el primer día que lo llevamos, y de la que no se levanta. Tratamos siempre de mantenernos alrededor, para animarlo o hacerle compañía. Nos reímos mucho, y felicitamos a Kito porque su cáncer ya está casi curado, a Galdós por la rentabilidad de la granja, y a mi madre porque, simplemente, la adoramos. Escuchamos sonrientes a mi hermana y a mi mujer, que se llevan de maravilla, y sus comentarios sobre la actualidad nos hacen saltar lágrimas de risa.

Pero Walter sigue deprimido. Tiene una expresión fatal, cada vez más triste. Galdós trae a la granja a un médico rural conocido que enseguida se interesa en el caso de Walter. Es un gran tipo, y empieza a venir todos los fines de semana. No nos cobra nada; su mujer viene también para charlar con mi mujer y mi hermana. Entonces resulta que el médico rural, Kito y Galdós, charlando amenamente alrededor de Walter, fumando y comentando tonterías para animarlo un poco, terminan teniendo una gran charla de negocios, y emprenden juntos una nueva línea de cereales bajo la firma de Kito, pero en la granja de Galdós, y con una receta más saludable propuesta por el médico. Yo me sumo al proyecto y tengo que estar en la granja casi todos los días, así que cuando mi mujer queda embarazada nos mudamos también a la granja, y nos traemos a Walter, que prácticamente no opina sobre los cambios. Nos alivia que esté acá con nosotros, verlo sentado en su silla, saber que está cerca.

Los nuevos cereales se venden muy bien y la granja se llena de empleados y compradores mayoristas. La gente es amable. Parecen confiar ciegamente en el proyecto y hay una energía optimista que sigue teniendo sus momentos de esplendor los fines de semana, cuando el asado cada vez más concurrido de Galdós empieza a dorarse en las parrillas y todos esperamos ansiosos con las copas en la mano. Y ya somos tantos que casi no hay un segundo en el que Walter se quede solo; siempre hay alguien disputándose la responsabilidad de estar cerca de él, hablarle alegremente, contarle las buenas noticias, demostrarle lo feliz que se puede llegar a ser.

La empresa crece. El cáncer de Kito desaparece y mi hijo cumple dos años. Cuando lo dejo a upa de Walter mi hijo sonríe y aplaude, y dice *soy feliz, soy muy feliz*. Tía Claris viaja con el capataz por toda Europa; cuando vuelven van

con mi hermana y Galdós al casino; con el dinero que ganan hacen una sociedad y compran las líneas de cereales de la competencia. Para año nuevo la empresa invita a casi todo el pueblo que rodea la granja —porque ya prácticamente todos trabajan acá—, y a los mayoristas, los amigos y los vecinos. El asado se hace a la noche. Una banda toca en vivo ese jazz de los años treinta que te hace bailar como si fueras un negro. Los chicos juegan a enredar las sillas y las mesas con las guirnaldas.

Yo hace tiempo que aparto cada tanto a mi hermano, o busco un momento en el que estemos tranquilos, y le pregunto qué le pasa. Él se mantiene en silencio, pero deja automáticamente de mirarme a los ojos. Es difícil preguntárselo ahora, porque ya son las doce en punto y con el brindis tiramos fuegos artificiales, de esos que iluminan todo el cielo, y la gente grita y aplaude con cada explosión. Entonces siento algo: todo me parece más suave y gris, y no puedo dejar de pensar en qué es lo que le pasa, eso que parece tan terrible.

Papá Noel duerme en casa

La navidad en que Papá Noel pasó la noche en casa fue la última vez que estuvimos todos juntos; después de esa noche papá y mamá terminaron de pelearse, aunque no creo que Papá Noel haya tenido nada que ver con eso. Papá había vendido su auto unos meses atrás porque había perdido el trabajo, y aunque mamá no estuvo de acuerdo, él dijo que un buen árbol de navidad era importante esa vez, y compró uno de todas formas. Venía en una caja de cartón, larga y plana, y traía una hoja que explicaba cómo encajar las tres partes y abrir las ramas de forma que se viera natural. Armado era más alto que papá, era inmenso, y yo creo que por eso ese año Papá Noel durmió en nuestra casa. Yo había pedido de regalo un coche a control remoto. Cualquiera me venía bien, no quería uno en particular, pero todos los chicos tenían uno en esa época y cuando jugábamos en el patio los autos a control remoto se dedicaban a estrellarse contra los autos comunes, como el mío. Así que había escrito mi carta y papá me había llevado hasta el correo para enviarla. Y le dijo al tipo de la ventanilla:

—Se la enviamos a Papá Noel. —Y le pasó el sobre.

El tipo de la ventanilla ni saludó, porque había mucha gente y se ve que ya estaba cansado de tanto trabajo; la época navideña debe ser la peor para ellos. Tomó la carta, la miró y dijo:

—Falta el código postal.

—Pero es para Papá Noel —dijo papá, y le sonrió y le guiñó un ojo, se ve que para hacerse amigo, y el tipo dijo:

—Sin código postal no sale.

—Usted sabe que la dirección de Papá Noel no tiene código postal —dijo papá.

—Sin código postal no sale —dijo el tipo, y llamó al siguiente.

Y entonces papá trepó el mostrador, agarró al tipo del cuello de la camisa, y la carta salió.

Por eso yo estaba preocupado ese día, porque no sabía si la carta le había llegado o no a Papá Noel, y del asunto del coche dependía que me aceptaran los chicos que jugaban en el patio del colegio.

Además no podíamos contar con mamá desde hacía casi dos meses, y eso también me preocupaba, porque la que siempre estaba en todo era mamá, y las cosas salían bien entonces. Pero un día dejó de preocuparse, así nomás, de un día para el otro. La vieron algunos médicos, papá siempre la acompañaba y yo me quedaba en la casa de Marcela, que es nuestra vecina. Pero mamá no mejoró. Dejó de haber leche y cereales a la mañana, ropa limpia para vestirse; papá llegaba tarde a los lugares a los que debía llevarme, y después llegaba otra vez tarde para pasarme a buscar. Cuando pedí explicaciones, papá dijo que mamá no estaba enferma ni tenía cáncer ni se iba a morir. Que bien podría haber pasado algo así pero él no era un hombre de tanta suerte. Marcela me explicó que mamá simplemente había dejado de creer en las cosas, que eso era estar «deprimido», y te quitaba las ganas de todo, y tardaba en irse. Mamá no iba más a trabajar ni se juntaba con amigas ni hablaba por teléfono con la abuela. Se sentaba con su bata frente al televisor, y hacía zapping toda la mañana, toda la tarde y toda la noche. Yo era el encargado de darle de comer. Marcela dejaba comida hecha en el freezer con las porciones marcadas. Había que combinarlas; no podía, por ejemplo, darle todo el pastel de papas y después toda la tarta de verdura, había que combinar las porciones para que la alimentación fuera sana. La descongelaba en el microondas y se la alcanzaba en una bandeja, con el vaso de agua y los cubiertos. Mamá decía:

—Gracias mi amor, no tomes frío. —Lo decía sin mirarme, sin perder de vista lo que sucedía en el televisor.

A la salida del colegio me agarraba de la mano de la mamá de Augusto, que era hermosa. Eso funcionaba cuando venía a buscarme papá, pero después, cuando empezó a venir Marcela, a ninguna de las dos parecía gustarle eso, así que esperaba solo debajo del árbol de la esquina. Viniera quien viniera a buscarme, siempre llegaban tarde.

Marcela y papá se hicieron muy amigos, y algunas noches papá se quedaba con ella en la casa de al lado, jugando al póquer, y a mamá y a mí nos costaba dormirnos sin él en la casa; nos cruzábamos en el baño y entonces mamá decía:

—Cuidado mi amor, no tomes frío. —Y volvía frente al televisor.

Muchas tardes Marcela estaba en casa; eran las tardes en que cocinaba para nosotros y ordenaba un poco. No sé por qué lo hacía. Supongo que papá le

pediría ayuda y como ella era su amiga se sentía en la obligación, porque la verdad es que no se la veía muy contenta. Un par de veces le apagó el televisor a mamá, se sentó frente a ella y le dijo:

—Julia, tenemos que hablar, esto no puede seguir así...

Le decía que tenía que cambiar de actitud, que así no llegaría a ningún lado, que ella ya no podía seguir ocupándose de todo, que tenía que reaccionar y tomar una decisión o terminaría por arruinarnos la vida. Pero mamá nunca contestaba. Y al final Marcela terminaba yéndose con un portazo, y esa noche papá pedía pizza porque no había nada para cenar, y a mí la pizza me encanta.

Yo le había dicho a Augusto que mamá había dejado de «creer en las cosas», y que entonces estaba «deprimida», y él quiso venir a ver cómo era. Hicimos algo muy feo que a veces me avergüenza: saltamos frente a ella un rato, pero mamá apenas nos esquivaba con la cabeza; después le hicimos un sombrero con papel de diario, se lo probamos de distintas maneras y se lo dejamos puesto toda la tarde, pero ella ni se movió. Le quité el sombrero antes de que llegara papá. Estaba seguro de que mamá no iba a decirle nada, pero me sentía mal de todos modos.

Después llegó navidad. Marcela hizo su pollo al horno con verduras horribles pero como era una noche especial me preparó además papas fritas. Papá le pidió a mamá que dejara el sillón y cenara con nosotros. La movió cuidadosamente hasta la mesa —Marcela la había preparado con un mantel rojo, velas verdes y los platos que usamos para las visitas—, la sentó en una de las cabeceras y se alejó unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarla; supongo que pensó que podía funcionar, pero en cuanto él estuvo lo suficientemente lejos ella se levantó y volvió a su sillón. Así que mudamos las cosas a la mesa ratonera del living y comimos ahí con ella. La tele estaba prendida, por supuesto, y el noticiero mostraba una nota sobre un sitio de gente pobre que había recibido un montón de regalos y comida de gente de más plata, y entonces ahora estaban muy contentos. Yo estaba nervioso y miraba todo el tiempo el árbol de navidad porque ya iban a ser las doce y quería mi auto. Entonces mamá señaló el televisor. Fue como ver moverse un mueble. Papá y Marcela se miraron. En la tele Papá Noel estaba sentado en el living de una casa, con una mano abrazaba a un chico sentado sobre sus piernas, y con la otra a una mujer parecida a la mamá de Augusto, y entonces la mujer se inclinaba y besaba a Papá Noel y Papá Noel te miraba y decía:

—... y cuando vuelvo del trabajo solo quiero estar con mi familia. —Y un

logo de café aparecía en la pantalla.

Mamá se puso a llorar. Marcela me tomó de la mano y me dijo que subiera al cuarto, pero yo me negué. Volvió a decírmelo, esta vez con el tono impaciente con el que le habla a mamá, pero nada iba a alejarme esa noche del árbol. Papá quiso apagar el televisor y mamá empezó a luchar con él como una nena. Sonó el timbre y yo dije:

—Es Papá Noel. —Y Marcela me dio una cachetada y entonces papá empezó a pelear con Marcela y mamá encendió otra vez el televisor, pero Papá Noel ya no estaba en ningún canal. El timbre volvió a sonar y papá dijo:

—¿Quién mierda es?

Pensé que ojalá no fuese el del correo porque volverían a pelear y papá ya estaba de mal humor.

El timbre sonó otra vez muchas veces seguidas, y entonces papá se cansó, fue hasta la puerta y cuando la abrió vio que era Papá Noel. No era tan gordo como en televisión y se lo veía cansado, no podía mantenerse de pie y se apoyaba un momento de un lado de la puerta, otro momento del otro.

—¿Qué quiere? —dijo papá.

—Soy Papá Noel —dijo Papá Noel.

—Y yo soy Blanca Nieves —dijo papá y le cerró la puerta. Entonces mamá se levantó, corrió hasta la puerta, la abrió y Papá Noel todavía estaba ahí, tratando de sostenerse, y lo abrazó. A papá le agarró un ataque:

—¿Éste es el tipo, Julia? —le gritó a mamá, y empezó a decir malas palabras y a tratar de separarlos. Y mamá le dijo a Papá Noel:

—Bruno, no puedo vivir sin vos, me estoy muriendo.

Papá logró separarlos y le dio a Papá Noel una trompada y Papá Noel cayó para atrás y quedó seco sobre la entrada. Mamá empezó a gritar como loca. Yo estaba triste por lo que le estaba pasando a Papá Noel, y porque todo esto atrasaba lo del auto, aunque por otro lado me alegraba ver a mamá otra vez en movimiento.

Papá le dijo a mamá que iba a matarlos a los dos y mamá le dijo que si él era tan feliz con su amiga por qué ella no podía ser amiga de Papá Noel, cosa que a mí me pareció lógico. Marcela se acercó a ayudar a Papá Noel, que empezaba a moverse en el piso, y le dio una mano para levantarse. Y entonces papá otra vez empezó a decirle de todo y mamá a gritar. Marcela decía *cálmense, entremos, por favor*, pero nadie la escuchaba. Papá Noel se llevó la mano a la nuca y vio que le sangraba. Escupió a papá y papá le dijo:

—Maricón de mierda.

Y mamá le dijo a papá:

—Maricón serás vos, hijo de puta. —Y también lo escupió. Le dio a Papá Noel la mano, lo hizo entrar a la casa, se lo llevó a su cuarto y se encerró.

Papá se quedó como congelado, y en cuanto reaccionó se dio cuenta que yo todavía seguía ahí y me mandó furioso a la cama. Sabía que no estaba en condiciones de discutir; me fui al cuarto sin navidad y sin regalo. Esperé acostado a que todo quedara en silencio, mirando nadar en las paredes el reflejo de los peces de plástico de mi velador. No tendría mi auto a control remoto, eso estaba clarísimo, pero Papá Noel dormía en casa esa noche y eso me aseguraba un año mejor.

Bajo tierra

Había oscurecido y todavía tenía que manejar varias horas. Desconfío de los paradores de ruta, tan apartados de todo, pero necesitaba descansar y tomar algo para despabilarme. Las luces interiores le daban cierta calidez al lugar, y había tres coches estacionados frente a los ventanales, lo que me dio algo más de confianza. Dentro no había mucha gente: una pareja joven que comía unas hamburguesas, un tipo de espaldas, al fondo, y otro hombre más viejo en la barra. Me senté junto a él, cosas que uno hace cuando viaja demasiado, o cuando hace tanto que no habla con nadie. Pedí una cerveza. El barman era gordo y se movía despacio.

—Son cinco pesos —dijo.

Pagué y me sirvió. Hacía horas que soñaba con mi cerveza y esa era bastante buena. El viejo parecía absorto en su vaso, o en cualquier otra cosa que pudiese verse en el vidrio.

—Por una cerveza le cuentan una historia —dijo el gordo señalándome al viejo.

El viejo pareció despertar y se volvió hacia mí. Tenía los ojos grises y claros, quizá tuviera un principio de cataratas o algo por el estilo; no parecía ver bien. Pensé que adelantaría algo de la historia, o que se presentaría. Pero se quedó quieto, como un perro ciego que cree haber visto algo y no tiene mucho más que hacer.

—Vamos, amigo —dijo el gordo, y me guiñó el ojo—, sólo es una cerveza para el abuelo.

Dije que sí, que por supuesto. El viejo sonrió. Saqué cinco pesos para el gordo y en menos de un minuto el viejo ya tenía lleno su vaso otra vez. Tomó un par de tragos y se volvió automáticamente hacia mí. Pensé que ya habría contado la historia un centenar de veces, y por un momento me arrepentí de haberme sentado a su lado.

—Esto pasa adentro —dijo, señalando el secacopas o, quizá, un horizonte imaginario que yo todavía no podía ver—, adentro, bien en el campo. Había un pueblo ahí, un pueblo minero, ¿entiende? Un pueblo chico, la mina recién empezaba a funcionar. Pero tenía ahí una plaza, la iglesia, y la calle que iba hasta la mina estaba asfaltada. Los mineros eran jóvenes. Habían llevado a sus mujeres y en pocos años ya había muchos chicos, ¿entiende?

Asentí. Busqué con la mirada al gordo, que evidentemente ya conocía la historia y se distraía acomodando botellas a un lado de la barra.

—Bueno, estos chicos estaban todo el día por ahí porque eran muy chicos para trabajar. Se la pasaban corriendo, jugando en la calle. Un día uno de estos chicos descubre en un descampado algo extraño. La tierra estaba ahí como hinchada. Era poca cosa, no a cualquiera le hubiese llamado la atención, pero pareció suficiente para ellos. Los que estaban ahí, no eran muchos los que lo encontraron, se fueron acercando, hicieron un círculo alrededor y estuvieron así un rato. Uno se arrodilló y empezó a escarbar la tierra con las manos, así que el resto empezó a hacer lo mismo. Enseguida encontraron algún balde de juguete o cualquier otra cosa que sirviera de pala, y empezaron a cavar. Fueron sumándose otros a lo largo de la tarde. Llegaban y se sumaban sin preguntar, como si ya hubiesen sido avisados del hecho. Los primeros terminaban por cansarse e iban dejando lugar a los nuevos. Pero no se alejaban. Se quedaban cerca, mirando siempre la obra. Al día siguiente volvieron más preparados; traían baldes, cucharones de cocina, palas de maceta, cosas que seguramente les habían pedido a sus padres. El agujero pasó a ser un pozo. Entraban cinco o seis adentro. Apenas si les asomaba la cabeza. Juntaban la tierra en los baldes y se los pasaban a los de arriba que, a su vez, la llevaban hasta un montículo que iba haciéndose cada vez más grande, ¿me entiende?

Asentí, y aproveché la interrupción para pedirle al gordo más cerveza. Pedí otra para el viejo. Él aceptó la cerveza, pero la interrupción no pareció gustarle. Se quedó callado, y sólo siguió cuando el gordo dejó frente a nosotros los nuevos vasos y se concentró otra vez en sus cosas.

—Los chicos empezaron a interesarse sólo en el pozo, no había ninguna otra cosa que llamara su atención. Si no podían estar ahí cavando, hablaban entre ellos del tema, y si estaban con adultos, prácticamente no hablaban. Obedecían sin discutir, siempre concentrados en otra cosa, y como respuesta no se escuchaba más que «sí», «no», «da igual». Siguieron cavando. Trabajaban cada vez más organizados, de a turnos cortos. Como el pozo ya era más profundo,

subían los baldes con sogas. A la tarde, antes de que oscureciera, se ayudaban entre ellos para salir y tapaban con tablas la boca. Algunos padres estaban entusiasmados con la idea del pozo, porque decían que eso les permitía jugar a todos juntos, y que eso era bueno. A otros les daba igual. Seguro había padres que ni sabían del tema. Yo creo que algún adulto, intrigado por todo el asunto, debe haberse acercado una noche, mientras los chicos dormían, y debe haber levantado las tablas. ¿Pero qué puede verse en la noche, en un pozo vacío cavado por chicos? No creo que hayan encontrado nada. Deben haber pensado que sólo era un juego, eso deben haber pensado, hasta el último día.

El tipo volvió a concentrar su mirada en el vaso y no dijo nada más. Me quedé esperando. No sabía si había terminado. Se me ocurrieron un par de comentarios pero ninguno me pareció oportuno. Busqué al gordo; atendía la mesa de la pareja joven, que ya se iba. Abrí la billetera, conté otros cinco pesos y los puse entre los dos. El viejo agarró el dinero y lo guardó en su bolsillo.

—Esa noche perdieron a sus hijos. Empezaba a oscurecer. Era el momento del día en que los chicos volvían a sus casas, pero no había señales de ellos. Salieron a buscarlos y se encontraron con otros padres también preocupados, y cuando empezaron a sospechar que algo podía haber pasado, ya casi todos estaban en la calle. Los buscaron desorganizadamente, cada uno por su lado. Fueron a la escuela, a algunas casas donde antes solían jugar. Algunos se alejaron y fueron hasta la mina, examinaron los alrededores, buscaron incluso en sitios donde los chicos no podrían llegar solos. Buscaron durante horas y no encontraron a ninguno. Supongo que cada padre por su cuenta había pensado alguna vez que algo malo podía pasarle a su hijo. Un chico trepado a un paredón puede caerse y abrirse la cabeza en un segundo. Puede ahogarse en el estanque jugando con otro a hundirse entre sí, puede atorársele en la garganta un carozo, una piedra, cualquier cosa, y morir ahí nomás. Pero ¿qué fatalidad podía borrarlos a todos de la tierra? Discutieron. Pelearon. Quizá porque pensaron que podrían encontrar alguna pista, fueron concentrándose alrededor del pozo, y levantaron las tablas. Deben haberse mirado entre sí, confundidos, sin saber muy bien qué pasaba: no había ningún pozo. Las tablas tapaban una protuberancia, el montículo que queda en la tierra cuando se la remueve, o cuando se entierra a los muertos. Podría pensarse que el pozo se había derrumbado, o que los chicos lo habían vuelto a tapar, pero la tierra que habían sacado seguía ahí, podían verla desde donde estaban. Fueron por palas y empezaron a cavar donde antes lo habían hecho los chicos. Una madre gritaba desesperada.

»—Paren, por favor. Despacio, despacio... —gritaba—, van a darles con las palas en la cabeza. —Hubo que calmarla entre varios.

»Al principio cavaban con cuidado, más tarde abrían la tierra a palazos. Pero bajo la tierra no había más que tierra, y algunos padres se rindieron y empezaron a dejar el pozo, confundidos. Otros siguieron trabajando hasta la noche siguiente, ya sin ningún cuidado, agotados, y al final todos terminaron por volver a sus casas, más solos que nunca.

»El gobernador viajó hasta el pueblo. Trajo gente aparentemente especializada para examinar el pozo. Les hicieron repetir la historia varias veces.

»—¿Pero dónde estaba exactamente el pozo? —preguntaba el capataz.

»—Acá, exactamente acá.

»—¿Pero no es que este pozo lo cavaron ustedes?

»Los hombres del gobernador dieron vueltas por el pueblo, revisaron algunas casas, y no volvieron nunca más. Entonces empezó la locura. Dicen que una noche una mujer oyó ruidos en la casa. Venían del suelo, como si una rata o un topo escarbara bajo el piso. El marido la encontró corriendo los muebles, levantando las alfombras, gritando el nombre de su hijo mientras golpeaba el piso con los puños. Otros padres empezaron a oír los mismos ruidos. Arrinconaron contra las paredes todos los muebles. Arrancaron con las manos las maderas del piso. Algunos abrieron a martillazos las paredes de los sótanos, cavaron en sus patios, vaciaron los aljibes. Llenaron de agujeros las calles de tierra. Tiraban cosas adentro, como comida, abrigo, juguetes; luego volvían a taparlos. Dejaron de enterrar la basura. Levantaron del cementerio los pocos muertos que tenían. Dicen que algunos padres siguieron cavando noche y día en el descampado, y que sólo se detuvieron cuando el cansancio o la locura acabaron con sus cuerpos.

El viejo volvió a mirar su vaso ya vacío, y yo inmediatamente le pasé otros cinco pesos. Pero había terminado; rechazó el dinero.

—¿Sale? —me preguntó. Sentí que era la primera vez que me hablaba. Como si toda la historia no hubiera sido más que eso, una historia paga ya terminada, y por primera vez los ojos grises y ciegos del viejo me miraran.

Dije que sí. Saludé con un gesto al gordo, que asintió desde la pileta, y salimos. Afuera volví a sentir el frío. Le pregunté si podía alcanzarlo a algún lugar.

—No. Le agradezco —dijo.

—¿Quiere un cigarrillo?

Se detuvo. Saqué un cigarrillo y se lo pasé. Busqué en mi abrigo el encendedor. El fuego le iluminó las manos. Eran oscuras, gruesas y rígidas como garrotes. Pensé que las uñas podrían haber sido las de un ser humano prehistórico. Me devolvió el encendedor, y caminó hacia el campo. Lo vi alejarse sin entender del todo.

—Pero ¿adónde va? —pregunté—, ¿seguro no quiere que lo alcance?

Se detuvo.

—¿Vive acá?

—Trabajo —dijo—, más allá —señaló campo adentro.

—¿Qué hace?

Dudó unos segundos, miró el campo, y después dijo:

—Somos mineros.

De pronto ya no sentía frío. Me quedé unos minutos para verlo alejarse. Forcé la vista deseando encontrar algún detalle revelador. Sólo cuando su figura se perdió del todo en la noche, regresé al auto, prendí la radio, y me alejé a toda velocidad.



SAMANTA SCHWEBLIN nació en Buenos Aires, Argentina, en 1978. Su primer libro, *El núcleo del disturbio* (2002), obtuvo los premios Haroldo Conti y Fondo Nacional de las Artes. El segundo, *Pájaros en la boca* (2009), fue distinguido con el premio Casa de las Américas y traducido a trece idiomas. Becada por distintas instituciones, vivió temporalmente en México, Italia, China y Alemania (Berlín), donde reside desde hace dos años. Fue seleccionada por la prestigiosa revista *Granta* como uno de los «mejores narradores en español» y ha obtenido recientemente el premio Juan Rulfo de Francia y el premio Ribera del Duero de Narrativa Breve por su último libro *Siete casas vacías* (2015).